

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 1.—Núm. 8

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Noviembre de 1909

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

LA PINTURA MODERNA



PRIMAVERA DE AMOR.—A. Seifert



VIVIMOS en una época de grandes inventos. Cada día nos trae el cable, á este apartado rincón del mundo en el cual nos encontramos, la noticia de algún importante descubrimiento, de alguna invención nueva, producto de la prolongada lucha del hombre con la naturaleza para dominarla, vencerla y hacerla suya. No nos contentamos con ser los herederos de veinte siglos de civilización humana: siguiendo el consejo del filósofo, aumentamos nuestra herencia y vivimos acrecentándola incesantemente. Los Faraones construyeron sus grandes obeliscos para que fueran llevados á París y á Roma, de adorno de sus plazas, y sus sabios percibieron leyes astronómicas y matemáticas á cuenta de una ciencia futura que nosotros desarrollaríamos. Quién sabe si algún Faraón, cuya momia misteriosamente conservada y oculta, envuelto en bandeletas, acaba de aparecer; quién sabe si algún egipcio, hindú, griego ó árabe desconocido no dió, hace dos mil años, la primera fórmula, el punto de partida de algún gran descubrimiento moderno. Los hindúes conocieron el hipnotismo y la sugestión que la ciencia médica moderna ha reconocido y profundizado; los árabes y los griegos estudiaron leyes matemáticas sin cuyo conocimiento y progreso no hubieran sido posibles ni ferrocarriles, ni vapores, ni aeroplanos, ni puentes, ni puertos artificiales.

Nada más interesante que el estudio de la evolución de una idea, desde que germina en un cerebro, como la semilla en un campo, hasta que brota, echa raíces, larga hojas y flores y frutos. Al principio, todos la toman por utopía, aquello parece una ilusión, un sueño de la fantasía, y su autor se convierte en blanco de burlas y desprecio. Leonardo de Vinci, el admirable pintor italiano, arquitecto, poeta y filósofo, era al mismo tiempo matemático de primer orden, y tuvo la idea de construir un aeroplano, que todavía existe en el Museo de Turín. Aquello fué tomado como un rasgo de locura. En el mundo predomina, en plena dictadura, lo que se llama "el buen sentido" ó "sentido común" y que no es, de ordinario, sino la expresión de la vulgaridad ambiente, el odio innato á todo lo nuevo, á lo raro, á lo que sale del molde consagrado y del riel definitivo. No existe peor motivo de censura que el de pensar de una manera distinta del modo general, y atreverse á no ser simple cordero de un rebaño, del gran rebaño de ovejas humanas que vive

balando en coro. Atreverse á tener originalidad, á concebir ideas propias, á sustentarlas en público, y aún en privado, es motivo para hacerse, á los ojos de todos, sospechoso, pues, así como existe una adulación individual, existe igualmente otra forma de adulación colectiva á ese caballero "todo el mundo", que es el peor y más exigente de los tiranos. Pocos, muy pocos, son los que poseen el valor rarísimo de mostrarse como són y decir lo que piensan: de ser *ellos mismos*, en una palabra. Y cuando se presentan, indiscutiblemente se les tacha de locos, y á esos hombres, provistos á veces de genio, se les niega lo que se otorga á manos llenas á la vulgaridad más adocenada é irritante.

Ahí está el recuerdo de Francisco Miralles.

¿Quién era Miralles? De seguro serán pocos, si algunos existen, entre los lectores del día, quienes hayan escuchado alguna vez el nombre que acabamos de escribir. Y, sin embargo, existía en ese hombre, muerto hace muchísimo tiempo, la personalidad más original, colorida y extraña que se haya visto en Chile durante los últimos cincuenta años. Fué un *inventor*, escritor, artista, músico, pintor, médico, practicante de hipnotismo, apóstol del espiritismo, viticultor y fabricante de máquinas beneficiadoras de metales. Miralles servía para todo, se ocupaba de todo, no era nada, y todo el mundo se reía de él.

Francisco Miralles fué el primer precursor de la aviación en Chile, y construyó el primer aparato para elevarse en los aires, resolviendo el problema de vencerlo siendo más pesado que él. Las burlas que produjo entre las personas de "sentido común" y de "buen juicio" el proyecto de la máquina de volar de Miralles, fueron infinitas. Cuando atacaba al Gobierno del Presidente Pinto, en artículos de prensa, por la lentitud de las operaciones militares de la guerra del Perú, se le contestaba preguntándole, pérfidamente, en qué estado se hallaba su máquina de volar.

En Miralles, hombre de inteligencia extraordinariamente clara y de fantasía poderosa, existían muchos hombres diversos. Como pintor, hizo retratos que figuraron entre los mejores de la pintura chilena de su época, y no había aprendido pintura. Pretendió un puesto de profesor de Medicina, y no sé bien si se lo concedieron, sin ser médico. Dirigió un gran negocio de viñas, sin ser viticultor. Hizo inventos de maqui-

naria salitrera y minera, sin ser mecánico, ni ingeniero, ni químico, ni matemático. Y, por último, descubrió su máquina para volar, de la cual se reía todo Santiago, condenando, como absurda, hasta la simple idea de volar, el principio mismo del actual aeroplano.

Una vez concluido su aparato, Miralles quiso hacerlo ensayar por un roto, pues el valor personal no figuraba en el número de sus virtudes más sobresalientes. Y, colocado en lo alto de un tejado, animaba al descamisado para que se arrojase á volar.

—¿No sería mejor que ensayásemos de abajo para arriba? le contestó el roto.

Todo Santiago se reía con el cuento, dándolo como la última expresión del sentido común. Ahora bien: el vuelo del aeroplano actual se inicia desde una

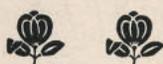
altura, arrojándose al espacio. Miralles tenía razón contra todo el mundo y contra el sentido común.

Pero el descubridor, viendo que el sirviente se reía, y un tanto amostazado, se arrojó desde el tejado, en su aparato, y se rompió una pierna.

Fué una de las primeras víctimas de la aviación en el mundo. Blumenthal se mató veinte años más tarde, cuando la pierna del aviador chileno se había compuesto, pero, en cambio, se había muerto el propietario.

Miralles fué uno de los tipos más caracterizados del *bohemio* de la época romántica, del artista genial y despreocupado, brillante y espiritual, como Rómulo Mandiola y Antonio Smith.

L. O. L.



Perseguido por los Lobos

ENTRE las mil historias de lobos que se han contado hasta ahora, pocas son tan interesantes como la que refiere un antiguo capataz de madereros que pasó mucho tiempo trabajando en los bosques de Michigán. El hecho currió la noche de Navidad. Había caído una tremenda nevada, y los obreros aconsejaron al capataz que no saliese de su cabaña, porque se habían visto lobos en los contornos; pero nuestro hombre recibió aquel mismo día algunos regalillos comestibles que le enviaba su familia desde la ciudad, y queriendo que su gente participase de ellos, apenas anocheció empezó á hacer los preparativos para dirigirse al campamento de los trabajadores.

“En eso estaba, dice el protagonista de la aventura, cuando oí un resoplido en la puerta de mi cabaña, y creyendo que sería el viejo masón del cocinero, que me había tomado cariño y me seguía á todas partes, abrí para dejarle entrar; pero en vez del perro ví otro animal casi del mismo tamaño, y luego otros dos, que se escurrieron hacia la orilla del río en medio de la obscuridad. Sin pensar que pudieran ser lobos, me volví á dentro para terminar mis preparativos. Ni siquiera me fijé en la carabina y el revólver que tenía á mi alcance, y cogiendo sólo un hacha que creí necesitaría por la mañana temprano, antes de volver á la cabaña, saqué, eché la llave á la puerta y tomé el camino del campamento con mi linterna en una mano y el hacha bajo el brazo.

Para que se comprenda bien lo que luego me ocurrió, debo dar algunos detalles. En vez de los barajones para andar por la nieve, llevaba botas altas, y sobre ellas un par de chanclos, que lo mismo en el bosque que en la ciudad me hacían muy buen servicio. La linterna era de las que entonces se estilaban: un globo de cristal rodeado de alambre, en el que ardía aceite de ballena en un mechero que encajaba en el fondo con dos muelles.

Era ya hora de cenar, y aunque el festín de Pascua debía celebrarse á media noche, los obreros querían que yo presidiese la mesa de la cena, y así, apreté el paso. Mi calzado de goma no hacía el menor ruido sobre la nieve endurecida, ni ningún otro rumor turbaba el medroso silencio de los bosques.

Un encuentro en el camino

Había recorrido ya medio kilómetro, cuando llegó á mis oídos algo así como un

suave “pit-pat, pit-pat”, que me obligó á detenerme y á volverme para ver si venía alguien detrás de mí. Apenas me paré, aquel ruido cesó, y como no oía ni veía nada, continué mi marcha. Mas no bien eché á andar de nuevo, cuando volvió á oírse el “pit-pat”. Me paré otra vez, y otra vez cesó el ruido; torné á marchar, y comencé de nuevo el extraño rumor. Todo aquello me pareció muy raro, y más cuando observé que aquel ruido no sonaba ya detrás de mí, sino más bien á uno y otro lado del camino. Confieso que empezaba á sentir miedo. Mas como nunca me ha gustado huir de peligros problemáticos, acabé por decidirme á descubrir al que hacía el ruido, y volviendo sobre mis pasos recorrí unos cuantos metros con la linterna en alto para alumbrar bien el camino. Entonces ví que la luz se reflejaba en dos puntos á un lado de la senda, y mirando bien, descubrí otros dos puntos luminosos al otro lado; alcé más la linterna y pude ver algunos pares más de lo que sin duda eran ojos relucientes. Entonces fué cuando me dí cuenta de que me seguía una bandada de enormes lobos grises. Traté de espantarlos precipitándome hacia ellos, gritando y agitando la linterna, y tuve el gusto de ver aquellos brillantes puntos perderse á lo lejos.

Reanudé la marcha, corriendo más que antes y gritando con frecuencia, en la esperanza de que me oyese alguno de los obreros si por casualidad salía de su cabaña, y no tardé en oír de nuevo el suave trotar de los lobos, esta vez demasiado cerca. Volví á detenerme y á ahuyentarlos gritando y sacudiendo la linterna; pero cada vez que lo hacía se acercaban más que antes. Al fin llegué á la última curva del camino y pude ver á lo lejos un pequeño abedul, no más grueso que un cañón de estufa. Me sentía fatigado y comprendía que los lobos se arrojarían sobre mí antes de llegar al campamento, sobre todo si la linterna se me apagaba en una de las sacudidas. Precisamente estaba pensando en ello, cuando ocurrió lo que me figuraba.

Al agitar el farolillo, los muelles del mechero se habían aflojado, y éste cayó sobre la nieve apagándose instantáneamente. Solté la linterna y apenas tuve tiempo de asegurar bien el hacha, cuando el primer lobo, una bestia enorme de espantosos colmillos, trató de saltarme á la garganta. La acerada hoja chocó contra su

cráneo, y la fiera cayó sobre el camino lanzando un penetrante aullido.

Cercado en el árbol

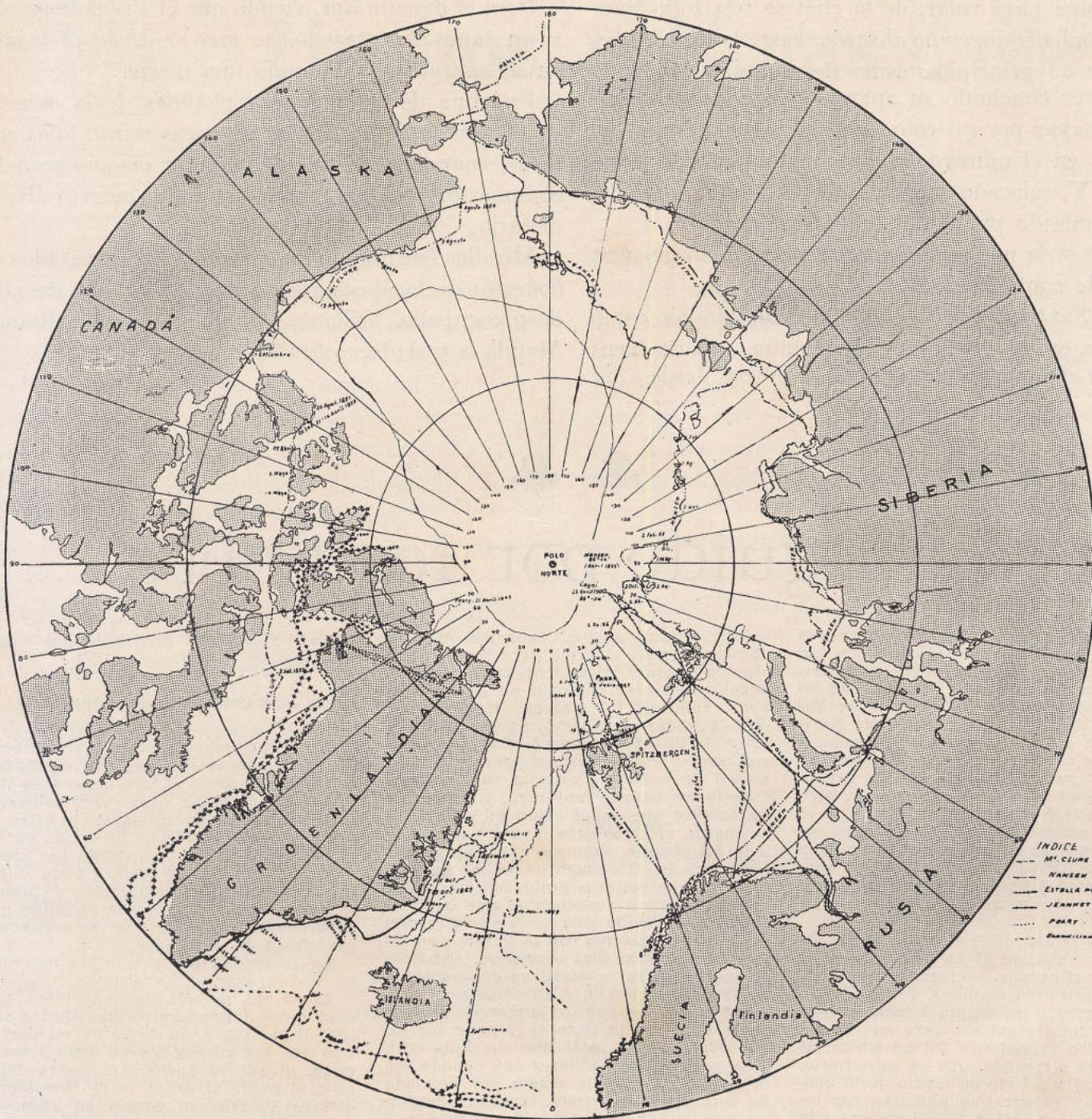
Mi única esperanza era trepar al abedul. Al caer muerto el lobo, sus compañeros se arrojaron sobre él, conforme á su inveterada costumbre, y yo me aproveché de su distracción para encaramarme al árbol con una rapidez que creo no he tenido en ninguna otra ocasión. Las fieras me vieron, y la que estaba más cerca dió un salto é hincó los colmillos en el talón de uno de mis chanclos, pero con una sacudida pude hacerle soltar la presa y en un segundo estuve fuera de su alcance.

La acometida de la bandada entera no se hizo esperar.

El bosque parecía lleno de lobos enormes, todos aullando y rechinando los dientes, dispuestos á no dejar de mi persona más que los huesos. Yo no tenía arma alguna, ni aun el hacha, que había dejado caer al subir al árbol, y el campamento estaba todavía un cuarto de kilómetro. Desde donde estaba podía ver las luces de las cabañas y hasta oír el ruido que hacían los bueyes y los caballos en sus establos de troncos. De pronto ví abrirse una puerta y salir uno de los obreros con una linterna en la mano. Grité otra vez, y al momento cuarenta individuos se presentaron en el camino. El primero que salió decía á los demás: “Dios me valga, los lobos se están comiendo al patrón”. Con las voces se mezclaron las detonaciones de carabinas y pistolas, y hube de gritarles que tirasen bajo, porque estaba en un árbol pequeño. No hay que decir que los lobos huyeron, y que tan pronto como salté al suelo me ví rodeado de mi gente, que había matado seis ó siete y herido á otros tantos, que desaparecieron en la obscuridad dejando sangrientos rastros.

Busqué mi linterna y encontré que los lobos la habían hecho pedazos, magullando la hojalata y los alambres, rompiendo el cristal y lamiendo el aceite hasta de la nieve donde se había vertido. También habían reducido á astillas el mango del hacha. Pero yo estaba salvado, gracias á mi chanclo de goma, que cediendo á la presión de las mandíbulas del lobo, me libró de ser arrancado de la copa del pequeño abedul que me había servido de refugio”.

LAS EXPEDICIONES AL POLO NORTE



El Polo Norte

DESPUES de innumerables tentativas hechas por atrevidos exploradores para llegar al límite Norte del globo terrestre, iniciadas centenares de años atrás, fuimos sorprendidos últimamente por el anuncio del éxito obtenido por uno, y, días después, por igual noticia de otro. La circunstancia de que el descubrimiento del Polo se haya efectuado por dos viajeros con poco tiempo de intervalo, y de que, con mucho menos, uno y otro hicieran conocer el hecho al mundo civilizado, ha avivado el interés producido por tan valiosa novedad en la historia de la ciencia.

Mas, ¿habrán realmente llegado al Polo Cook y Peary, ó sólo uno de ellos, ó ninguno? En verdad, hasta hoy no existe comprobación científica de la afirmación que ambos hacen, habiendo venido á perturbar el criterio la controversia que se ha suscitado entre los dos presuntos descubridores; pero, nuestro deber es creer en la palabra de ellos, dados sus honorables antecedentes de concienzudos hombres de ciencia, mientras no se produzca prueba en contrario.

Es oportuno, en estas circunstancias, hacer una ligera reseña de las tentativas anteriores para conquistar el Polo Norte, y dar á conocer las condiciones geográficas de la región polar.

Se llaman regiones árticas toda la parte norte del globo, aguas y tierras, situadas entre el círculo polar y el Polo, con una superficie de 21 millones de kilómetros cuadrados; pero la zona helada no tiene esta misma extensión, pues no es su límite necesariamente el círculo polar: varía con los años y del invierno al verano. Las tierras árticas son archipiélagos situados al norte del antiguo y del nuevo continente, forman el borde de una

cuenca que ocupa uno de los casquetes de nuestro globo. Sólo tres aberturas comunican esa cuenca polar con el océano: una muy amplia entre la Groenlandia y la Escandinavia, dividida en dos partes por la Islandia, y dos angostas, el estrecho de Bering y el de Smith, brazos de mar más ó menos obstruidos por los hielos. No forman éstos, como generalmente se cree, capas como las que cubren los lagos de los países fríos en el invierno. Por el contrario, son un conjunto de bloques de desigual magnitud, ya apretados unos contra otros, ya separados por canales más ó menos anchos.

¿Qué procedencia tienen los hielos polares? Proviene de dos diversos orígenes: unos resultan de la congelación del mar, y los otros del desmoronamiento de los ventisqueros que cubren las tierras árticas. Los bloques de hielo tienen un espesor de 3, 10 hasta 20 metros y forman, estrechados unos contra otros, superficies de 40 á 50 kilómetros.

"La superficie de estas capas de hielo recuerdan, dice un explorador americano, la de un país sinuoso; tiene sus valles y sus colinas, sus riachuelos y sus lagos; es una isla en que el hielo está en lugar del suelo".

Durante mucho tiempo dominó en el mundo científico la ilusión del mar libre en los alrededores del Polo, es decir, que los bancos de hielo no llegaban hasta él; pero las expediciones últimas la han desvanecido. La profundidad del mar en las regiones polares es considerable en algunas partes. Al norte del Spitzberg, cerca de los 81° de latitud, se encontraron 4,000 metros; entre la Groenlandia y la Islandia, la sonda encontró 2,830 metros, y en el estrecho de Baffin hay abismos de 3,675 metros.

El inmenso casquete de hielo que rodea el Polo está en continuo movimiento. El explorador Nansen lo comprobó y dedujo que el extremo norte de la Tierra no está en tierra sino en el mar. Su buque el "Fram", aprisionado por los hielos desde el 3 de Septiembre de 1893 hasta Agosto de 1896, en los bancos de hielo al norte del archipiélago de la Nueva Siberia, se movió junto con ellos 7 grados de latitud hacia el norte y 124 de longitud hacia el oeste. Precisamente, Nansen basó sus cálculos para llegar al Polo en este desplazamiento de los hielos: había naufragado la "Jeannette" algún tiempo antes al norte de la desembocadura del Lena, y años después se encontraron restos de ese buque al sur de la Groenlandia; y aunque no tuvo éxito completo en su empresa, sin embargo, el "Fram", prisionero, llegó hasta los 80°57' latitud norte.

En las regiones árticas no se verifican continuamente, como pudiera creerse, grandes convulsiones atmosféricas; por el contrario, los hechos han venido á establecer que no sucede así y especialmente cuanto más próximas estén al límite de la Tierra. Las auroras boreales son muy frecuentes en el extremo norte, lo que demuestra que en altas latitudes se goza habitualmente de un cielo puro, porque de otra manera no se verían. Fuera de algunas tormentas y nevazones experimentadas á la salida de la Tierra de Francisco José, los miembros de la expedición del duque de los Abruzzos no tuvieron en su viaje hasta los 86°33' de latitud norte, sino tiempos tranquilos y aún calmas completas. En el curso de los tres años menos un mes que el "Fram" pasó entre los hielos, se registran sólo ocho casos de perturbaciones meteorológicas más ó menos acentuadas, y sólo tres en invierno. La expedición que se destacó sí que experimentó tempestades considerables, pero llegó á latitudes más bajas en la Tierra de Francisco José.

Las mejores observaciones sobre la temperatura en las regiones polares han sido hechas por Nansen, en sus tres años de estadía. Según las temperaturas medias mensuales, los meses más fríos fueron: en 1894, Marzo con 37°3 bajo cero; en 1895, Febrero con 36°7; y en 1896, Enero con 37°3. Los meses más cálidos, en verano, fueron en esos mismos años: Julio, +0°2; Julio también con +0°26; y Agosto con +1°1, respectivamente. Y anotó las temperaturas medias anuales siguientes: en 1894, 19°4 bajo cero; 1895, 20°6.

Los fríos más grandes observados han sido: —52°2, por Greeley, en la bahía Lady Franklin el mes de Febrero de 1882; y 58° bajo cero por el capitán DeLong, en el estrecho de Bering, el año 1888. En cambio, se observan en verano temperaturas superiores á 0°.

En el archipiélago polar americano y en la Groenlandia viven los esquimales, pobladores semisalvajes, que en número de 20 ó 30,000 individuos están repartidos en dos ó tres millones de kilómetros cuadrados. Llevan una vida nómada de cazadores y pescadores, moviéndose continuamente. No existe entre los esquimales gobierno y, por tanto, no tienen leyes que obedecer: realizan de este modo el ideal de la sociedad anarquista.

Las tierras polares del norte pueden dividirse en tres grandes grupos, que corresponden á las tres partes del mundo bañadas por el océano glacial. El grupo europeo comprende, principalmente, la isla Jan Mayen, el Spitzberg, la Nueva Zembla y la Tierra Francisco José; el grupo asiático, la Nueva Siberia y la isla Wrangel; el grupo americano, la Groenlandia y el archipiélago polar americano.

Nos ocuparemos, primero, de las expediciones al océano ártico que descubrieron las tierras del primer grupo. Las más antiguas llegaron doblando por el sur ó por el norte la Nueva Zembla; no se preocupaban absolutamente de descubrir el Polo, sino de encontrar una nueva ruta para llegar á la China y á la India por el N. E. La primera expedición inglesa salió de Londres en 1553 y llegó hasta la Laponia rusa; otras salieron en 1556 y 1580, que penetraron hasta el mar de Kara é invernaron en Rusia. Una expedición holandesa, bajo la dirección de M. Barents, persiguiendo el mismo objetivo, dió importantes resultados é inmortalizó el nombre del jefe. Llegó en 1594 al grado 77°55'; en 1596, en un tercer viaje, descubrió á Beeren Island y el Spitzberg, y después llegó hasta los 80°, latitud que no ha sido sobrepasada hasta el siglo XIX. Mencionaremos la expedición de Hudson (1607), que descubrió la isla "Jan Mayeri"; la del ruso Lojkin (1760), que consiguió dar vuelta completa á la Nueva Zembla.

En 1872 se verificó la memorable expedición austriaca á bordo del "Tegethoff", capitán Weyprecht, dirigiendo los viajes en tierra el teniente Payer. Muy luego quedó el buque prisionero de los hielos para siempre. El primer invierno que pasaron fué terrible. Cuenta Payer los espantosos choques que sufrió el "Tegethoff" por las masas de hielo, más temerosos en la eterna noche polar. Arrastrados por los móviles bancos de hielo, descubrieron en Agosto de 1873 una tierra alta que bautizaron con el nombre de "Francisco José", y en seguida varias otras islas. En Abril del año siguiente llegaron á la latitud 82°5.

Digna de nota es también la expedición de Parry, que partió de Inglaterra en 1827, llegando á los bancos de hielo al norte de "Spitzberg"; dejó aquí su buque y se dirigió al norte en dos botes empujados sobre patines. Con trabajos sobrehumanos, porque no encontraron una superficie lisa de hielo, consiguieron llegar hasta los 82°45'. Numerosas otras expediciones han estudiado detenidamente el "Spitzberg", archipiélago de tres grandes islas y varias pequeñas.

La expedición del duque de los Abruzzos á bordo de la "Stella Polare", en los años 1899-1900, dió un gran paso para llegar al Polo. El navío penetró más adentro que ningún otro al norte, entre las islas del archipiélago Francisco José, hasta los 82°4'. De la bahía de Teplitz, escogido como abra de invernadero, partie-

ron excursiones en trineo. La principal fué la del capitán Cagni, con 9 hombres y 45 perros, que salió el 11 de Marzo de 1900. Dos destacamentos, con tres hombres cada uno, se devolvieron á la "Stella Polare" con diez días de intervalo, con el objeto de hacer durar los víveres. Uno de éstos, compuesto del conde Quirini y dos noruegos, no fué visto más. Cagni con los tres hombres que le quedaron avanzó sobre los campos de hielo hasta los 86°33', batiendo así el "reccrd" de Nansen por 19 minutos. La excursión duró 115 días. Si regresó desde ese punto no fué á causa del tiempo, que iba mejorando á medida que se avanzaba al norte, sino por la falta de víveres. Durante cincuenta días los expedicionarios vivieron comiendo únicamente carne de perro. El más importante resultado geográfico de la expedición Cagni fué la comprobación de que el archipiélago Francisco José no continúa hacia el norte.

Resumiremos ahora las expediciones efectuadas para explorar el océano glacial al norte de la Siberia, y las partidas de aquí para llegar al Polo. Algunos exploradores partieron del Este por el estrecho de Bering, otros del Oeste por los estrechos que separan la Nueva Zembla de la Europa y, finalmente, otros partieron de la desembocadura de los grandes ríos de la Siberia. Estos últimos, los más antiguos exploradores, pues empezaron en 1579, fueron aventureros cosacos que conquistaron el país. Se ha designado con el nombre de "Gran Expedición del Norte" un conjunto de exploraciones muy notables en la costa norte del Asia, organizadas según las órdenes de Pedro el Grande, realizadas después de la muerte de éste, desde 1734 hasta 1742, y que proporcionó datos muy precisos sobre esa costa.

El descubrimiento más importante en esta parte es el de las islas de la Nueva Siberia. Se debe á los expedicionarios de Sanuíkof (1805), de Sirovatzky (1806) y de Bielkof. Después de 1860, pescadores noruegos lograron contornear la Nueva Zembla y recorrer el mar de Kara. El explorador Nordenskjöld fué el primer viajero que consiguió llegar en buque á los grandes ríos de Siberia (1875 y 1876).

Luego después, en 1878, el mismo famoso explorador Nordenskjöld, en el navío la "Vega", comandado por Palander, realizó su viaje por el norte del Asia que ha hecho época en los anales de la geografía. Después de estudiar científicamente ríos de la Siberia y regiones vecinas, de haber quedado prisionero de los hielos durante el invierno 1878-79, entró en el estrecho de Bering, exploró las dos riberas de este paso que separa el Asia de la América y se dirigió al Japón. Así fué como, después de más de 300 años de tentativas, se encontraba la famosa ruta del nordeste tan codiciada por las naciones marítimas.

Célebre ha quedado también el viaje de la "Jeannette", principalmente porque por sobre el camino seguido por los restos del buque cuando zozobró en las regiones polares, basó el notable explorador noruego Nansen los cálculos de su expedición de 1893-96. Mr. Gordon Bennett, propietario del "New York Herald", organizó la expedición de la "Jeannette", bajo el mando del teniente de la marina militar de los Estados Unidos, De Long. El 8 de Julio de 1879 la expedición salió de San Francisco en dirección al estrecho de Bering. Avanzando, quedó prisionera la "Jeannette" en los hielos del suroeste de la isla "Herald", y para siempre. Durante dos años, junto con los bancos de hielo, erró á través del océano glacial. En esta derivada, ya al sur, ya al norte, alcanzó á la latitud 72°50' norte. El verano de 1880 fué frío y calmoso; llegó el invierno. El 12 de Marzo había la "Jeannette" corrido 593 kilómetros de la isla "Herald". A fines de Mayo llegaron á la latitud norte 77°. El 12 de Junio zozobraba la "Jeannette", dejando 33 naufragos á 940 kilómetros de toda tierra habitada. Empezaron penoso viaje sobre el hielo ó embarcados en botes. El 10 de Septiembre llegaron á la isla Siminof. El mar estaba libre. Se embarcaron en tres botes, pero en la tarde se levantó una tempestad y uno de éstos naufragó. Los otros dos botes se separaron: uno fué recogido por los tunguses. El otro, mandado por De Long, llegó á delta del Lena. Dos de los trece expedicionarios se adelantaron á buscar socorros: cuando volvieron, De Long y sus diez compañeros habían muerto de frío y de hambre.

Los restos de la "Jeannette" recorrieron desde 1881 hasta 1884, debido al movimiento de los hielos, el espacio que separa la isla "Liakof", en las costas de Siberia, hasta el extremo suroeste de la Groenlandia.

Como se ha dicho más arriba, Nansen estudió ese movimiento y dedujo que la derivación de los hielos provenía de una corriente regular en las regiones polares; por lo tanto, bastaba que un buque se dejara apresar y arrastrar por ellos, intacto, ciertamente, para dirigirse hacia el Polo antes que se produjera la derivación hacia el suroeste. Empezó, por consiguiente, por llevar su buque, el "Fram", al lugar mismo en que zozobró la "Jeannette"; eso sí que aquel fué construído de modo que resistiera á los choques de las masas de hielo. Prisionero, abandonado á las corrientes polares, llegó el "Fram" el 3 de Marzo de 1895 al grado 84°, cuando advirtió Nansen que la derivación de los hielos, en vez de continuar dirigiéndolo hacia el Polo, lo arrastraba al suroeste. Tomó entonces la audaz resolución de dejar el buque para tratar de llegar á pie al Polo sobre los bancos de nieve. Quedando el "Fram" á las órdenes del capitán Sverdrup, partió en trineos tirados por perros en compañía sólo del teniente Johannsen. Desde el 14 de Marzo hasta el 8 de Abril, los dos exploradores caminaron en línea recta al Polo; pero en los 86°14' latitud norte, montañas de témpanos les impidieron continuar. Viéronse obligados á regresar. Marcharon en dirección sur 1,500 kilómetros, alimentándose con la carne de los perros que inmolaban unos tras otros y, después, del pro-

ducto de la caza de osos blancos, focas etc., en latitudes más meridionales. Tuvieron que pasar una inverna en una ruca construida de piedras, tierra y musgo. No habrían, tal vez, vuelto a ver la tierra habitada si no hubieran encontrado el 18 de Junio de 1896, en el cabo Flora, la expedición inglesa de Jackson.

La expedición Nansen ha sido una de las más importantes que se han llevado a cabo en las regiones polares, no tanto por la proximidad del Polo, sino por el considerable número de observaciones científicas verificadas.

Las expediciones polares al norte de la América han sido las más numerosas. También los exploradores por ese lado buscaban un paso que permitiera llegar al Asia. El más antiguo viaje fué el de Sebastián Cabot, en 1498, quien hizo un segundo en 1516, en el que descubrió los estrechos de Davis y de Hudson. Cerca de un siglo después, el célebre navegante Hudson descubrió el estrecho y bahía que llevan su nombre, y más tarde Bylot y Baffin, los estrechos de Smith, Jones y Lancaster. En 1818, el almirantazgo inglés organizó una importante expedición en los navíos "Isabelle" y "Alexandre", comandados por John Ross y E. Parry, que tenía por objeto encontrar el paso del noroeste. Alcanzaron hasta el grado 77 latitud norte; creyendo que el estrecho Smith estaba cerrado por el continente, regresaron. Parry volvió al año siguiente, atravesó el estrecho de Lancaster y descubrió el que lleva su nombre. Expedicionando Parry por tercera vez en 1821, descubrió los estrechos de Frey y Hecla. Al mismo tiempo Franklin exploraba el litoral norte de la América polar, y continuaba en 1825 y 1826. En 1831 James Ross descubrió la Tierra del Rey Guillermo y de vuelta a Inglaterra afirmó que no existía el paso noroeste.

Llegamos á la expedición de 1845, tristemente célebre por el infortunio de Franklin. Salió éste de Inglaterra el 26 de Mayo de 1845 al mando de dos sólidos buques con 168 hombres de tripulación. Tenía por misión encontrar el famoso pasaje del noroeste y acabar el estudio del archipiélago polar americano. Tres años pasaron sin tenerse noticia alguna de él, lo que produjo viva emoción en Inglaterra. Se organizaron expediciones de socorro: se contaron 22 en 7 años. Norte América participó de este movimiento de humanidad, que fué causa ocasional de numerosos progresos de la geografía y de las ciencias naturales. Más de mil hombres recorrieron los mares del archipiélago polar americano estudiando todos los pasos, colocando señales en los promontorios, dejando escondidos depósitos de víveres en lugares favorables, prometiendo recompensas á los esquimales, capturando pájaros, lobos, zorros, que se soltaban después cargados de cartas con instrucciones para los que pudieran cazarlos después.

Una expedición al mando del ballenero Penny descubrió en 1850, en la isla Beechey, el lugar en que Franklin pasó el invierno de 1845-46, pero ningún papel que indicara la dirección que siguió. Sólo en 1852 se tuvo noticias de la desgraciada expedición Franklin. Mac-Clintock, buscándolo todavía, exploró la costa este y sur de la isla del Rey Guillermo y el litoral oeste de Boothia Félix, y encontró en poder de los indígenas numerosos objetos que habían pertenecido á los buques de la expedición Franklin. Ellos le contaron detalladamente la catástrofe. Invernaron en 1845-46 en la isla Beechey, después de haber alcanzado á los 77° en el canal de Wellington. Trató Franklin el verano siguiente de seguir viaje al oeste, pero fué detenido por los hielos. Pasó la expedición otros dos inviernos sobre la costa noroeste de la isla del Rey Guillermo. Sir John Franklin murió en Junio de 1847. El 28 de Abril siguiente, el resto de los expedicionarios abandonaron los buques, dirigiéndose hacia el sur; pero debilitados por la larga estadía en las regiones polares, fueron muriendo unos tras otros, sembrando de cadáveres la ruta seguida.

Dignas de mencionarse son, todavía, la expedición del americano Hall en el "Polaris", que llegó hasta la latitud norte 82°16', y la organizada por Inglaterra en 1874 al mando del capitán Nares, con dos buques, que llegó hasta los 82°20' latitud norte.

Groenlandia, la gran tierra situada al noreste de la América, fué la primera ártica descubierta por los europeos. En 977 el irlandés Gunbrun dividió en todo el largo de Islandia las cimas nevadas de una tierra lejana. Posteriormente, los daneses fundaron en Groenlandia varias colonias; establecidos ya en ellas, los atrevidos navegantes continuaron viaje hacia el oeste y descubrieron la América. Esa tierra ha sido objeto de numerosas expediciones científicas en el siglo XIX. Nansen concluyó la exploración del interior de la Groenlandia en 1888, y Mylius Erichsen, en 1908, levantó la carta de todo el litoral.

Peary, el comandante Robert E., que tan famoso por sus atrevidas exploraciones se hizo después, y es hoy el hombre del día junto con Cook, empezó á medirse con las regiones árticas en 1886, explorando también la Groenlandia. Los viajes de este te-

naz americano ocupan la mayor parte de la historia de las exploraciones geográficas por el norte de la América en los últimos años. A la verdad, si no es él quien primero llegó al Polo Norte, habría merecido tener ese honor.

Permaneció cuatro años en el norte del Smith Sund, desde 1898 á 1902. Dejando su cuartel de invierno en ese punto, en su buque el "Windward", partió en trineo por el mar helado el 15 de Abril de 1900, acompañado de su sirviente negro y de cinco esquimales, y llegó hasta los 83°50', en que una banda de agua libre le impidió seguir. Después de invernar tentó otra vez en vano llegar al Polo; el agotamiento de los hombres y de los perros lo obligó á regresar. Porfiadamente, en seguida de una cuarta inverna, excursionó sobre los hielos; pero sólo pudo llegar hasta los 84°17', la más alta latitud alcanzada hasta entonces en esa parte de la hoya polar.

De regreso Peary, en Septiembre de 1902, empezó á prepararse en 1903 para otra expedición. Partió de Nueva York el 10 de Julio de 1905 á bordo del "Roosevelt", schooner de tres palos, de velas y con motor auxiliar, de 1,500 toneladas de desplazamiento y 60 metros de largo. El costo de esta expedición, 1905-1906, fué de dos y medio millones de francos. Llevaba víveres para dos años.

Contrató Peary como guías á 70 esquimales. El "Roosevelt" llegó hasta los 82°27', lugar en que inverna. El 7 de Febrero de 1906 partió al norte con algunos esquimales y tres equipos de perros, mientras que otras cuadrillas se escalonaban á 80 kilómetros unas de otras y organizaban relevos. Estuvo ausente 117 días y alcanzó á los 87°6'. A la vuelta, se agotaron las provisiones, la expedición se encontró en medio de espantosa tormenta de nieve. Peary se extravió, y los esquimales, muertos de hambre, casi se volvieron locos. Hubo que sacrificar a los perros. Sin embargo, el comandante escribía en una de sus cartas: "Muy bueno el viaje, no tuvimos muertos ni enfermos graves". Dando cuenta de su vuelta, leemos en los "Annales de Géographie", 1907, pág. 94, los siguientes conceptos sobre Peary: "Uno se queda confundido al presenciar la suma de energía y resistencia que ha gastado este hombre desde hace 15 años para alcanzar el Polo Norte. Se ve en sus expediciones el carácter americano, con su orgullo, su tenacidad, su ciega confianza en el éxito. Ningún viajero, de ningún tiempo, conocía mejor que él las tierras del norte; y en cuanto al arte de preparar un viaje en trineos sobre el mar helado, sus múltiples experiencias le daban el derecho de enseñar á los más hábiles, á Nansen, á Cagni".

Hasta entonces, hasta 1906, era Peary quien más se había acercado al Polo, ya que Nansen alcanzó á los 86°12'3" y Cagni á los 86°33'49", mientras que el llegó á 87°6'. Mandó telegrama, recibido en 3 de Noviembre de 1906, anunciando su arribo á Hopedale (Labrador).

Interesante es conocer los proyectos de Peary en 1908 para la expedición de que acaba de regresar, después de satisfacer el anhelo de 32 años de su vida, de llegar al punto matemático en que el eje de la tierra transpasa la corteza terrestre, según su terminante afirmación. A bordo del "Roosevelt" se alejó de Sydney, isla del cabo Bretón, el 16 de Julio de 1908. Proyectaba llegar al cabo York el 1.º de Agosto, proveerse de carne, 25 esquimales y 250 perros. Después de establecer depósito de carbón en Etah, contaba con llegar en el "Roosevelt" al cabo Sheridan (Tierra de Grant) hacia el 15 de Septiembre é invernar. Desde Febrero de este año, comenzaría la expedición en trineos sobre el mar de Lincoln; pensaba Peary oblicuar hacia el oeste para contornear la corriente que molestó tanto su tentativa de fines de 1906, y que se dirige violentamente al este. Esperaba alcanzar el Polo en Junio. Si fracasaba, invernaría para renovar su intento á principios de 1910. Por el telegrama de Peary, fechado el 6 de Septiembre en Indian Harbour (Canadá), vemos que su itinerario experimentó notable modificación, principalmente porque llegó al Polo el 6 de Abril.

No podemos dejar de mencionar la expedición Amundsen, salida de Cristianía en Junio de 1903, que dió vuelta á la Groenlandia, y en el verano de 1906 pudo franquear el famoso paso del noroeste (estrecho de Bering) que preocupó tanto á los geógrafos del siglo XIX.

Para terminar, recordaremos las dos tentativas para llegar al Polo en globo: la primera es la del infortunado André, que se elevó en el "Oernen" el 11 de Julio de 1897, de quien nada se ha sabido, y la de Wellman, que ascendió en la isla de los Daneses en 1906, sin éxito tampoco, porque una tempestad de nieve arrastró su globo hacia Spitzberg, y tuvo que descender con grandes averías.

Esto nos hace pensar que en el día de hoy, después de las grandes travesías en Francia y Alemania hechas por globos dirigibles, el problema del reconocimiento completo de las regiones árticas, sin grandes sacrificios humanos, será solucionado en breve tiempo.



CONVERSANDO SOBRE ARTE

EL TIPO "ARTISTA", SEGUN EL PUBLICO.

DECLARACION DE PRINCIPIOS. — LOS PAISAJES DEL SUR Y DE LA FRONTERA, A PROPOSITO DE DON ONOFRE JARPA. — EL HOMBRE Y LA OBRA

(A la señora INES ECHEVERRIA de LARRAIN, respetuosamente)

ES un hecho conocido y mil veces comprobado que á la gran mayoría de los hombres, á esta entidad impersonal, irresponsable y al mismo tiempo sumamente apegada á sus tradiciones que se llama el público, ó más generalmente todavía, la "gente", le gusta tener sobre todas las cosas sus ideas fijas y concretas, que le sirvan de lazo de unión y de punto de contacto común en todos los órdenes de ideas generalizadas: uno de los efectos de esta tendencia, y, más que tendencia, necesidad, de la muchedumbre es el de crear modelos-tipos por ciertos cuerpos de estado, sobre todo de los que se destacan más de la masa del pueblo: los militares profesionales, los marinos, los sabios, los artistas...

A pesar de que el gran nivel del proceso social vaya suprimiendo todos los distintivos antiguos entre las razas, las naciones, las sectas, las capas sociales, el público sigue siempre y quiere seguir encerrando cada individuo que se entrega á una carrera ó á una labor determinadas, en un molde convencional, demostrando extrañeza y hasta disgusto algunas veces (porque, como tiene un alma de niño, no le gusta que le contradigan) cuando ciertos de estos profesionales no corresponden físicamente al tipo que el espíritu popular les ha atribuído. Es tan fuerte este prejuicio que muchas personas interesadas se someten á él, sea por atavismo, por educación ó por negocio, arreglando su aspecto exterior como se arregla la muestra de una tienda...

No se puede negar que, entre esos "tipos-modelos", uno de los más conocidos y mejor delineados es el tipo "artista". ¿Cuántas personas de la clase media ó del pueblo no pueden todavía hoy día concebir al artista de otro modo que bajo el aspecto de una figura más ó menos famélica, de larga melena, de vida irregular y de una vecindad asaz peligrosa para el burgués? Ese es el artista, como lo ve todavía la mayoría del público y como lo seguirá viendo probablemente por mucho tiempo, porque le gusta verle así.

Me acuerdo que hace ¡ay! bastante tiempo, formando parte de un grupo de artistas que, bajo el nombre de los 33, organizaron exposiciones en la famosa Galería Georges-Petit, exposiciones cuya primera fué por cierto un acontecimiento parisién, iniciando una era nueva en las costumbres artísticas de París, pues que de ella salieron todos los "petits salons" ulteriores, tan incorporados hoy día á la vida parisiense; me acuerdo, digo, que entonces pagaba ¡oh! muy modestamente! mi deuda á la patria, bajo el capote azul del más humilde de los soldados de infantería. Fuí, vestido de mi uniforme, á hacer el arreglo de mis cuadros en la Sala de Exposiciones, y nunca olvidaré la sorpresa y la incredulidad de los empleados y mozos de dicho Salón, cuya mentalidad se negaba en absoluto á admitir la idoneidad de un soldado raso como pintor exponente en una Exposición elegante. Por cierto que aproveché muy bien este estado de espíritu, pues ninguno de mis compañeros fué mejor atendido y más cariñosamente ayudado que yo: la cosa había hecho gracia á esta gente sencilla y no se enojaron por esta perturbación de sus ideas; pero me trataron con una cierta familiaridad, una cierta protección "bon enfant" ingenua y encantadora, guiándome el ojo cada vez que pasaban á mi lado. Varios años después, uno de los mismos empleados me hablaba todavía de este incidente, todas las veces que se encontraba conmigo.

Este estado de espíritu persistente del público es tanto más curioso cuanto que, en realidad, hace mucho, muchísimo tiempo que el tipo convencional artista, admitiendo que haya existido alguna vez, ha desaparecido, ó por lo menos no se ve sino en una pequeñísima minoría entre los jóvenes principiantes y estudiantes y también entre los "ratés". El afán de singularizarse físicamente por una indumentaria destinada á sorprender al público, repugna cada día más á los espíritus cultos y distinguidos, lo que está en relación directa con su estado de cultura y distinción; y el caso de los grandes dandys, á la vez artistas geniales, como los Barbey, d' Aureville, Wistten y muy pocos otros, no es sino la excepción que confirma la regla. Entre los artistas conocidos de Santiago, no hay ninguno que presente el aspecto "artista" tradicional; pero, si entre todos ellos hay uno que sea precisamente la antítesis de este género "suranné", este artista es don Onofre Jarpa, á cuya personalidad y talento quiero consagrar hoy esta charla sobre arte.

Pronunciar el nombre del señor Jarpa es, para todas las personas que se interesan, en Santiago, por las Bellas Artes, evocar la idea de la cortesía, de la gentileza y de la benevolencia, al mismo tiempo que de la conciencia artística y del talento más fino y distinguido. Y ahora, al entrar á hablar de la obra del artista, me asalta un temor, el de que la diferencia entre mis ideas y tendencias artísticas y las del señor Jarpa, pueda hacer dudar á los lectores, que conozcan estas divergencias de escuelas, de la

sinceridad de mis elogios y de mis observaciones. Por eso, me parece oportuno hacer á este respecto una declaración de principios, ya que en el curso de estas conversaciones artísticas tendrá que presentarse el caso quizás á menudo. En la época de mis mocedades, las intransigencias y el absolutismo de mis ideas en materia de escuelas artísticas habían llegado á ser entre mis compañeros de estudio legendarias, tanto que, aquí mismo, recién llegado tuve un eco de esos tiempos pasados, pues una distinguidísima señora, hermana de uno de mis compañeros chilenos de estudio en París recordaba, por haberlo oído contar á su hermano, que, á mi intención, se había compuesto una especie de coro cuyo refrán, como una amplia melopea, decía: "Ne te fâche pas! Brunet, ne te fâche pas!" (No te enojés!) destinado a cortar mis arrebatos, tales eran la suavidad y las contemplaciones que usaba en las discusiones artísticas. El campo artístico era dividido, para mí, en dos partes desiguales: la una, la de mis ídolos de la Escuela Moderna, donde todo era obras maestras; la otra, todo lo demás en que no quería reconocer nada, pero absolutamente nada bueno... Desde esta feliz época, la vida se ha encargado de enseñarme á ver las cosas de distinta manera, el espíritu crítico y filosófico nació en mí y me hizo capaz de estudiar, y, después, de apreciar las cualidades y condiciones de las obras que pertenecían a Escuelas distintas de la á la cual yo estaba vinculado por mis gustos, mi temperamento y mi educación. Sin llegar, lo que habría sido muy distinto, a quemar lo que había adorado y adorar lo que había quemado, reforzando al contrario mis ideas y mis tendencias personales, pues que se agregaba a la preferencia instintiva, la resultante del sentido crítico y del criterio razonado, pude al fin comprender que en las Escuelas de ideales y tendencias mas opuestas á las mías, podían existir y existían obras geniales, cuyas bellas cualidades alcance no solamente a percibir sino á admirar con la mayor sinceridad, sin debilitar en nada mis creencias y gustos personales. Es que, como tuve ya ocasión de decirlo, y lo que no se puede demasiado repetir, la forma exterior, la "fórmula" en una obra de arte, por seductora y "bonita" que sea, no es lo principal: lo que vale más es la intención del autor, el pensamiento que esta fórmula sirve para expresar. Se me ocurre una comparación en la música: a ciertas personas, por ahogado, por instinto, por razones indeniabiles, les gusta más el piano, a otras el violín, a otras la flauta, el órgano; pero todas estarán de acuerdo en que lo primero es la idea musical, la frase melódica y la armonía. Así, en la pintura, a cualquier escuela que pertenezca el pintor, clásica, romántica, impresionista, es decir, con cualquier ropaje que revista su pensamiento, para obra de artista si este pensamiento es sincero y merece, por su delicadeza o su fuerza, ser exteriorizado. Además, los artistas natos obedecen á una fuerza incontrastable y creo que en los países jóvenes, como Chile, y sobre todo en los nombres de la generación á la cual pertenece el señor Jarpa, las dotes artísticas son más portentosas, mas naturales que en las naciones de vieja civilización e intensa intelectualidad. Efectivamente, en esos países la formación de un artista puede tener orígenes muy complicados y ser el resultado de circunstancias y de elementos muy variados: el ambiente, la educación, las casualidades de los encuentros, el cultivo de la intelectualidad en todas sus manifestaciones, pueden dirigir á muchos jóvenes hacia la carrera artística, no por una verdadera vocación sino por una curiosidad reñada, la destreza para aprender y aprovechar los recursos materiales del ocio, la inteligencia y la facultad de asimilación; siendo, aunque parezca raro, completamente independientes del verdadero temperamento y de la pura naturaleza de artista. Se ve á menudo ahí á pintores que llegan a ser verdaderos virtuosos en su arte, sin que ninguna de sus obras pueda provocar la menor emoción, despertar la más sencilla sensación, porque el autor mismo es incapaz de experimentar tales sensaciones ó emociones y porque su trabajo es puramente mecánico y exterior. Estos pintores son frutos de invernales, de "serres chaudes"; pueden llegar á ser objetos de lujo y de refinamiento como ciertas extraordinarias orquídeas, que uno contempla con admiración y con estupor, pero sin probar nunca delante de ellas la exquisita, la sana, la vivificadora sensación que da la más sencilla de las rosas, la más humilde de las humildes violetas. En Chile no pasan, no pueden pasar todavía las cosas así, y si un joven se dedica á la pintura, es porque verdaderamente tiene un temperamento de pintor, una naturaleza especial que le obliga á dedicarse al arte, á pesar de todas las dificultades, de la falta de ambientes, de modelos, de indicaciones... En estas condiciones, el pintor podrá llegar á posesionarse más ó menos del oficio, podrá encontrar una fórmula más ó menos feliz que le permita dar á sus pensamientos una forma agradable y

vigorosa; pero lo que no le faltará nunca será la emoción primera, el deseo de expresar algo que habrá sentido en el alma y el amor profundo al arte.

El amor al arte, la sinceridad delante de la naturaleza, el deseo de traducir emociones recibidas, emociones de toda la vida y que son impregnadas del perfume del terreno: estas son las cualidades que distinguen, á mi modo de ver, las obras de don Onofre Jarpa. En las regiones del Sur y de la Frontera existen todavía inmensos espacios de naturaleza virgen, cuyo aspecto es netamente característico del país y distinto de los paisajes de cualquier otra parte del mundo, formando la transición entre la verdadera selva virgen tupida ó casi impenetrable y las llanuras de campos cultivados y desprovistos casi enteramente de árboles. Se encuentran en montes, en cerros, trepando hasta las cumbres de la cordillera y bajando hacia las costas del Pacífico, vastos territorios de un carácter muy especial y sumamente interesante: es todavía el bosque y la selva, pero con los árboles muy diseminados y mezclados con matorrales y zarzales. Menos imponente que la selva propiamente dicha, oscura y sombría, el aspecto de estas regiones tiene algo quizás de más misterioso, de más imprevisto, algo inquietante; parece que ahí el silencio y la impresión de soledad fueran mayores, se impusieran más al espíritu y, sobre todo, en una forma menos convencional, menos clásica que la del bosque tupido é inaccesible. En medio de estos montes, el viajero se siente menos estrechado, menos oprimido que en la verdadera selva y, sin embargo, más aislado, más perdido: la facilidad misma para andar, para penetrar más en el corazón de estas regiones, la tranquilidad solemne que reina en ellas predispone el espíritu á pensamientos melancólicos y supersticiosos; es algo semejante á lo que pasa en las famosas landas de la Bretaña y de la Normandía, donde, sin ningún motivo, ningún peligro probable y aparente, el alma se encoge y sale de su estado normal: quizás esta impresión tan conocida en el país de los Druidos sea debida á la presencia en la atmósfera, saturándola, llenándola, de las almas de tantas y tantas genera-

ciones de una misma raza que han vivido, amado, soñado en estos mismos lugares, y que por haber inventado las leyendas de las hadas y practicado los grandes misterios de una Isis bretona, son condenadas á permanecer ahí mismo, para incorporarse á estas mismas leyendas, manteniéndolas y perpetuándolas.

¿Quién sabe si estos bosques de la Frontera no estarán poblados todavía con las almas de tantas generaciones de la raza araucana que, aún después de abandonar los cuerpos, seguirían guardando, defendiendo á su modo su antigua querida patria!

Esta impresión que yo tuve en estos bosques de la frontera la volví á encontrar en muchos cuadros de don Onofre Jarpa, que se ha casi especializado en el estudio de estos paisajes. Delante de estas telas de impresión tranquila, de color suave y distinguido, he tenido otras tantas veces la sensación de soledad, de silencio de los montes apartados, y también he sentido la atmósfera pura y liviana de las alturas, la delicada transparencia del aire diáfano. La técnica del pintor es sencilla, pero muy segura, el dibujo correcto y las composiciones siempre cuidadas y bien equilibradas: si no se nota en las obras del señor Jarpa ningún atrevimiento, ningún deseo de buscar y de reproducir impresiones violentas ó raras, en cambio sus cuadros están impregnados de la más profunda honradez artística y de una probidad que, por cierto, si es la más rara hoy día, no es la menos apreciable de las joyas que deben componer la corona de un artista! En fin, estas obras tienen la gran cualidad de ser personales y de reflejar admirablemente la naturaleza refinada y distinguida del autor.

Son productos raros de un espíritu culto, de un artista de raza y de un hombre bueno, porque estas son las condiciones, sobre las cuales no quiero insistir más, para no ser indiscreto y no ofender una sincera modestia del señor Jarpa: son estas dotes exquisitas las que lo han hecho estimar y querer tanto por sus amigos, que lo son cuantas personas se interesan en Santiago por el arte, por este arte que prestigian y que levantan, en el concepto público, los caracteres como el de don Onofre Jarpa.

RICHON BRUNET



LA PESCA.—De Sommers



(252)

PAISAJE.—Onofre Jarpa

Don MARCIAL MARTINEZ

PARA orlar con unas cuantas líneas de respetuosa veneración la figura de este político y jurista, no necesitaremos recurrir á los albums de los plutarcos nacionales en busca de datos sobre los puestos por él desempeñados y los honores por él recibidos.

Respecto á estos, el público, cansado del diario y constante clarineo de títulos y diplomas, ha caído en un escepticismo sonriente. Al presentársele un escritor, no preguntará á qué academia pertenece, ¿cuántos hay que no habiendo escrito ni un mal libro pertenecen á la Real Academia de la Lengua? y, ante un político, más que saber las veces que haya sido diputado, senador ó ministro, le interesarán los rasgos morales, los matices luminosos ó sombríos de su espíritu, porque ellos forman las fases de su psicología.

Las grandes vidas han ido por dentro.

Al esbozar aquí algunas impresiones ligeras sobre la pureza y elevación de ideas de este político venerable, estimamos casi superfluo, por lo sabido, anotar, en orden cronológico, los títulos innumerables que han consagrado su saber aquí y en el extranjero; decir cómo ha desdeñado la politiquería y ha rehusado muchas veces ser Ministro por temor de verse envuelto en la vorágine en que se debaten los intereses personales; recordar que su larga labor diplomática fué de una efectiva utilidad para el país y, por último, que su valer social, moral é intelectual es tan reconocido y respetado, que no hay corporación científica ó comercial chilena que, al tenerlo como socio, no lo haya elegido, con unánime aceptación, su Presidente. Diremos, sí, que don Marcial Martínez es el único americano que pertenece á la célebre Universidad de Edimburgo, como también á la no menos famosa de Yale, cuyos miembros usan el *cap* y la *red-gown* con que en estas páginas podemos verlo; pero consideramos casi inútil recordar que, entre los árcades de Roma, es don Marcial Martínez Filandro Ciparissio, título hoy perdido, ya que seguramente todas las ninfas que jugaban á la sombra de las clásicas encinas de la Arcadia habrán huído ante las no muy helénicas caras de algunos pastores modernos...

La verdad es que don Marcial Martínez no necesita de todas estas supervivencias de los formulismos heráldicos para ejercer, como ejerce, sobre el país un sereno patriarcado moral.

Su prestigio reside en fuerzas efectivas. No pertenece á ese género de hombres que llamaremos ambientes, que nos los insinúan las conversaciones, nos los presentan los periódicos, que los sentimos en el aire que respiramos; pero que si, atraídos por su grandeza, nos acercamos á ellos, nos retiramos, antes de mucho, fríos y desencantados por no haber visto en ellos ninguna potencia mental cierta y no haber hallado nuestras tactibilidades de analistas sino inconsistencias y sombras.

Don Marcial Martínez no tiene temor de mostrarse.

Desde el amigo que lo visita en busca de un consejo, al abogado que le consulta una duda jurídica; desde el joven que le solicita un libro, al político que le propone un problema de go-

bierno, todos hallan algo, si no todo lo que buscan, en la palabra de este magnánimo.

Junto á la influencia directiva que ejerce con la publicación de sus estudios sociales, políticos y económicos, está esa otra bella y grande acción silenciosa.

Su conversación enseña. Es un derrochador de lo que sabe. ¡Cuántas veces en las mañanas del Santa Lucía, á la sombra de las encinas, frente á los tapices de yedras y las frescas manchas de los rosales en flor, nos hemos dejado llevar por el vuelo vigoroso de su espíritu, ora bajando hasta el fondo oscuro de una idea, ora estremeciéndonos al subir, arrebatados por los golpes ascensionales de sus alas enormes!

Don Marcial diserta con amplitud y brillo sobre cualquiera idea. No habiéndose detenido en el estudio exclusivo de las leyes—tiene vastos conocimientos literarios, filosóficos y artísticos— toda idea es para él susceptible de variado desarrollo.

Y luego, ¡su respeto por las ideas ajenas! Pocos con más autoridad que él podrían intentar la imposición de sus ideas; pero Don Marcial nó; manifiesta las suyas y escucha la manifestación de las ajenas sin querer atropellarlas con la autoridad que le dan su saber y experiencia.

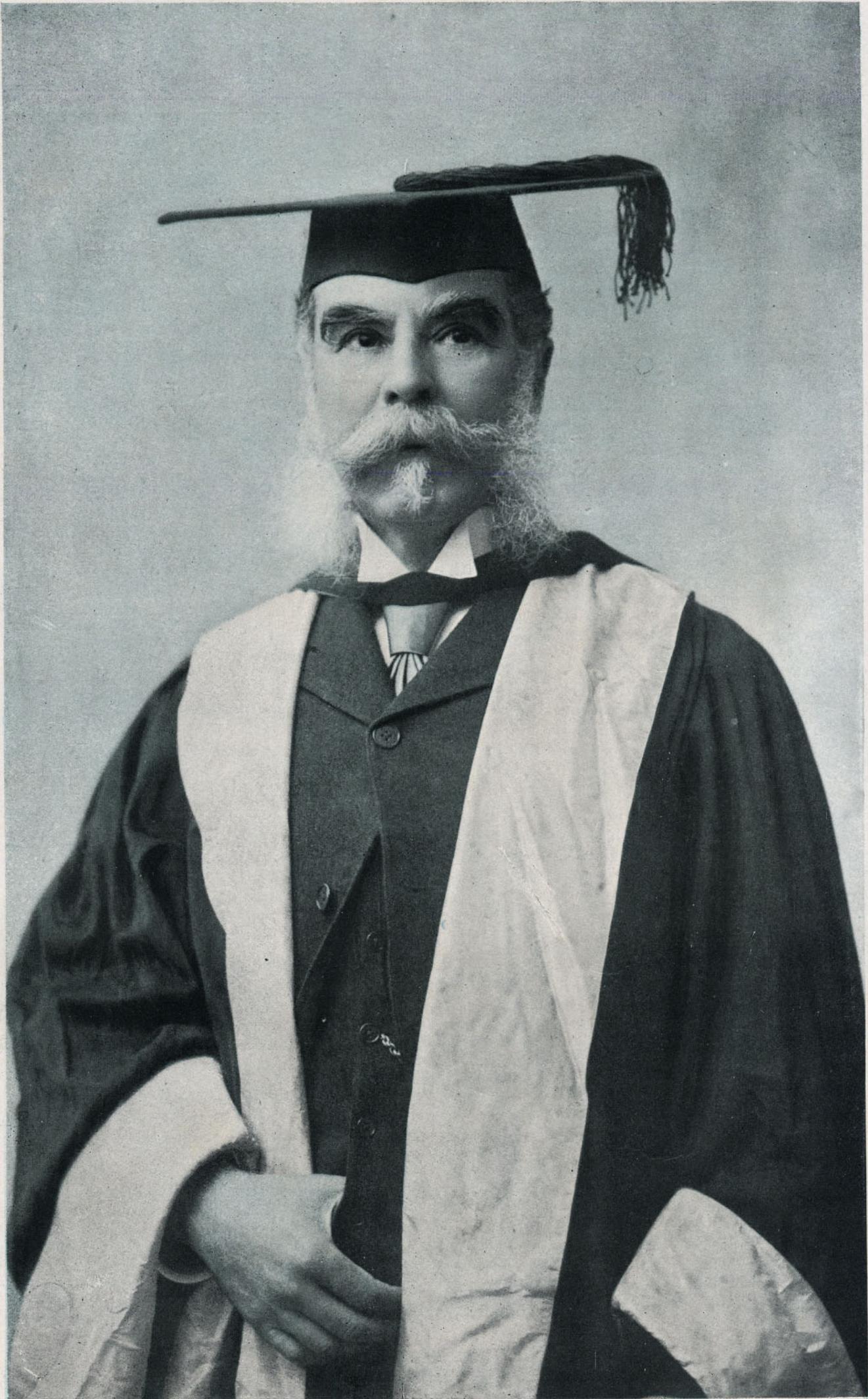
Recordamos que en un almuerzo dado por Don Marcial en su casa y en honor de un distinguido diplomático chileno que actualmente nos representa con todo brillo en una nación vecina, alguien habló, en la charla de sobremesa, de los fenómenos espiritistas. Algunos comensales dijeron haber asistido á esas espeluznantes sesiones, en que se siente la vida del misterio; otros manifestaron una incredulidad franca y decidida; pero el talentoso diplomático chileno no estuvo ni con unos ni con otros: confesó que no había asistido á ninguna sesión espiritista por temor de perder su fe... ¡Estamos viendo los ojos de Don Marcial! ¡Cómo brillaba en ellos la sonrisa que no dejó asomarse á sus labios! Y á pesar de que la sublimidad de los temores del distinguido diplomático lindaba casi en la ingenuidad, Don Marcial tomó el tema, y la severa sinceridad de su palabra nos permitió ver, una vez más, el fondo de su espíritu vigoroso y libre.

Y este emancipado, que no quema su vida en homenaje á celestes entidades retribuidoras, es, como alguien ha dicho, pan de caridad. Pertenece á todas las sociedades de beneficencia. De hecho, la primera cuota con que toda institución de caridad cuenta, es la cuota de Don Marcial. Su rectitud y su bondad lo han ido convirtiendo en una fuerza de convicción. Llevar á un círculo político ó de comercio el nombre de Don Marcial como sostenedor de una idea propuesta, es ir al triunfo, porque se sabe que sus opiniones, además del fondo de saber que encierran, van vigorizadas por una irreprochable autoridad moral.

Es, pues, una levantada y hermosa figura la de este sereno pensador que, teniendo un comentario para cada idea, una solución para cada problema y un movimiento de simpatía para cada ensueño, vive en delicado contacto con lo más puro de todos los horizontes.



Don Marcial Martinez



Doctor de la Universidad de Yale



WANDA de ZAREMBSKA



EN una sala diminuta de conciertos, muy acústica, labrada tal vez en madera de bosques aristocráticos, se habían reunido unos cuantos artistas, amateurs y periodistas para escuchar á una mujer que venía llegando de Polonia y cuya fama de belleza había pasado por Valparaíso como en una ronda de flores encendidas y lujuriosas, tocándonos el espíritu con una nota exótica... Estas flores dejan en la frente y en el corazón de los hombres mareas indecibles, como hechas con cincel de fuego... La belleza da en todas partes un pasaporte mágico, ante el cual todas las puertas se abren. Hay una portada ática siempre abierta ante la belleza que pasa con su tranco sereno de diosa griega.

Lord Chesterfield daba á esta particularidad del físico, en la lucha por la vida, una importancia tal, que atribuía á la hermosura de las mujeres y á la de los hombres un éxito decisivo en la existencia.

Hay hombres que sienten una suprema conmiseración ante las mujeres desexadas por falta de hermosura.

El instinto masculino tiene un corazón más blando. Para las mujeres repulsivas hay siempre un hueco cariñoso en nuestras almas.

En cambio, no hay compasión entre las mujeres para los hombres marcados en forma irritante por la naturaleza. No hablemos de los contrahechos, porque para esos son los más crueles azotes de los desprecios y de las iras femeninas.

Stendhal no habría llegado en su análisis á las pavorosas cavernas del espíritu femenino, si no hubiera devorado tantas amarguras como devoró, y si no hubiera sentido sobre sus espaldas de *Rigoletto* el peso de la sonrisa compasiva, hiriente y sarcástica de tantos labios finos y crueles.

Pero, al hablar de Wanda Zaremska no podemos ser blandos, porque ante una dama **cruelmente bella**, es preciso ser duro... para no rendirse!

Me habían dicho: es una polaca muy hermosa, de una distinción que sólo las colectividades del Norte alcanzan. Creo que podría exponerse una teoría sobre la finura de sentimientos de las razas que han sufrido mucho, de los pueblos caídos, de los que tienen una historia triste, de los que han sentido sobre sus espaldas pequeñas y enfermizas la zarpa de los grandes, en los desequilibrios de la moral internacional y la garra aquilesia de la rapacidad que con nada se sacia...

Polonia ha tenido forzosamente que dar á la humanidad muchos músicos y poetas, porque ha sido un alma vibrante y desolada en el viejo continente.

Las cuerdas de todas sus infelicidades han estado siempre en tensión. Y su alma nacional es como una arpa éolica que pulsan todas las brisas del infortunio y del ensueño.

De esta sentimentalidad que abraza como una pasionaria el espíritu de aquella raza, para la cual se han tirado desde los confines del mundo las perlas del mejor oriente de las simpatías humanitarias, de esa sentimentalidad han surgido los poetas, los romancistas, los músicos y los líricos, que van repartiéndose por el mundo como los rapsodas de un arte que nos asombra en lo misterioso y extraño, donde hay galerías tan impetramente oscuras, que se llega á sentir la realidad de la vida como si uno fuera un ciego vidente de Maëterlink.

Oigamos este divino arte con los ojos cerrados. Prolongaremos el ensueño. Veremos siempre á Wanda Zaremska deslizar sus dedos de rosa en una caricia nerviosa sobre el teclado que responde como un hipnótico á la intensidad del llamado.

Es un nocturno de Brassin el que preludia. Son piedras preciosas que desparrama un Buckingham. Son frases á media voz, dichas quizá como un susurro á orillas de un lago de Suiza.

cuando la luna se asoma por la alta montaña y van á sorprender sus lánguidos hilos de plata el coloquio de dos enamorados que se miran en el cristal de las aguas y que se dicen en frases truncas el lenguaje del amor, que ha sido siempre en **estilo cortado**...

En este nocturno hay una tan elegante delicadeza, que se conforma tan señorialmente con la distinción de Wanda Zaremska, que se viene á la mente la idea de que la pianista ha sido la misma heroína del tema musical y que los rayos de la luna han debido continuar enloquecidos y serpenteando en un tanteo febril á orillas del lago, después de haber besado su cabellera perfumada y sáfica.

El nocturno ha terminado. Abrimos los ojos, como despertando de un sueño. Wanda Zaremska dejaba caer en un movimiento lánguido de su brazo derecho, desnudo y apasionado, la última nota, á que respondía como un eco su brazo izquierdo levantado, de cuya mano parecía desprenderse, cual un fleco de seda, la nota misma que colgaba todavía en el espacio psíquico...

Pero hay que oirla en Chopin, en donde su **pulsación** y su **doigtée**, dignos de la escuela de Buzoni, alcanzan toda su intensidad.

Chopin continuará siendo interpretado con todo el sentimiento y alta vibración de la vida de que son capaces las mujeres. Hay matices que se escapan á los seres fuertes, por más apasionados que sean.

La imaginación, en todo lo que tiene de bello, parece que fuera una inventiva del cerebro femenino para hacer más risueño y menos real el concepto de las cosas.

Si Chopin era todo imaginación, y más que todo melancolía, ¿quiénes sino las mujeres se sentirán en toda la plenitud de su vibración sentimental interpretando su **Balada**, su **Nocturno**, sus **Vals**?

Nadie ha escrito páginas más hondas sobre Chopin que "Jorge Sand", que lo sintió enloquecido de amor en sus brazos, para hacerlo languidecer después y morir como una flor de invernáculo.

La elegante melancolía de la música de Chopin ha penetrado en el espíritu sutil y suave de Wanda Zaremska. Ha principiado por amarlo, por comprenderlo, para concluir por interpretarlo. Este acoplamiento de dos seres á través de la música prolonga el éxtasis en los pequeños oasis de la vida. Así, el alma humana continúa con el tiempo las selecciones del genio, y va haciendo himeneos de espíritus que se comprenden en uno como panteísmo del arte, del talento, de la distinción de los seres superiores.

Wanda Zaremska había contraído nupcias con el alma de Chopin. Y de seguro el espíritu del maestro le entonó su nocturno, al oído, en la claridad de una noche macilenta, invadida de la luz tenue de la luna, y se sintió enamorada de la ronda voluptuosa de sus frases musicales que suenan como una caricia, que dicen muchas tristezas, que sugieren pensamientos muy nardos en la pavorosa realidad de la vida.

Y, por eso, Wanda Zaremska es más de Chopin que de Grieg.

A medida que avance su técnica musical, irá internándose en nuevos amores y entregando su alma apasionada á otros genios. ¿Será al fin de Bethoven?

Le oiremos alguna vez la **pasionata** y sentiremos cómo se da con todo su sér en ese momento febril y loco del músico ciego. sentiremos entonces el instrumento rey, en el que se puede frasear la elocuencia, el misterio, el dolor, la ira, todas las pasiones, como con un alma propia, le veremos circundado de una aureola; y á Wanda Zaremska, como una transportada de la técnica, loca de gloria alcanzando la cúspide!

ANGEL C. ESPEJO





WANDA DE ZAREMBSKA

LAS ROSAS

EL señor de Morvandes era un hombre original: siempre había vivido alejado de la sociedad, codeándose con las personas, pero sin tratar con ellas, y mirando pasar los acontecimientos con una filosofía algo orgullosa, hecha de escepticismo y de indiferencia. Rico, sin familia, de espíritu cultivado y de gustos exquisitos, no conocía otra ley que su voluntad, habiendo hecho de su independencia una verdadera regla de la manera que tenía de vivir.

—¿Por qué no se casa usted? le preguntaba en cierta ocasión un amigo íntimo.

—En verdad, le había contestado el caballero, esta es una eventualidad en la que nunca he pensado.

—Cuidado, le dijo su amigo, pues un día puede ser ya demasiado tarde para pensar en esto.

—Es cierto, repitió el señor Morvandes, tiene usted razón; ya pensare en ese asunto.

Más los años transcurrían y los cabellos de Morvandes comenzaban á volverse grises. Permanecía soltero y con la edad su misantropía aumentaba cada vez más.

Abandonó á París y compró una pequeña propiedad en Bretaña, no lejos de Dinard, sobre las fértiles riberas de la Rance. Allí, donde los otoños tienen el dulce calor de las primaveras, el señor de Morvandes veía transcurrir los días tranquilamente, entre sus libros, sus caballos y sus perros de caza, en una soledad egoísta que ningún bullicio del mundo exterior venía á turbar. Desde el pabellón elegante de su terraza, cuyo techo de cristales reflejaba diariamente la pálida plata de las auroras y el oro rojizo de los crepúsculos, contemplaba el caballero extensas y verdes praderas sembradas de flores de diversos matices; y en el camino que bajaba á la playa, á modo de embalsamada tapia, había plantado una doble hilera de rosales, que varios jardineros se ocupaban de conservar constantemente florecidos. Tan bello era ese sitio, que los concurrentes á los baños de la playa vecina tomaban ese lindo rincón por delicioso descanso de sus excursiones.

Una delicada atención del señor de Morvandes le había conquistado un renombre digno de suscitar la curiosidad general, pues en medio de los rosales había un cartelillo con la siguiente inscripción: "A toda mujer bonita le está permitido tomar una rosa". Y nada más. Todas las damas que pasaban por allí se detenían un momento y, después de leer la inscripción, cortaban prontamente el frágil tallo de alguna rosa, no sin haber elegido antes, entre esa infinidad de matices, el que más favoreciera á su tez.

Puesto de codos sobre la ventana de su pabellón, y oculto por una cortina que le permitía ver sin ser visto, el señor de Morvandes se divertía constantemente contemplando este espectáculo, siempre nuevo, de la coquetería femenina. Lo que él encontraba de más curioso era que ninguna de aquellas mujeres, al pasar frente á los rosales, vacilase en obedecer la invitación. Había entre ellas, como es natural, feas y viejas; más en todas era el mismo movimiento instintivo, como si mirasen en algún espejo secreto de su pensamiento, el cual les asegurase que eran bellas á pesar de la edad y de la naturaleza; bellas como lo

habían sido en su juventud ó como hubieran deseado serlo; en una palabra: bellas, como si fuera preciso ese solo movimiento para afirmarlo.

Un día, sin embargo, la filosofía irónica del señor de Morvandes quedó burlada. Era el principio del mes de Julio y la estación de baños comenzaba á estar en toda su plenitud. Numerosos concurrentes á dichos baños venían ya á ocupar sus propiedades.

Por primera vez, desde que Morvandes se había establecido en su observatorio en la ventana del pabellón, vió una mujer de andar elegante y de silueta esbelta que pasó delante de las rosas sin detenerse y fué á sentarse, con gracioso y flexible movimiento, un poco más lejos, sobre la ribera sombría de la Rance, para reposar allí un instante.

El señor de Morvandes no pudo dejar de admirarse profundamente; pensó que las facciones de la desconocida, ocultas por el grande sombrero de paseo, debían ser desagradables hasta el punto de conocerlo ella misma. El caballero sintió entonces toda la descortés incorrección de su cartelillo, y como era galante, quiso reparar la involuntaria injuria que había hecho á esa desconocida, la cual, absorta en mirar las chispas de oro que el sol poniente prendía sobre la superficie de las aguas cristalinas, rizadas por la tibia brisa del crepúsculo, no oyó los pasos de Morvandes que, á su vez, pudo examinarla fácilmente.

Era una joven de exquisita belleza: hermosos y rubios bucles encuadraban el rostro más fino y correcto que pudiera soñarse; la suave sombra de su "charlotte" de batista blanca, guarnecida de un sencillo lazo de listón azul, daba á su tez un brillo de frescura deslumbradora; y de todo su sér, inclinado sobre la rápida corriente del agua, emanaba un delicioso perfume de juventud y de encanto.

Agradablemente sorprendido el señor de Morvandes, se aproximó lentamente para no sobresaltarla, é inclinándose delante de ella, dijo:

—¿No ha leído usted por casualidad esa inscripción, señorita?

Ella se estremeció, arrancada bruscamente de su ensueño, y toda ruborizada se levantó apresuradamente haciendo ademán de alejarse, sin responder á aquel importuno, cuando el caballero repitió con deferencia:

—Perdone usted que le hable así, señorita; pero yo soy el propietario de estos rosales, M. de Morvandes, muy conocido en el país.

El tono respetuoso y la fisonomía simpática de su interlocutor calmaron, sin duda, la desconfianza de la joven, pues, volviéndose hacia él, replicó con acento tranquilo:

—En ese caso, señor, excusadme á mi vez de haber desdeñado, en apariencia, vuestras flores, cuando es al contrario: me parecen maravillosamente bellas.

—Entonces, dijo el caballero, ¿por qué no ha cortado usted alguna? le estaba permitido ciertamente, añadió sonriendo. Ella bajó los ojos y contestó ingenuamente:

—No me he atrevido...

El hielo estaba roto y comenzaron á conversar amigablemente. Poco á poco, ella le hizo saber que

había venido á pasar tres semanas, con una tía, en Linard. Su padre había muerto cuando era pequeña, no dejando á su madre más que unas rentas muy modestas, que no les permitían tener tranquilidad sobre el porvenir, el cual, para ella, se presentaba muy obscuro. La suerte de una joven pobre no es muy envidiable, y ella se daba cuenta de ésto. No tenía pretendientes, pues sabían que no poseía dote, y la conocían como digna y altiva para solicitar homenajes que sólo se tributan á la fortuna; por tanto, vivía sola y aislada por completo.

Decía todo esto con un acento triste y resignado, feliz de encontrarse en aquel momento con un confi-

te imprevisto, que parecía escucharla con interés, al cual podía abrirle francamente su alma, tanto más, cuanto que nunca le volvería á ver. Y, sin embargo, á través del desdén un poco altivo que ella afectaba, se podía adivinar la nostalgia del esposo, al cual hubiera hecho feliz; de los pequeños hijos, á los cuales habría adorado, y del hogar que se llenaría de dicha con su gracia sonriente..... En tanto que la joven hablaba, el señor de Morvandes sentía, sin notarlo, el encanto modesto de su interlocutora, y comprendía, en ese momento, la dolorosa causa por la cual la desconocida había pasado frente á los rosales sin detenerse, como las otras, á cortar una flor. ¿De qué le servía su belleza, de la cual no tenía al presente más que desilusión y sufrimiento? Más ella, interrumpiéndose de improviso:

—¡Cómo pasa el tiempo en charlar! exclamó, tengo que volver, pues mi tía estará inquieta; es preciso, señor, que os deje.

Con una voz que temblaba por la emoción mal contenida, el señor de Morvandes respondió:

—Ahora comprendo, señorita, por qué no ha querido usted cortar una de mis rosas: es porque todos los

rosales deberían deshojarse á sus piés. Y como ella protestase graciosamente amenazando enojarse, él se hizo aún más galante y adulador, diciendo:

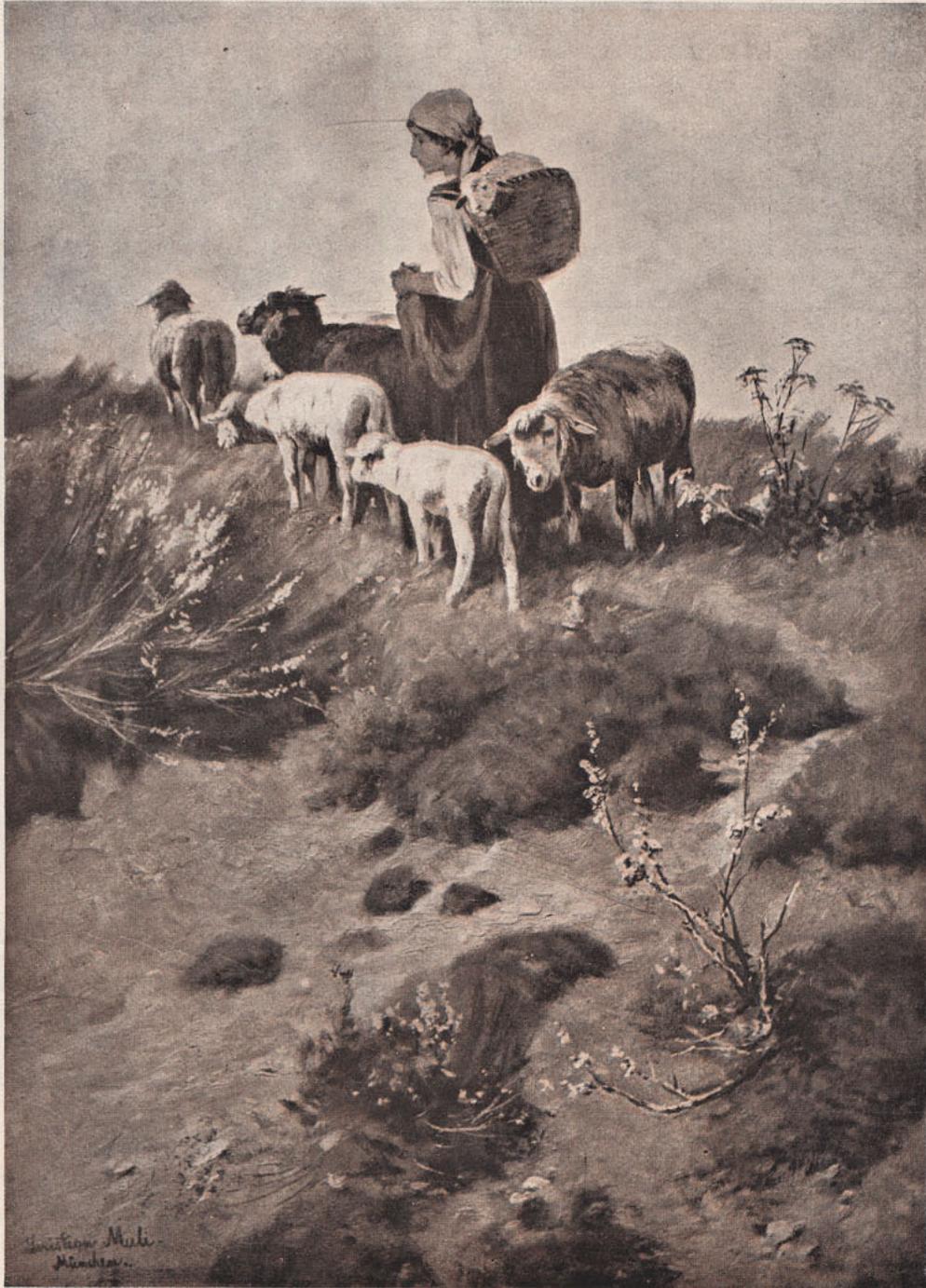
—Más, si me lo permite usted, mi jardinero irá mañana á llevar un ramo á la señora su tía. La joven le tendió la mano con un ademán amable y, dándole las gracias por su delicada atención, partió ligera, risueña y emocionada. El la vió alejarse, hasta que la perdió de vista en un recodo del camino de la playa; y entonces permaneció largo tiempo delante de sus rosas. Hallaba en ellas algo del encanto de la bella desconocida; las rosadas tenían la diáfana tersura de su tez; las rojas el brillo bermejo de sus labios; hasta en las rosas té encontraba algo del oro pálido de su cabellera. La noche iba llegando lentamente; los rosales se envolvían en una sombra gris, que mezclaba todos los matices y daba á las rosas siluetas vagas. La campana, que anunciaba la hora de la comida, sacó al señor de Morvandes de su muda contemplación. Volvió á su casa pensativo y preocupado, sintiendo indignación contra la locura de los jóvenes que, en su insensata carrera tras de la fortuna, pasaban junto de aquella criatura superior, sin ver

la exquisita esposa que encontrarían en ella. Y por la primera vez en su vida se preguntó, ansioso é inquieto, si también él no había hecho muy mal en buscar la dicha en el egoísmo de la soledad, y si no era mucho más necio no haber imaginado que podía aún ser feliz.

Maquinalmente contempló en el espejo sus cabellos grises y las ligeras arrugas que marcaban en sus sienes los implacables cuarenta años y á su vez se repitió con angustia:

—¡Con tal que no sea demasiado tarde!...

Más, á la mañana siguiente hizo un gran ramo de sus más bellas rosas y él mismo fué á llevarlo á la joven desconocida.



LA VUELTA.—Cuadro de Cristián Malis

GUY DE TERAMOND

EL NOVENARIO DE ANIMAS

LA iglesia principal de mi pueblo (la parroquia, como la llaman sus feligreses) es gótica, muy semejante á Santa María del Pino de Barcelona. Menos pura que la de ésta su arquitectura, y más pobre de detalles, es, sin embargo, aquel templo, más alto y largo, y también como Santa María del Pino, de una sola nave; una nave de aquellas que, por su costillaje delgado y bien soldado y por el gracioso arcamiento del ábside, recuerda la cáscara de los antiguos bajeles, y cada vez que la miro me hace soñar con la posibilidad de volcarla y verla surcar los mares como desarbolado navío.

Lástima que generaciones posteriores á las que fabricaron esta nave, trastornadas por las aberraciones de la moda, tuviesen el mal gusto de poblar aquel interior de altares barrocos tan retorcidos y dorados, para llenarlos luego de imágenes, las más bien poco edificantes por sus posturas danzarinas, la gordura y rubicundez de sus carnes y lo exagerado de sus ropajes hinchados y azotados por un viento que, á Dios gracias, nunca reinaba allí!

Donde sí soplabá, y muy recio, era fuera, en la plazuela de enfrente. Sobre todo en Noviembre, aquellas noches en que íbamos al novenario de ánimas, ¡qué modo de soplar, de maullar, de mugir! Todavía recuerdo con escalofríos, cómo al atravesar la plazuela me agarraba del brazo cariñoso de mi madre, y cómo me envolvía la cabeza por detrás hasta la gorra y por delante hasta los ojos, con la bufanda, una bufanda de rizo listado de colores charros que me parecía un prodigio de elegancia.

Yo tendría entonces diez ú once años, y no pecaba de valiente sino con la lengua. Por esto, cuando después de una hora de vela aprendiéndome de memoria el *musa musa* y los nombres enveados de la geografía septentrional, á la luz de un velón que no me cansaba de despabilar mientras masticaba distraidamente aquellos nombres, me llamaban para ir al novenario, ¡con qué

su marco *raboteando* con el golpe el largo bramido del viento que huía gimiendo escalera arriba.

Y llegábamos á la calle. Estaba oscuro; todos los talleres cerrados; pero por las rendijas de sus puertas escapaban rayos de luz, esquejes de canturrias apagados y melancólicos rumores de industria.

Con las manos en la cabeza para sujetarnos los abrigos, emprendíamos la marcha. El viento nos empujaba, cubría de polvo y broza y nos hacía tropezar. ¡La boca bien tapada y... adelante! Pocas, bien pocas eran las gentes que hallábanos al paso, todas hechas unos cocos, sosteniendo igual lucha que nosotros, desplegando igual valor. ¡Adelante, adelante! Las campanas doblaban á muerto. Nosotros avanzábamos hacia ellas, y aquellos badajazos ya nos ensordecían como si cayesen junto á nosotros, ya sonaban tristes y afelpados á una legua de distancia.

Tomábamos por la primera travesía, angosta y negra como boca de lobo. A primera vista, nada. Luego, un bulto informe que pasaba rozando y tambaleándose, medio ciego por la broza que llevaba en los ojos. Después, algún perro que olfateando pestilente basura nos tropezaba hasta que un golpe ó pisotón le ponía en fuga, el rabo entre las piernas, sin atreverse á chillar, avergonzado de su estrafalaria gula. En seguida llegábamos á la calle Mayor.

La luz del gas portátil, infeliz precursor del petróleo, comen-zaba por aquellos días á fachondear en los cafés y tiendas de aquella calle. Allí dábamos ya con mucha gente que se dirigía á la iglesia, bregando con nosotros con el viento y la polvareda que, blanqueada por la refracción, parecía más espesa y abundante.

Más, ya llegábamos delante de la iglesia y allí era el padecer. Enfilaban aquella plazuela cuatro calles cuyos vientos contrarios



gusto me habría negado á salir! Rato ha que el viento muge en la calle como fiera hambrienta, y que el trepidar de ciertas puertas me había sobresaltado; pero por fin, el ro-ró de los libros me rendía, y con las manos en la faltriquera y reducido el cuerpo á la mitad de su volumen por el frío y el temor, acababa por adormitarme. En esta situación y cuando el calorcillo del sueño comenzaba á reaccionarme, me llamaban.

¡Levantaos y salid con aquel estruendo que el viento movía en la calle! Pero hubieran dicho que yo no era hombre, y yo no consentía este insulto. Al oír que me llamaban, saltaba todo de una pieza de la silla sin apartar de los bolsillos las manos, recobraba instintivamente el tino, metíame el jaique, me arrollaba al cuello aquel portento de tapabocas, y, ya del todo despabilado, bajaba saltando las escaleras á reunirme con mi madre y mis tías. El cancel retañía tras de nosotros hasta dar con furia contra

las acometían furiosamente contra nosotros, arrollándonos en sus torbellinos y regolfos como á la hojarasca que á nuestros pies silbaba bailando la rueda. Inclínados hacia adelante unas veces, otras hacia atrás, las valonas enhiestas sobre el pescuezo como pechinas, tremolando sin parar, paños y faldas pegándonos á las piernas, haciéndonos traveta, envuelta la cabeza como las manos, la diestra encima disputando la posesión de gorras y sombreros, era embistiendo al desgaire, ora de espalda, ya cara á cara, rompíamos al enemigo entre la polvareda, gritos, risotadas y gresca, hasta ganar el umbral del templo.

Pero el atrio estaba obscurísimo. Cansados de la refriega, nos deteníamos allí un rato para reponernos y soltar los abrigos. Más, era tanta la gente que iba llegando y tal la arremolineaba el desorden del combate, que en breve burbujaba allí con el hervor del agua de pronto detenida en un hoyo.

Y como que todos los presentes eran más altos que yo, mi camino dentro de tan apretada corriente era como entre dos aguas.

La resaca me arrastraba, y allá iba yo, bregando en aquellas apreturas y ansias, por arrancarme la gorra y la preciosa bufanda que me estaba ahogando. Por fin respiraba. Al llegar al linde de la compuerta, la corriente fluía con rapidez, regolfaba aún un momento al derredor de las pilas y pronto se desparramaba por doquiera.

6

La amarillenta luz de la greduda hacha que ardía en gótico candelabro de hierro, junto á la pila de debajo del coro, nos deslumbraba. Y este deslumbramiento nos trastornaba la noción de las dimensiones, falsificaba la calidad y distancia de los cuerpos. Así al primer golpe la impresión era caótica: las obscuridades que se mecían en la atmósfera me lo desdibujaban todo; la iglesia toda era como un gran depósito de humo, esmaltado á ambos lados de lucecitas aparejadas que iban á unirse allá, en el fondo, con esplendente boca de horno y las mariposas de luz que aleteaban en torno de él.

Si el concurso rezaba el rosario, su murmullo ronco y respondón aumentaba en mi espíritu por modo misterioso aquel sentimiento de vaguedad caótica y tristísima. Era, en conjunto, como una sola voz muy honda y plañidera que, sin gritar, llenaba todo el espacio, vaga resonancia de una caja armónica tumultuosa, plegaria que al elevarse perezosamente hacia el cielo perdíase muy pronto en las nebulosidades del obscuro caos. Sin que mi madre me lo previniera, yo había caído ya de rodillas para santiguarme. Al levantarme con el pecho oprimido de emoción, empezaba á sortejar el tortuoso sendero que nos abríamos entre el negro sembrado de mujeres arrodilladas. Estas, que se contaban por millares, cubrían todo el suelo, divididas en tres grandes secciones por dos hileras de bancos que, arrancando del pie del presbiterio, llegaban hasta las pilas del agua bendita. Ancianos y niños ocupaban esos bancos; los demás hombres permanecían de pie en apretadas columnas, arriados al respaldo. Y el conjunto de toda aquella multitud, las mujeres con mantilla ó capuchón, los hombres con la cabeza hundida en los abrigos, era también como una masa negra que no podía atravesarse más que á tientas y á riesgo de atropellar á alguien.

Más, poquito á poco, la retina se hacía con aquella luz especial, la realidad iba tomando cuerpo y perfiles. Entonces era cuando mis ojos empezaban á distinguir los tapices que detrás de los aparejados blandones pendían de los pilares laterales. Eran aquellos de colores desmayados, pintados al temple, probablemente á principios de este siglo, y cada uno de ellos contenía una ó más figuras, simbolizando vicios ó pasiones humanas y la muerte atisbando.

El pueblo veía por tradición, en cada uno de esos, convecinos ya difuntos que citaba por sus nombres.—Aquí, un notario falsificando un testamento; la muerte á punto de acogerlo.—Era el notario Tal.—Más allá, una dama muy peripuesta contemplándose con deleite en el espejo; en el fondo de éste, la muerte sonriendo con sarcasmo aterrador.—Era doña Fulana, la del castillo.

El recuerdo de estos tapices luego me producía escalofríos, y los espejos de casa me infundían, de noche, cierto pavor.

Seguía avanzando, y en otro tapiz veía al avaro probando inútilmente á escapar con la repleta bolsa entre las uñas. Los descarnados dedos de un esqueleto le agarraban por la espalda, le arrancaban de las manos el idolatrado tesoro. En otro lienzo, un esqueleto que andaba con muletas diciendo á un guerrero que huía de él á uña de caballo:

“Repara que si coixera
mobligo al pas de tortuga,
no hicha qui alcanzar no puga
en ma imparable carrera”.

El ronco murmullo del rosario seguía, en tanto, aumentando la tristeza en mi espíritu. Y si lanzaba la mirada á los resplandores del presbiterio, tanto más vívidos cuanto más cercanos, mis ojos no paraban de descubrir nuevos *mementos* de la muerte. Altas pirámides á uno y otro lado, coronadas de humeantes flámulas, inscripciones funerarias, calaveras sobre una cruz de fémures... y, en medio del altar, aquella boca de horno, llena de reyes, de papas, de obispos, de simples mortales, ardiendo todos en horribles llamaradas! El coro desde la tribuna, cantaba en tono lastimero:

“A las ánimas ofu
que cridan ¡ay quin dolor!”

Así llegábamos, por fin, á la capilla de Santa Filomena, la capilla predilecta de mi familia.

Ganábamos los dos peldaños tropezando con las mujeres en ellos sentadas, y yo corría á sentarme en un banco sumergido en la obscuridad, deseoso de recogerme, de sustraerme á tanta tristeza. Pero ni aun allí, porque si levantaba los ojos, tropezaba en seguida con otro aspecto de la muerte. El *cuerpo santo* de la mártir yacía allí, sobre el altar dentro de espléndida urna de cristal.

Acorralado así por esa continua representación de la muerte, oprimido mi corazón de muchacho por tanto *memento* funeral, apoderábase de mí una obsesión: ¡la muerte, la muerte, la muerte! y aparecíanme á la memoria todos los difuntos queridos.

Mi cariñoso abuelo, mi hermanito, una criada antigua, á quienes había visto difuntos, reaparecían a mis ojos, tendidos en negros túmulos, amarilla la faz como la cera, los ojos hundidos, los zapatos verticales, el cuerpo petrificado en la inmovilidad del sueño eterno.

¡Qué angustia la mía! Amilano y lloroso, rezaba por ellos

hasta que mi naturaleza de niño quedaba rendida por la monotonía de aquella tristísima emoción. Mis nervios todos cedían, empezaba á pesarme la cabeza hasta caerme inclinada sobre el hombro, y cuando el predicador se disponía á describirnos el demonio y sus persecuciones, yo me dormía.

Y ¡fenómeno raro! Si soñaba, allí, en aquel banco duro y en aquella postura tan incómoda, soñaba sin pesadumbres. Mi abuelo, mi hermanito, mis amiguitos de colegio muertos, resucitaban sanos y alegres, y, como en sus mejores días, acudían gozosos á alegrar el espléndido jardín de mis candorosas ilusiones. Yo los veía y tocaba, hablaba con ellos sin presentimiento ni recuerdo de la muerte, mientras que si soñaba en la cama, toda aquella *macabrería* del rito, tomaba en las falsas visiones del cerebelo forma corpórea y me producía horribles congojas.

¡Quién me dijera entonces que todos aquellos terrores y tristezas un día tendrían para mí la dulzura inefable de una poesía que me rejuvenece!

NARCISO OLLER





LA DESPEDIDA DEL TORERO.—Cuadro de Pablo Salinas

Vida doméstica en un templo budhista

CUANDO abandonamos América teníamos el propósito anticipado, Elizabeth y yo, de caracterizar nuestra permanencia en el Japón haciendo vida común, si posible fuera, con alguna familia japonesa, instalándonos con ella y amoldando nuestras evoluciones al "modus vivendi" local tanto cuanto nos lo permitieran nuestras características psicológicas occidentales.

Pues, como sensatamente acostumbraba decir mi amiga, "si nos situamos á inmediaciones del genuino japonés, nos será tanto más fácil el acercamiento al pueblo cuanto más posible sea nuestro objeto de "aprender á comprenderlo"

Bien pronto descubrimos que la dificultad no consistía en el acercamiento á nuestros vecinos, sino en mantenerlos á una distancia razonable, pues si hay algo que el japonés parece desear intensamente es el estar "en contacto", en su acepción casi literal, con el extranjero del ceste.

Más tarde fué pospuesta la parte "aprender para comprender" por otro objetivo más de acuerdo con un nuevo aspecto con que se presentaba nuestra vida en el Japón.

Nosotros habíamos imaginado que, naturalmente, nuestras experiencias domésticas las llevaríamos á cabo en una casa japonesa cualquiera, de modo que cuando inesperadamente se nos propuso la posibilidad de ser, temporalmente, los moradores de un templo, aceptamos con entusiasmo la modificación á nuestro plan, sin siquiera detenernos á investigar hasta mucho más tarde cómo pudo haberse producido esta oportunidad.

La explicación del hecho fué bastante sencilla. Parece que las tendencias materialistas de la época, unidas á la derroca de la religión budhista como religión de Estado, han sido causa de una disminución tal en las entradas de los templos budhistas, que los sacerdotes se consideran á veces muy felices si pueden arrendar aquellas secciones de sus templos que no les son de imprescindible necesidad, y aumentar así en algo el total de sus muy necesarias rentas.

Y he aquí cómo, cuando menos lo imaginábamos, nos encontramos viviendo dentro de los sagrados límites del antiquísimo templo de Tofukuyi, en el centro de un hermoso y secular parque, cuyas elevadas murallas se extienden varios "cho" circundando un dominio que, aunque bastante cercenado en los últimos años, es aún muy extenso.

Durante el lento transcurso de los siglos, sus árboles han envejecido, transformándose en gigantes y cubriéndose de líquenes su corteza, y diseminados entre éstos, en caprichosa agrupación, aquí una pintoresca puertecita, más allá un techo de tejas y un pórtico con sus faroles chinoscos colgantes á poca distancia, que recuerdan al visitante épocas de grandeza de esa venerable construcción religiosa que estaba en el apogeo de su gloria y plenitud de su vigor cuando Colón inició su magna empresa.

Para la mentalidad de un occidental existe una incongruencia tal entre el concepto de un templo y el de una casa, que parece imposible armonizar y aún reconciliar estas dos ideas; pero una vez familiarizado con el plan general de un templo oriental ordinario, la metamorfosis se explica bastante.

En estas apartadas regiones orientales, un templo Budhista ó Shinto no es un sólo edificio, sino que está constituido por una serie de construcciones de las cuales sólo la principal está destinada al objeto exclusivamente religioso, siendo las restantes, el Tesoro, la Biblioteca, el Hall para meditaciones y las casas habitaciones de los sacerdotes.

Fué en una de estas últimas, ocupada antes por los Sumos Sacerdotes, donde nosotros instalamos nuestros dioses domésticos, los que parecen fraternizar bastante amigablemente con aquella imagen de plácida fisonomía y serena mirada que desde su polvorienta urna de la pieza de Bhuda parece buscar aún el más allá...

El plan arquitectónico de nuestra casa-templo es muy sencillo. Está construída en torno de un patio pequeño y sombreado, el cual está circundado por un angosto corredor abierto que da libre acceso al mayor número de las piezas. En el centro del patio se destaca una spírea (corona del poeta en Chile) y una camelia arbórea, entremezclándose en armoniosa combinación el follaje claro y plumoso de la primera con las hojas oscuras, coriáceas y brillantes de la segunda, que ostentaba en los extremos de sus tallos bellos botones rojos á medio abrir, en la época en que tomamos posesión de la casa. La tierra está cubierta de un espeso tapiz de delicadísimos musgos de variados tonos y á lo largo del círculo exterior elevados helechos inclinan sus artísticas frondas.

El edificio tiene quince piezas, se extiende sobre una superficie bastante considerable de terreno y está rodeado en toda su extensión por una galería abierta que puede cerrarse mediante el deslizamiento, dentro de muescas ó ranuras que para el efecto existen en la crilla exterior, de biombos ó mamparas móviles.

Las piezas son espaciosas, lo que nos indica que los monjes de otros tiempos gustaban gozar del confort que procura la holgura de una pieza, dividiéndose en los ya tan universalmente conocidos y elogiados "shoji".

Contrariamente á lo que nosotros hubiéramos jamás imaginado, encontramos alacenas en nuestra nueva casa, algunas tan altas que apenas si parándonos en la punta de los pies pudimos alcanzar las secciones inferiores, y otros estantes tan bajos que sólo podían ser explorados sus cajones estando de rodillas.

El Dios Budha, con su actitud tan quieta, sentado en la blanda penumbra de su urna, disponía de dos gabinetes de su exclusiva propiedad; pero considerado esto manifiestamente injusto, ambos fueron prontamente confiscados: el uno para servir á fines de pura conveniencia para los ambiciosos intrusos, el otro como medio de manifestar una tácita censura al Dios por el antiguo estado de cosas.

Hay asimismo dos espaciosos roperos suficientes para contener la ropa de una mujer á la moda. En otros tiempos, el uno guardaba avaramente el ropaje de ceremonia del Sumo Sacerdote y el otro sus vestiduras diarias.

Altos muros encierran el patio exterior, el cual está separado de uno interior por otra hilera de muros que corren haciendo ángulos rectos con los primeros. Ambos están atravesados por simples portones cuyas hojas sólo pueden asegurarse por dentro, de manera que hace necesaria la permanencia constante de una persona en la casa para impedir la entrada á algún intruso.

Esta misma peculiaridad se hace extensiva á las habitaciones mismas, pues sus puertas asegúranse igualmente por el interior, con la falta más absoluta de estética, lo que, dicho sea de paso, es la nota dominante de todas las construcciones japonesas, según mi criterio.

Desde la puerta principal de entrada, una senda de piedras colocadas sin orden alguno conduce á la cochera, pieza que

está al mismo nivel del suelo. Aquí, dos anchos y bajos escalones, donde teóricamente nos quitamos los zapatos para cambiarlos por unas blandas zapatillas sin taco, nos conducen á una antesala, pasamos al salón, llegando así á las habitaciones interiores de la casa.

Los "tatami", bonitas esteras de trabajo muy acabado, todas ellas de una sola y uniforme dimensión prescrita, cubren los pisos, excepto el de los corredores; alguien de acentuado gusto occidental había agregado variados felpudos, una mesa y algunas sillas, de las cuales, á pesar de la mucha censura de nuestros visitantes japoneses, no podemos prescindir del todo.

Durante unas pocas noches dormimos valientemente en el suelo, "á la japonesa", entre "futones" ó colchas expresamente acolchadas, que hacen una cama bastante confortable; pero cuando descubrimos, lo que no nos costó mucho tiempo ni gran esfuerzo, que nosotros no éramos los únicos habitantes de la casa, sino que una numerosa familia de moradores de ojos brillantes y larga cola tenían discutibles derechos en ella y estaban dispuestos á sostenerlos, casi furtivamente, primero una, después la otra, adquirimos catre y, con esto, una incongruencia más á nuestro hogar japonés...

Tenemos dos cocinas: una, al mismo nivel del suelo, tiene su pisco de tierra, cocina de carbón de leña, con tres agujeros que aumentan gradualmente de diámetro y un horno móvil de hoja de lata, el que sospechamos es de origen extranjero. La segunda, situada algunos pies más arriba, sirve principalmente de almacén, á pesar de que se la llama la "cocina de arriba", y aquí los sirvientes hombres, dotados de inclinaciones aristocráticas, se sientan á comer, fumar y conversar...

Prescindiendo de nosotros, el personal de nuestra casa se compone de un joven estudiante japonés, que desempeña las funciones de intérprete ó intermediario "de respeto" entre nosotros y un público muy alegre y algo franco: Nakamura, que reúne en su pequeña persona tantos y tan diversos empleos que escapa á toda clasificación, pues es cocinero, ecónomo, lavaplatos y conductor de ricksba; su madre, que responde siempre al nombre de O Ba Sam, ó sea, Honorable Señora Anciana, lo que no es



Idolo budhista

ciertamente inexacto y cuyos deberes son tan variados como los de su hijo. Sigue la mujer de Nakamura, Kiri, esto es: La Neblina, á pesar de que algo menos nebuloso que su rolliza y joven persona es difícil imaginar, y quien poco frecuentemente visible, nunca sentida, se desliza de aquí allá, haciendo aquellos trabajos que ningún otro quiere hacer, haciendo protestas por cada imaginario ruido que ella presume haberse producido.

Nakamura ya había sido casado una vez cuando entró á nuestro servicio, habiendo repudiado su primera esposa por conciderar que en vez de corona de goce era para él una corona de espinas y O Ba Sam escogió á Kiri para llenar la vacante.

No fué sino después de muchas insinuaciones y aún casi orden expresa que Nakamura consintió en presentar su nueva esposa á los dueños de casa; y cuando muy de mala gana hizo

interesado en la compra, está á su lado examinando lo que ella examina y aprobando ó desaprobando decididamente el estilo ó la calidad, según los dictados de su propio é incontrovertible criterio. ¿Va ella donde la modista? El la sigue hasta la "sala de prueba" y se manifiesta muy de veras sorprendido y sentido por la perentoria orden de salir. ¿Se baña ella? ¡Ah! aquí Nishao se siente el hombre llamado para esta ocasión, hasta no poner dificultad en creer que su preparación en tales funciones era condición sine qua non de su empleo; pero en la primera y única ocasión que él quiso poner en práctica su ingenua teoría, se encontró con una acogida tal que bastó para desanimarlo completamente en sus optimistas ideas.

Generalmente nos despierta temprano un gozoso coro de pájaros con sus trinos, gorjeos, chirridos y arrullos; pero nuestro



Sacerdote budhista (bonzo) en momentos de disciplina y de oración

su entrada con La Neblina, que le seguía desliziéndose tímidamente, él declaró lacónicamente y con mucha convicción: "Es muy desmañada".

Al darle una mirada pudimos convencernos de que su elección indudablemente fué debida á cualidades más importantes que las de la simple belleza, de la cual estaba totalmente desprovista; más tarde supimos que era considerada maestra consumada en el difícil arte de arreglar artísticamente el pelo; sólo que no cabía la menor duda de que no ejercitaba nunca su habilidad en sí misma, pues sus trenzas colgaban siempre á los lados de su cara en la forma más desairada.

Debemos agregar á estos cuatro que viven bajo un mismo techo con nosotros, á Nishao, nuestro segundo conductor de ricksha, quien viene todas las mañanas á ponerse á nuestras órdenes. Nishao es de exclusiva propiedad de Elizabeth ó, mejor dicho, ella lo es de él, y nada puede ser superior al cuidado y atención que él la dedica. Cuando ella sale de la ricksha, él recoge todo aquello que podría ser robado y volviéndose prontamente sobre sus talones la sigue casi apegado á ella doquier vaya. ¿Anda ella por las tiendas? Pues Nishao, profundamente

día empieza propiamente hacia las 7 de la mañana, hora en que aparece Nakamura con el té, tostadas y huevos. Con él cambiamos los buenos días en japonés, frase de muy fácil retención para nosotros por ser el nombre de un Estado que parece ha adquirido el hábito inveterado de hacer presidentes. Una hora más tarde O Ba Sam, encorvada hasta la exageración por la edad, el trabajo y la cortesía, "trota" hacia dentro trayendo agua caliente y sonriendo con su alegre aire de anciana, mientras nos hace un número increíble de reverencias. También le gritamos á ella O-hi-o, saludo que ella nos corresponde con un modo que deja la impresión de una combinación por partes iguales de deferencia y amistad.

Entre el té de la mañana y el "tiffin", siendo esta última una cena movable que tiene lugar entre diez y doce, según la mejor conveniencia de Nakamura, curioseamos por la casa ó vagamos por la localidad provistas de cámara fotográfica y libro de conversaciones, dispuestas para saltar con la primera y lanzar una selecta cantidad de desatinos con el segundo á cualquiera que se ponga á nuestro alcance.

Nuestros esfuerzos por adquirir y sobre todo nuestras tenta-

tivas por emplear el lenguaje japonés, son una fuente inagotable de diversión para todos nuestros sirvientes, como asimismo para los vivientes del templo, quienes evidentemente nos consideran como un espectáculo sagrado y, con su criterio infantil, no ven razón suficiente para disimular su opinión.

Nuestro "tiffin", cuando por fin aparece, es un término medio entre alimentación americana y japonesa, eso sí que con acentuada tendencia hacia la última, pues, aunque empieza con algún cereal, es seguido inmediatamente de pescado, continúa con pescado y, si se ha dejado la libertad de elección á Nakamura, el menú termina inevitablemente con pescado.

Aquella que hace de jefe ocupa naturalmente la cabecera de la mesa (pues es sólo en las ocasiones de gran ceremonia que podemos decidimos á sentarnos á comer en el suelo) y uno de sus principales placeres consiste en hacer venir al cocinero desde su cocina, distante tres piezas, golpeando en una extraña campana de templo tenida por la familia en más estima que la niña de sus ojos. A este llamado siempre contesta Nakamura con un jovial y mentiroso "hup!" (voy!), no siguiendo su persona hasta no haber terminado la tarea iniciada, lo que nosotros ya sabemos anticipadamente.

Después del "tiffin", si el tiempo está bueno, salimos en nuestras "rickshas", gozando algunas veces de soberbios colores de vista y siendo nosotras mismas el objeto preferente de todas las miradas.

Si se trata del mes de Mayo, podemos contar con la seguridad de ser testigos de algunas de las muchas fiestas religiosas que han en ese mes.

Un día nos encontraremos en él y seremos arrastrados por una muchedumbre de robustos cochinos, corriendo desafortunadamente al templo de la Gran Inari, volviendo de allí bailando, cantando y llevando en alto los pesados carros en los cuales esta Diosa tan popular y sus divinidades secundarias hacen su paseo anual.

O bien podemos contribuir á engrosar las filas de la procesión triunfal que conmemora y celebra las antiguas pero nunca olvidadas victorias del famoso Hidevoshi ganadas á los coreanos; ó unirnos á aquellos que vayan entre los majestuosos bosques de Kamo Karo, contemplando con temerosa y reverente admiración á un antiguo samurai de otros tiempos, que tuercó la rienda á su caballo para tomar parte en el Festival de la Primavera; ó aún observar las reverencias que hacen los numerosos creyentes ante la urna del venerable Shinto.

O acaso vamos á la procesión de las "mujeres pintadas" de Kioto ó nos defenzamos á la entrada de un templo: mientras tanto, sacerdotes de cara afeitada se mueven con paso lento de aquí para allá, severamente vestidos de negro algunos y otros semejantes á Salomón en su magnificencia.

Pero aún más á menudo vamos por proporcionarnos el placer de pasear en nuestras "rickshas" á través de las angostas callejuelas comerciales, que ofrecen para nosotros un interés continuo ó visitar las pequeñas tiendas cuyos exóticos y hermosos artículos hacen tan irresistibles llamados á nuestros bolsillos.

Pero siempre y doquier nos presentamos en público, no se nos deja lugar á duda alguna con respecto á las emociones que inspiramos en los naturales. Cuando pasamos á través de las calles nos miran con franca curiosidad, señalándonos muy divertidos con sus dedos, casi tocándonos la cara é invitando á todos sus vecinos á apresurarse á dar una mirada á estas criaturas tan extrañas.

No había persona tan seriamente ocupada que no pudiera formar parte de nuestro auditorio; y la significativa mirada que cada uno de ellos nos fija, una mirada que abraza y ridiculiza nuestras personas, nuestros trajes y nuestros movimientos, el rápido intercambio de observaciones y los frecuentes estallidos de risa, todo contribuye á formarnos la convicción de que jamás en la vida un hijo de Nipón ha podido ver algo más extraordinariamente cómico que el espectáculo que presentan dos mujeres extranjeras.

Pero cuando llegamos á comprender en toda su extensión con cuánto contribuimos al deleite de la nación, es cuando nos proponemos exhibir nuestros conocimientos japoneses. Por supuesto que pocas veces encontramos la frase exacta de que queremos hacer uso; en esa circunstancia precisa y habiéndonos Murray provisoriamente provisto de un glosario recurrimos á él, costruyendo la frase según nuestro propio criterio, con resultados á veces tan sorprendentes cuanto disparatados, de lo que nos imponemos bastante prontamente por las carcajadas con que son saludados nuestros "quid pro quo".

Nuestro único consuelo en estas circunstancias es el estar convencidas de que no hay nada más grotesco que el inglés que libremente usa el japonés. Ciertamente que es un consuelo bastante pobre, pues desgraciadamente no se dará cuenta nunca de ello nuestro convulso auditorio.

Aunque el conocimiento muy superficial del idioma japonés que se adquiere pasando la vista por un libro de conversaciones, arroja considerable luz sobre la constitución idiomática de esta lengua, uno cesa de sorprenderse de las sorprendentes frases que demasiado indulgentemente cree el japonés escribir en correcto inglés.

Para ilustrar con algunas frases, por ejemplo, estas peculiaridades constructivas del japonés, diremos que el saludo propio, después de las 10 A. M. á un amigo, sería en ese idioma: "Kon-nichi wa", lo que traducido literalmente se leería: "Hoy como para" Si en seguida usted desea dar algunas seguridades agradables con respecto al tiempo, usted agrega, si su valor y vocabulario se lo permiten: "Yoi tenki de gozaimasu", lo que se traduce por "buen tiempo por es".

Deseoso de información, usted debe decir: "Shirashits kudai-sai", esto es: "Informando condesciéndame"; y si usted duda de la exactitud de la respuesta y desea expresarlo, la forma correcta es "So ja nai", "Así por no es".

Para preguntar al portero respecto á su equipaje, usted dirá: "¿Equipaje de preparación como por bueno?" Deseando averiguar qué hay digno de interés en la localidad, usted deberá decir: "¿Aquí como ve cosas como para qué son?" y si esta frase deja á usted en un perfecto estado de equilibrio mental, puede usted enorgullecerse de tener un cerebro firme.

La advertencia "Usted no debe tocarlo", exprésase por la frase: "Por lo que respecta á tocar es no ir".

Las dos frases que aprendí primero y fueron mis más constantes y útiles amigos desde el principio hasta el fin, son: "Sore wa takai" y "Sukoshi o make nasai", ambas casi tan necesarias como la cartera misma al efectuar compras, y cuya traducción libre es: "Esto es muy caro", para la primera, y "Usted debe reducir el precio", la segunda; lo que la construcción japonesa convierte en: "Esto como para caro", en un caso, y "Poco honorablemente bajando dígnese", en el otro.

Nuestros vecinos los monjes están dispuestos á mantener buenas relaciones con nosotros y ya no es cosa muy inusitada para nosotros si al hacernos una visita levantan un poco nuestro espíritu por medio de un improvisado servicio religioso en la pieza de Budha. No debe imaginarse por esto que la hospitalidad sea cualidad exclusiva de nosotros, pues siempre que los monjes de Yofukuji dan alguna comida, tienen especial cuidado de invitarnos muy cordialmente á tomar parte y, en caso la asistencia nos sea posible, podemos contar con una parte muy aceptable de los más apetitosos platos budhísticos.

¿Qué importa si, aceptada la invitación, encontramos cerca de la puerta por donde entramos una mesita sobre la cual pueden verse sugestivos montoncitos de dinero? ¿A qué título podemos exigir que este empobrecido convento nos dé de su propia alimentación, sin dinero ó recompensa alguna?

En consecuencia, agregamos nuestro donativo al de los demás huéspedes y somos conducidos al salón de honor, donde todo el servicio es de laca roja, en vez de ser negra como sucede para el caso de la sala que está destinada á la recepción de las personas de menor categoría, y acomodando nuestras piernas occidentales lo mejor que podemos, procedemos á disfrutar de la amable invitación tanto cuanto nos lo permite nuestra posición forzada y limitado vocabulario.

En la noche, en sueños, á menudo siento una nota musical, dulce y profunda y, despertando momentáneamente, reconozco los tonos vibrantes de la gran campana del templo y sé que un joven monje de ojos dormidos está debajo balanceando el gigantesco badajo, que pone en libertad las armonías encerradas en su prisión de bronce.

Algunas veces penetramos al templo principal, á la hora del servicio religioso, y permanecemos quietos en respetuosa reverencia mientras tanto la procesión de sacerdotes da la vuelta al rededor del altar.

Vestidos con los esplendorosos ropajes que á tantas generaciones de sacerdotes de Tofukuji han servido, observan ellos los ritos estatuidos por el budhismo, ora inclinándose profundamente hacia adelante, ya dirigiendo hacia lo alto sus manos en actitud de implorar ó de bendecir; cantando siempre un suave, monótono estribillo, mientras que de incensarios á los que se les ha imprimido un movimiento de vaivén se elevan á los cielos oscurecidos vaporosas nubes de aromático incienso, encrespándose caprichosamente al rededor de la bondadosa cara y la inclinada cabeza de la gran imagen de Budha.

Los paseos á lo largo de las anchas y serpenteadas avenidas de Tofukuji son muy variados y todos ellos hermosísimos. Ya sea que dirijamos nuestros pasos hacia donde, suspensos, podamos contemplar el maravilloso espectáculo de los rayos del sol filtrándose á través de las hojas de los coposos arces, que constituyen una de las principales bellezas del antiguo monasterio, ya apoyados en la baranda del Puente Sagrado observamos el paso veloz de la montuosa corriente que allá abajo, muy lejos, une sus aguas á las del Kamo; ó nos detengamos á hundir nuestra mirada casi medrosa en las enmarañadas profundidades del sombrío bosque, que, según la creencia popular, era la morada inmemorial del Espíritu de los Bosques, el amigo de otros tiempos y primer jefe de la Hermandad de Tofukuji, todo nos enamora y nos hace considerarnos felices de estar aquí.

Pero el paseo que procura la sensación más amplia asciende la boscosa falda del cerro más allá de un admirable laberinto de bóvedas shinto, cuyos oscuros tonos rojizos se destacan del océano de verde de los alrededores; más allá de un espacio con cerco de roca en donde reposan eternamente los superiores de Tofukuji, á la redondeada cresta de la cima, desde donde se domina un campo visual extensísimo y grandioso, que comprende leguas de fértil valle, gran número de aldeas diseminadas, la refracción interrumpida aquí y allá de la corriente pedregosa del río Kami y algunos centenares de tejados de templos.

Tanto sobre lo que es producto de la obra del hombre como sobre la de Dios, extiéndese una profunda paz, pareciendo todo ello estar sumido en aquella sagrada meditación objeto de la fundación del gran monasterio.

Sabemos cuáles son las ventajas y conveniencias que nos esperan allá abajo; no ignoramos que ya Nakamura debe haber preparado el té y que O Ba Sam tiene listas las tostadas, y que ambas cosas perderán su sabor y perfume si nos tardamos; pero, á pesar de esto, nos cuesta arrancarnos al placer de estar en la altura para caer en la nerviosa agitación de la vida diaria.



(Especial para SELECTA)

Al doctor JOSE ANTEZANA

Día diez de Abril.—Esta mañana, en tanto el sol, penetrando por la ventana abierta, decraba con su oro fluido el recinto solitario de mi vivienda triste, el lecho que no aderezan manos cariñosas, la mesa de trabajo sencilla, los libros dispersos, abiertos en la página en donde quedó interrumpida la lectura; en tanto el sol flébil de esta mañanita de Abril alegraba mi despertar sombrío, trabajaba por encontrar un ritmo, múltiple y misterioso ritmo, para finalizar el poema que entreteje mi poesía en loor de los ojos divinos de la extraña desconocida que ha surgido en mi vida como una flor caída en el yermo sendero.

Ansiaba un ritmo que fuese vago como una niebla, que el rumor encerrase el rumor de una ola, de fragancia de primavera, dulce como un ensueño, grave como el crepúsculo, enigmático como la vida; misterioso ritmo que contase en su múltiple belleza el sortilegio de los ojos de la aparecida, divinos ojos que mi alma alegran, intranquilos y vagos como las aguas mudas de un lago sereno. ¡Los ojos extraños y singulares como las aguas de los lagos tranquilos! ¿Quién osará mirarse y llevar su pobre alma hasta el fondo del misterio que ocultan tales ojos?

¡Los ojos! En vano trato de esclarecer por qué secreta afinidad, por qué extraña aberración acaso, torna á mi espíritu la obsesión de los ojos. Los ojos me persiguen. Dadme de un hombre los ojos, los ojos no más. Siempre en mi vida han vertido los ojos de los hombres, en todas las tierras, bajo todos los cielos, una extraña fascinación, un hechizo del cual quién sabe cuándo se curará mi alma.

Me viene el recuerdo de un poeta predilecto. Fué en un mar lejano, en una nave cuyo nombre no recuerdo. Hay detalles de mi vida que han perecido por completo. Ella que sufría de tisis y se iba consumiendo lentamente, dolorosamente, como una flor bajo el sol, me alargó el tomito, no lo olvido, finamente empastado. En las dulces tardes marinas, le leí, sobre el barandal del buque que tajaba azul con la proa inclemente. Fué en un mar lejano, en una nave cuyo nombre he olvidado. Su nombre también, el nombre de ella ha perecido. Recuerdo su armonía que ha quedado en mi alma como un perfume. ¿Qué hará ella á esta hora?...

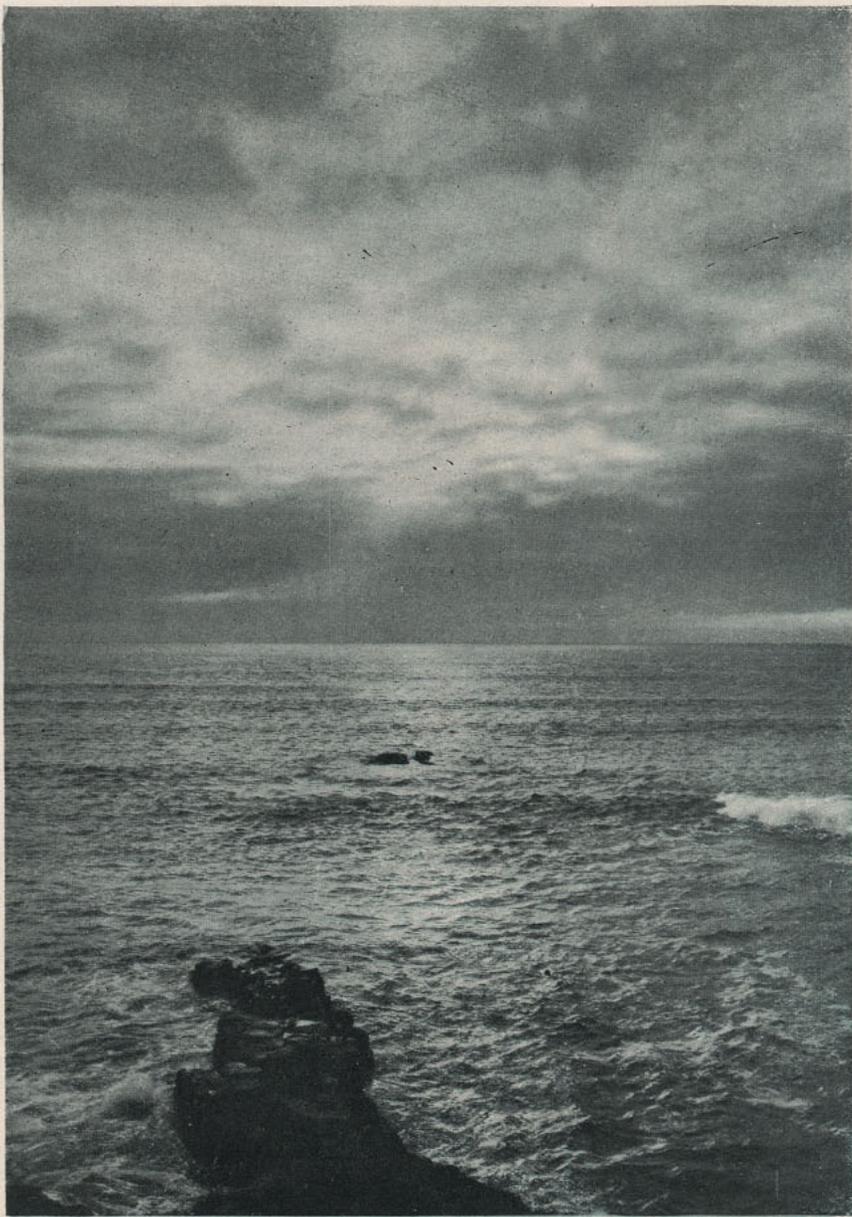
¡Los ojos! Verdaderamente no hay en el hombre nada más extraño que el oscuro misterio de los ojos! Y mi obsesión viene desde niño. Cuando mi madre me llevaba en brazos, me lo refería ella misma, yo gemía siempre por mirarme en el raro prestigio que encerraban los ojos de esa noble mujer que fué mi

madre. Y alguna vez alargué la mano para arrancarles como á piedras preciosas de su joyal. Luminosos como piedras preciosas eran sus ojos. No he vuelto á ver nunca más iguales en la vida. Cuando murió, parecíame que se había apagado el fulgor de dos diamantes, de dos grandes y fúlgidas gemas. Alumbraron y aún alumbran la sombra de mi alma los apacibles y buenos ojos de mi madre. Más tarde, corría desesperado tras de los campesinos que llevaban aves muertas cazadas en la selva: quería yo ver, mirarme en las pupilas sin vida de los pobres animales exánimes. Recuerdo haberle arrancado con placer, con malsano placer, los ojos á una de aquellas aves, vacilantes ojos, dilatados como los cielos que cruzaron, varios como las varias cosas que vieron, los vacilantes ojos donde el estremecimiento de la muerte eternizaba el último fulgor de la vida. Recuerdo: los campesinos me miraron sorprendidos; yo los miré asustado, sorprendido también del dulce mirar de sus bondadosos ojos. Bondadosos y dulces los ojos tranquilos de los campesinos, que no vieron más que la montaña azul, el claro cielo, la selva umbrosa; ojos sencillos é ingenuos como las sencillas é ingenuas cosas de la montaña.

¡Ay, Dios! Cuántas veces he ido tras la llama ardiente de unos ojos que aparecieron en mi vida vertiendo en-

gañoso fulgor. ¡Cuántas veces! Mujeres extrañas, de extraños países, cuántas veces me he mirado desesperadamente en las aguas profundas de vuestros ojos, aptos para exteriorizar todas las modalidades del alma humana, triste, ó alegre ó vagabunda; del alma humana sencilla, ó múltiple ó grave.

Hoy mismo, en la mañanita plácida, ese sol que jugueteaba entre mis libros en la mesa de trabajo sencilla y llegaba hasta mí trayéndome un símbolo en uno de sus rayos, parecíame que el prestigio de no sé qué mirada, que he visto en las blandas



EL MAR.—Fotografía artística chilena

pupilas de una mujer desconocida, me la donaba la Primavera como una promesa.

¡Los ojos, los extraños y raros ojos de las mujeres que vemos por primera vez! ¿Quién osará mirarse en el misterio fatal que ocultan tales ojos?

El tomito de Rusia y las manos delgadas y gráciles de la otra. Es preciso que consigne aquí parte de esa poesía. Villoy tiene un alma igual á la mía, pues que ha interpretado lo que yo interpreto. Verdad es que ya antes había yo sentido, vivido y contado lo que él nos dice en la poesía. No he podido olvidarla.

He pasado los años buscando en los ojos lo que los otros hombres no pueden ver. Lentamente, con dolor, he descubierto en todos los ojos las sensaciones infinitas que se eternizan en las pupilas. He gastado mi alma persiguiendo un misterio, y ahora, mis ojos ya no son míos, se han apoderado poco á poco de las miradas de los otros ojos, y hoy no son más que un espejo que refleja todas esas miradas robadas, que anima solamente una vida múltiple y animada de sensaciones desconocidas. Y esa es mi inmortalidad, porque yo no moriré, y mis ojos vivirán porque no son míos, porque los he formado con todos los ojos, con todas las lágrimas y con todas las risas, y sobreviviré al despojo de mi cuerpo, porque se encuentran todas las almas en mis ojos.

Día catorce de Abril.—Pienso: no existen la Tristeza y la Alegría. Hay solamente una buena ó mala digestión. Felicidad, ventura, amarguras, tristezas: vanas cosas. ¿Sabe el hombre cuándo está triste ó alegre?... Pesares, alegrías, palabras vanas. Y como no sé decir esto de otro modo, se me antoja que sólo hay una manera que tiene cada alma de interpretar lo que los hombres llaman tristeza y alegría, una manera que tiene cada alma de comprender la vida. Y las almas, ¿qué son?...

Día veinte de Abril.—Ayer me han dicho su nombre. El nombre de una mujer es para mis amores un detalle por el que no me intereso. ¡Los hombres y las cosas! ¿Significan acaso algo sus nombres?...

Mismo día.—La he visto. Su traje negro se agita en mis pupilas, su traje y la maravillosa enritmia que él cubría con no sé qué de orgullo y de placer sensual. Pasaba por la avenida inundada de sol, bajo el sopor del crepúsculo. Y me parecía al verla, aristocrática y grave, más bien un enigma viviente que una mujer. Acaso no sea más que una mujer.

Día dos de Junio.—Todo gris. Nieblas sombrías opacan todas las cosas; en los tejados, semejantes á enormes manchas rojas; en los campanarios, sobre los jardines, en las terrazas, las nieblas caen y caen incesantemente. Así parece como si fueran in-

numerables velos sutiles de melancolía que una mano invisible extendiera sobre la ciudad. Tan torvas, y tan graves y tan densas suelen ser, que á veces me han dado la ilusión de cosas tangibles, hasta el punto que me han provocado á extender la mano como para coger una de esas inmateriales brumas!

Invierno. En el alma también hace mucho frío. Me sucede que en estos días grises mi corazón se abre á las más remotas evocaciones. Al mismo tiempo, mi pensamiento surge suavemente de las profundidades del sér y de la vida, en tanto la facultad del análisis adquiere una extrema agudez con no sé qué de sutileza sensual y de perversidad. Por ejemplo, esa mujer que veo pasar por la calle, bajo su capa de pieles, rica de joyas, y que es en esta sociedad una señora de placer, ¿por qué lleva la mirada torva? Y por qué... .

Mientras miro la ciudad desde el balcón, la ciudad opaca y sombría bajo la somnolencia de esta mañanita obscura, observo que una niebla, poco á poco, se ha arrebujado sobre el escudo de mi país. Y pienso con tristeza, aquí en esta tierra extraña, que esa niebla sobre las armas de mi nación es un símbolo. Sí, un símbolo cruel. Tal como en ese escudo, cruzan torvas sombras sobre los campos de mi patria, que sembró de desolación la locura del corcel de la guerra.

Mismo día.—Cuatro hombres llevaban á hombros un ataúd. Era una caja sencilla, de rústica madera, que afectaba la forma de una caja mortuoria. De improviso, por la avenida desierta, el cortejo se detuvo. Como aquellos hombres, por la traza hombres de la gleba, charlasen naturalmente, como si no estuviese cerca la presencia de un hermano muerto, yo me acerqué al cadáver. Yo invito á los hombres que sufren, para quienes no alumbrará más el cirio blanco de la alegría, se acerquen á mirar los cadáveres. ¡Qué amable verdad encerrada en el estrecho espacio de una caja mortuoria! Sí, la Muerte no miente, la muerte sí cumple su promesa, ella no engaña como canta un poeta amigo mío. Es preciso irse tras de la muerte para llegar á la grande verdad.

La sonrisa del cadáver hablaba de paz, del dulce sueño de calma y de paz, que se duerme bajo la tierra negra. El cortejo siguió; yo reemprendí mi camino por la avenida desierta, colmada de nieblas.

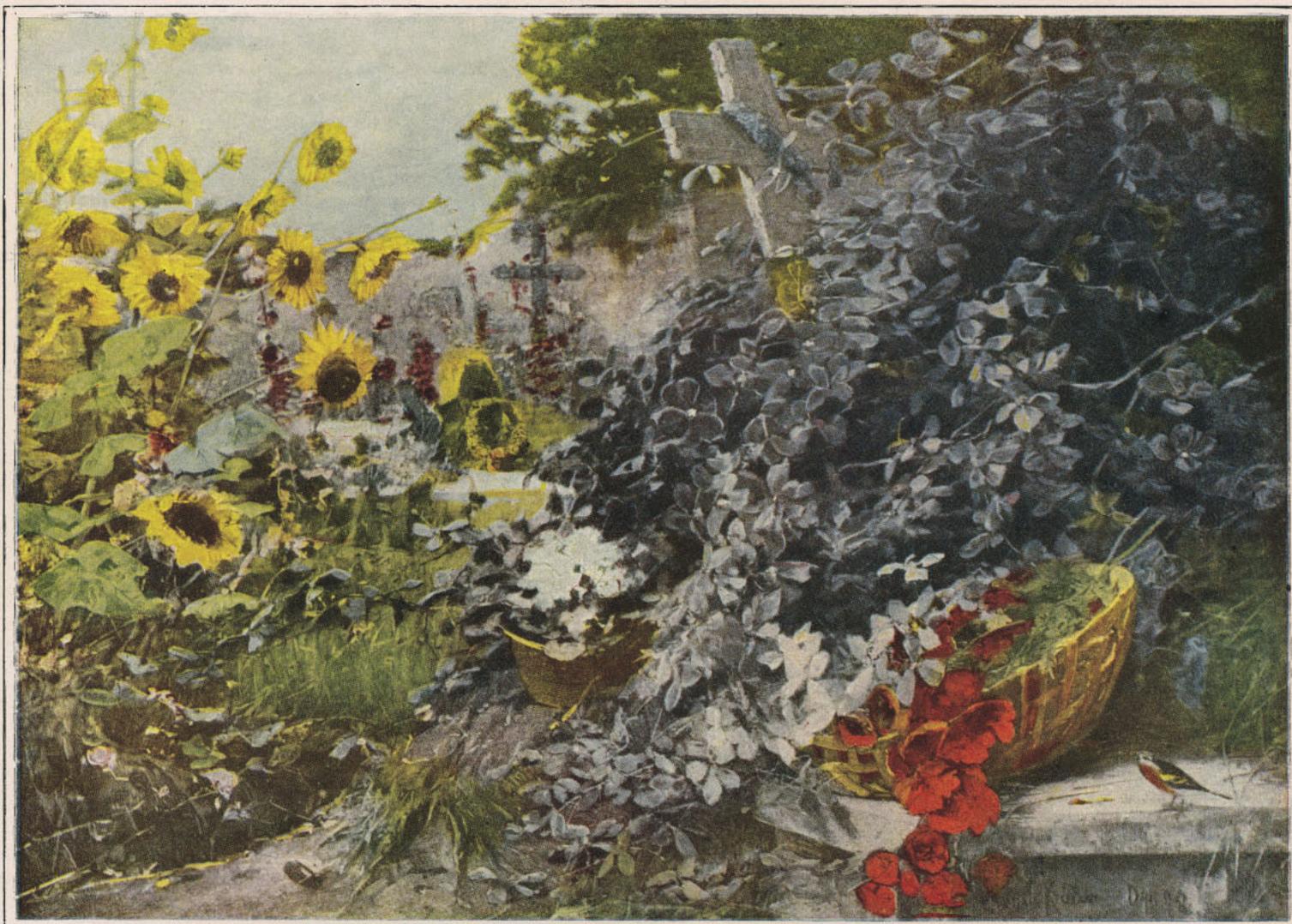
Otro día.—¡La Muerte no miente, la Muerte sí cumple su promesa! El dulce y tranquilo sueño bajo la tierra negra! Esta idea es un filtro maléfico que llena todo mi sér. Mi vida ha sido abstraída de ese pensamiento. Aquí, frente al mar, en el muelle que azotan las olas rumorosas, pienso:

¡Dios mío! si surgiese el impulso!

J. M. PEILAZA.



EN EL CAMPO.—Fotografía artística chilena



EL 1.º DE NOVIEMBRE.—La primavera de los muertos

MEMORIAS

ESTABA sentado en un cementerio de pueblo, en uno de esos cementerios sin poesía, ni nuevo ni viejo, sin árboles, sin flores, sin musgo, sin un rincón de sombra, ni un beso de sol que acariciara las piedras; un ciprés solitario con cuatro ramas pendientes de un tronco; un terreno de glacis hinchado acá y allá por algo así como grandes costras del tamaño de un hombre, con una cruz despintada, manchada con los regueros de una inscripción desteñida; y una línea de nichos enfilados unos sobre otros como anaqueles de la muerte, medio ruinosos.

Ante aquellos nichos ví llegar un entierro, dos hombres con unas angarillas y en las angarillas una caja negra adornada de galón amarillo, recta de ángulos y con la pintura fresca todavía; detrás una mujer de sesenta años, enlutada y flaca, que debía de ser la madre; un joven de treinta años con corbata negra, que debía de ser su hijo y hermano del muerto; y nadie más detrás. Era el entierro de un pobre.

Frente á los nichos se detuvo la comitiva.

—¿Lo queréis ver? preguntó uno de los hombres de las angarillas?

Miráronse madre é hijo y con un movimiento de cabeza dijeron que sí. Abrieron la caja, contempláronlo fijamente, como se contempla una imagen que se desea guardar para siempre en la memoria. La mujer rompió á llorar, se apoyó en su hijo; y cerraron la caja con un cerrojo con candado. Mientras uno de los hombres les enseñaba el muerto, el otro, con una paleta en la mano, buscaba el nicho. Los números estaban medio borrados. En el tapial de los nichos aparecían desteñidas las inscripciones en grandes manchas inteligibles; de las letras no quedaban señales; una costra verdosa cubría los ladrillos del fondo, como tumbas en ruinas, como nichos anónimos, como sepulcros de lance.

Viendo el albañil que no encontraba el número, echó suertes, eligió á ojo: golpeó con el martillo la tapa del primer nicho que tenía delante y tumbó los ladrillos. El nicho estaba lleno: una caja grande y dos más pequeñas. Madre é hijo se dijeron con la mirada que aquel nicho no era de ellos.

Nó; dentro del nicho de ellos no debía estar más que el pobre José, enterrado desde hacía muchos años. Sobraban las otras cajas.

Golpeó entonces el albañil el nicho contiguo y se hundió la tapia.

Estaba más vacío que el primero; pero tampoco les pareció el suyo. En él había trozos de caja, harapos, reliquias sobrantes que les hacía dudar.

—Bueno. ¿Qué vamos á hacer? preguntó el albañil; si seguimos así abriremos todos los nichos. Este ha de ser. Los demás tienen lápida.

—¿Y todos esos? dijo la mujer con modestia.

—Esos están llenos.

—¿De verdad?

—Ya os lo he dicho. Y después de todo, lo mismo da que lo enterramos aquí ó en otro.

—Es que desábamos enterrarlo con el padre.

—Y claro que lo enterramos! Mirad, dijo sacando algunos huesos, aquí no hay más que un cuerpo.

Dejáronse convencer, sin duda, para no contemplar los huesos que los otros les enseñaban. Los dos hombres agarraron la caja y la subieron hasta el nicho.

Frágil, exclamó el muchacho leyendo esta palabra trazada con molde en el fondo de la caja sin pintar.

—¿Qué querrá decir frágil? pensaba el muchacho caminando con su madre hacia la puerta. ¿Por qué le habrán puesto Frágil? ¿Tal vez quiere decir pobre? ¿Quién sabe si era nuestro nicho? se decía mirando las lápidas de las otras tumbas. ¿Si volviéramos v se lo preguntásemos al albañil? Pero ya lo habrán cerrado.

Lo tapiaban.

Dónde vas con mantón de Manila....

Cantaba el albañil mientras colocaba un ladrillo.

Dónde vas con vestido chiné....

Otro ladrillo.

...á lucirme y á ver la verbena....

Seis ladrillos más.

...Y á meterme en la cama después.

Allá dentro se quedaba el muerto, sin letras, sin título y tal vez sin familia, mezclado con restos anónimos y huesos caídos quizás de los nichos altos.

SANTIAGO RUSIÑOL

Teoría de la vida práctica

HAY, en efecto, una teoría de la vida práctica, como hay una teoría de la música, del calor, del movimiento, una teoría de cualquier arte, facultad ó fenómeno. La práctica de la vida, que consiste en saber vivir, es á un mismo tiempo arte, ciencia y facultad; y la serie de fenómenos, simples ó complejos, uniformes ó variados, que constituyen la existencia, dependen muchas veces de nuestra voluntad, la cual puede imprimirles rumbo, prolongarlos ó abreviarlos, exajerar ó atenuar sus resultados, lo que hace del saber vivir la más útil y fundamental de las ciencias humanas. Muchos hay que creen que el ser un hombre práctico consiste en desdeñar toda teoría de orden material ó moral, error semejante á creer que para ser un hombre pintor debe desdeñar toda teoría del color, del dibujo y de la perspectiva. Hay otros que se tienen por prácticos y que no lo son sino en cuanto practican con rara energía de carácter y voluntad una teoría equivocada de la práctica.

Pueblo práctico por atavismo, por educación y por raza, si raza puede conservarse en esa enorme cosmópolis, son los Estados Unidos. Para un norteamericano el objeto de la existencia es adquirir dinero; el medio de adquirir dinero es el trabajo, es decir, el aprovechamiento activo del tiempo, esto es, el tiempo convertido en acción; luego el tiempo es dinero. Esa es la teoría. Siendo la práctica la aplicación experimental del principio teórico y siendo la vida misma una partícula de tiempo que el hombre recibe por el hecho de nacer, y á la cual conviene dar la inversión más activa, la más lucrativa, todo en Estados Unidos está adaptado para el aprovechamiento integral del tiempo y la economía de los minutos. Teléfonos, máquinas de escribir, tubos neumáticos, ferrocarriles aéreos, ferrocarriles subterráneos, todo converge al objetivo primordial de proceder rápidamente, de ejecutar el mayor número de operaciones posible con el menor gasto posible de tiempo. Los restaurantes sirven "Quick lunches for business men"; en los templos, junto al horario de los oficios divinos habituales, un cartel anuncia "Short services for business men"; en los barrios tumultuosos donde las riñas son permanentes, diversos botiquines ofrecen "Black eyes cured while you wait".

Empero, ¿es acertado, es plausible cuando se aplica individualmente y en privado este concepto de la práctica de la vida, que ciertamente es provechoso en sus aplicaciones públicas y colectivas y más especialmente comerciales? Personificando el positivismo yanqui, Jorge Horacio Mortimer lo condensa gráficamente en el viejo Gorgon Graham, salchichero millonario de Chicago, hombre práctico por convicción y por temperamento. El viejo Graham es la síntesis de cuantos fundan la práctica de la vida en el desdén por lo que no produzca inmediatamente una ventaja material; teoría que, sin saberlo, es la que profesan de hecho los que creen que el perfecto hombre práctico no ha de profesar teoría alguna. En consecuencia, examinando ligeramente á Gorgon Graham, habremos examinado substancialmente la cuestión de si es ó no posible formular teorías de la práctica como se formulan teorías de un arte ó facultad cualquiera.

De nuevo, los hombres prácticos ostentan desdeñar lo que no reporta un beneficio material inmediato, y el beneficio práctico por excelencia es el dinero. Así, las letras y las artes no son prácticas; es verdad que á veces dejan dinero, pero no son un consumo de primera necesidad como los jamones, el tocino y la salchichería en general. Penetrado de esta verdad, mientras otros se dedican á estudiar la economía política, los colores, la historia, la sociología, Gorgon Graham se consagra á estudiar "el problema del chancho". Y lo ha resuelto con positivo provecho: sabe cómo se puede obtener cincuenta dollars de un chancho que vale diez; por ejemplo, ingertando en las salchichas una proporción adecuada de carne de perro. La solución le ha producido millones.

No repudia la instrucción, con tal de considerarla prácticamente; es preciso que la instrucción produzca un interés proporcionado á lo que se haya invertido en ella. Todo lo que produce algo, paga lo que en ello se ha gastado y vale lo que cuesta. La instrucción enseña á un niño á leer, á escribir, á llevar sus cuentas, á dar una respuesta acertada mientras otro muchacho se queda mordiendo el lápiz; luego la instrucción produce una utilidad y vale lo que cuesta. Siendo hombre práctico, puede uno aprovechar hasta la poesía y el latín: un anuncio en verso llama la atención del consumidor más que uno en prosa. Cuando algún producto peligre de parecer sospechoso al Departamento de Higiene, se le da un nombre latino, y con eso se le excluye de la nomenclatura de los artículos cuyo expendio está prohibido.

En vez del aforismo de Sócrates, sin utilidad práctica apreciable, Gorgon Graham preconiza este otro: "Hay que conocer bien el cerdo, conocer á los clientes y conocer á los propios empleados". Si además puede uno conocerse á sí mismo, lo que no es muy trabajoso, puesto que uno tiene todos los documentos originales á la mano, entonces tanto mejor, porque se conocerá juntamente al productor y al consumidor y se podrá hacer con más éxito la propaganda. Sin saber que tal consejo haya sido expresamente formulado, el viejo Graham practica esforzadamente, por instinto y por convicción, el consejo en que M. Guizot resume brutalmente toda la existencia contemporánea: ¡Enriqueceos!

Entretanto, ¿es eso verdaderamente práctico? Es el viejo Gorgon Graham un hombre atinadamente práctico? Es archimillonario, y trabaja como un peón; puede darse una vida agrada-

ble y holgada, y lleva una vida recargada y azarosa. Se objetará que para él la felicidad consiste en cubrir el mercado con sus productos y ganar mucho dinero; que siempre que la marca Graham y Cia. sea la más solicitada y que sus conservas tengan un expendio igual á la producción y una demanda superior al expendio, todo está bien para él. Pero precisamente esa inteligencia tan restringida de la ventura humana, esa limitación tan estrecha de la propia felicidad, en suma, el criterio de vida que de eso fluye, es poco práctico. Bien puede aceptarse el problema del chancho como una de las preocupaciones de la vida, como la principal aún, considerado como la fuente de donde sacar los medios necesarios para procurarse una existencia cómoda y agradable; pero hacer de él juntamente el medio y el fin, el objeto único para el cual existimos, eso ya no es levantar el chancho á la altura de un provechoso instrumento de bienestar nuestro, sino rebajarse uno mismo al nivel de un instrumento de elaboración del chancho, de una máquina cuyo destino es hacer salchichas, y que, ocupada exclusivamente en fabricar salchichas, llena cumplidamente el objeto para el cual fué creada.

Gorgon Graham siente un placer inefable en producir y vender mucho y cree que la ventura terrenal se mide por la cuantía de la producción y el consumo, cuya resultante es la utilidad líquida; pero es que no conoce otros placeres, los verdaderos placeres de la existencia, no subordinados á la oferta y demanda del chancho y cuya resultante es la felicidad verdadera. Tiene mucho dinero, goza con tener dinero, anhela tener más dinero; pero sólo experimenta ese atractivo de la riqueza, la satisfacción de ganar dinero; no conoce ni por consiguiente practica el otro atractivo, el más esencial, aquel para cuyo goce se adquiere el dinero y sin el cual el ganar dinero carece de significado y de objeto práctico, cual es el placer de gastar el dinero, es decir, disfrutar los placeres que proporciona el dinero y que nos llaman desde las gradas infinitamente variadas que van desde las emociones augustas de la caridad hasta las sensaciones del arte, las impresiones de viaje y el calor de la copa de cristal que incita al recuerdo y la confianza.

Más práctico que Gorgon Graham y muchísimo más pobre también, es John Falstaff, lo que equivale á decir que Guillermo Shakespeare ha comprendido la práctica de la vida mejor que Jorge Mortimer: queremos significar que la ha comprendido materialmente mejor, lo que no es lo mismo que moralmente mejor. He aquí el canon de vida de John Falstaff, compendiado por él mismo: "¡Yo soy así, qué quereis! Me gusta beber: ¿acaso el buen vino no es bueno? Huyo ligero cuando se trata de recibir golpes: ¿acaso los golpes no duelen? Contraigo deudas y saco dinero á los tontos: ¿acaso no es agradable tener dinero? Me elogio á mí mismo: ¿acaso no es natural querer ser considerado? Lo oyes, Enrique? Ya sabes que Adán, en estado de inocencia, cayó. ¿Y qué podría hacer el pobre John Falstaff en este siglo de perversidad?"

Poniendo cortesmente á un lado la moral, porque estamos observando á los hombres que se nos presentan y no discurrendo presuntuosamente modelos de cómo convendría que fuesen, apartando respetuosamente la moral, es indudable que John Falstaff, indigente pero con gran conocimiento de los hombres, vive más alegremente que Gorgon Graham, millonario y muy entendido en cerdos. Un moralista imparcial aprovecharía esta circunstancia para hacer notar que, aunque ello parezca incongruente "en este siglo de perversidad", el conocer á los cerdos no implica necesariamente conocer á los hombres; nosotros nos limitaremos á observar que dos creaturas tan distintas, engendradas por dos imaginaciones creadoras tan diversas, en tiempos tan remotos entre sí, como miembros de dos sociedades tan diferentes, tengan la particularidad común de prescindir por completo en su existencia de la parte inmateral y más noble de su propio ser. John Falstaff pasa agradablemente la vida, gastando el dinero que sustrae á los tontos y cuidando de elogiarse á sí mismo para encontrar dinero. Gorgon Graham elogia sus salchichas para acumular dinero, sin saber á punto fijo en qué ha de gastarlo, sin saber siquiera si ha de gastarlo en algo, y se extenua trabajando, sin aspirar á otras satisfacciones que la voluptuosidad de fecundar esa acumulación de dinero, correlativa de la procreación creciente de las ventas.

Pero John Falstaff pasó y no tiene para nosotros más atractivo que el interés estético y moral, dos puntos de vista en que hemos convenido en colocarnos. Gorgon Graham, en tanto, es nuestro contemporáneo, vive en la misma sociedad universal de que nosotros formamos parte, y sus ideas, su conducta y hasta su establecimiento de conservas nos afectan personalmente, en virtud de la ficción de solidaridad que existe en la especie humana. Concretémosnos á él. Si Gorgon Graham conociera los goces del espíritu, ¿no los reputaría prácticamente superiores al de vender tocino, muchas toneladas de tocino? Por materialmente positivo que un hombre sea, el leer un libro bien escrito tiene que proporcionarle más agrado que leer un aviso ó un prospecto mercantil, los mejor concebidos que se supongan. Cuando un hombre práctico no tiene apetito, ó cuando no especula en cerdos, la audición de una hermosa sinfonía ó la contemplación de un buen cuadro ó de una bella estatua le infundirán una emoción más elevada y más intensa que la contemplación de un jamón ahumado ó de una lengua en caja, por irreprochable que sea su preparación.

Sin dejar de ser millonario y sin abstenerse de buscar nuevas

y remuneradoras ecuaciones al problema del **chanchito**, insistimos en la palabra indígena, porque es más sugestiva, más ideológicamente práctica que la palabra española; sin privarse de nada de lo que actualmente le agrada, Gorgon Graham podría disfrutar conjuntamente de muchos de los variados goces que el dinero procura; al abstenerse de ellos se niega las gratas compensaciones que ellos le procurarían en los sinsabores con que la competencia de los productores, la volubilidad de los consumidores, las fluctuaciones de los precios, perturban la satisfacción triunfal que le proporciona el haber colocado su industria en un grado tal de perfección, que en su fábrica "se saca del chanchito más de lo que el chanchito contiene (merced á la expresada colaboración del perro), y no se pierde de él sino el gruñido". El viejo Graham no practica del dinero más que los afanes para adquirirlo y se abstiene de los placeres en que podría invertirlo.

Conviene advertir que el Gorgon Graham que estamos analizando no es exactamente el de Jorge Horacio Mortimer; exajeramos deliberadamente para la mayor claridad del concepto. Mucho menos es el viejo Graham el tipo corriente del millonario yanquí. En verdad, ningún soberano de la tierra consigue dar al dinero un esplendor más fulgurante ni una majestad más dominante que esos sultanes de la industria contemporánea, que gustan llamarse reyes del acero, del petróleo, del algodón, ó de cualquier otro Estado sin fronteras. No sólo saben demostrar experimentalmente que el dinero lo puede todo, sino que inventan excesos de lujo y derroche para hacer brillar su dinero. Como el diamante, que no se puede apreciar sino expuesto á la luz, los yanquis ricos creen que su fortuna no vale bien si no se ostenta arrogante, esplendorosa, avasalladora á los ojos de los demás. Gastan sin contar, por torrentes de dollars, desplegando una opulencia que aplasta, una prodigalidad que anonada, un lujo que tiene de intemperancia y de desenfreno. No hablamos aquí de esos millonarios, sino de los otros, de los que con su modo de ser confirman como razones documentales y vivas la verdad de que hay muchos hombres tenidos por prácticos y que en realidad no lo son sino en cuanto practican una teoría errada de la vida.

Por lo demás, hay diversas maneras de comprender inteligentemente la existencia y, por consiguiente, diversas teorías de la práctica, todas ellas acertadas y aceptables, según las condiciones de orden físico ó moral del que las aplica ó del medio en que ha de aplicarlas. Lo único absoluto es que no hay en esto, como en concepción humana alguna, nada de absoluto. "En la calle, aconsejaba á su hija un judío, en la calle, hija mía, hay que andar con los ojos bajos: eso es más modesto... y además puede uno encontrarse un billete". La frase pone de relieve el contraste de la teoría con la práctica, dentro de la inteligencia que vulgarmente se da á una y otra: "eso es más modesto", he ahí

la teoría de los ojos bajos; "puede uno encontrarse un billete", he ahí la práctica, conforme al significado vulgar de ambas expresiones. El consejo, prescindiendo siempre de la moral, es á primera vista excelente; pero reflexionando un poco, la excelencia inmoral del consejo desaparece, porque envuelve una regla absoluta. Se puede andar con la vista baja y no encontrarse nada; se habrá hecho entonces un sacrificio estéril, privándose del agrado de mirar á los transeúntes y las exhibiciones de las tiendas, sin compensación alguna. La verdadera práctica de los ojos está en gozar de las distracciones que se presentan, sin descuidar los billetes que puedan caer al suelo: ni abstraerse en las ventanas y los transeúntes hasta el punto de malograr los posibles hallazgos, ni llevar tan constantemente baja la vista que se pierdan por completo los atractivos de la calle. Eso es lo provechosamente positivo, porque utiliza en todo caso el empleo de los ojos.

El error fundamental de los que se creen hombres prácticos sin serlo efectivamente, ó sin serlo convenientemente, consiste en confundir la práctica de la vida con lo material de la vida. Piensan que es preciso eliminar de la existencia la parte del espíritu, ó la parte del sentimiento, ó por lo menos la parte de la imaginación, ó no dar al espíritu sino la parte de afanes con que debe contribuir á la adquisición de las ventajas materiales. El verdadero hombre práctico es aquel que, con los elementos de que dispone, sabe procurarse la mayor suma de bienestar posible. Toda teoría acertada de la vida, y puede haber muchas y muy variadas, como hemos dicho, debe conducir, en substancia, á esa misma conclusión. No basta adquirir los medios necesarios para poder vivir bien; es preciso dar á esos medios la inversión adecuada para vivir efectivamente bien. La base axiomática de una buena teoría es que la fortuna de un hombre no se mide por la cantidad de dinero que gana ó que posee, sino por la cantidad que sabe invertir: el que ganando ciento gasta convenientemente ochenta, es prácticamente más rico que el que gana doscientos y gasta cincuenta. Por eso un poeta, un idealista, un soñador, pueden ser incalculablemente más prácticos que un chanchero. Como lo ha dicho con elegante profundidad uno de los más expertos observadores contemporáneos, el arte de la vida consiste en hacer de la vida un objeto de arte. Y el que lleva en su alma una chispa de fuego sagrado, sabrá hacer de la vida un objeto artístico, es decir, bello y amable, ya se dedique á elaborar salchichas ó á componer poemas: lo esencial es eso, el fuego santo, el sentimiento.

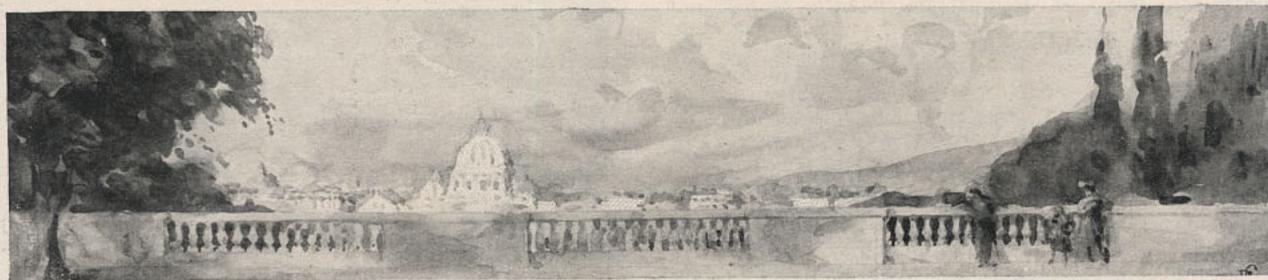
Estas verdades son tan elementales, que parece una ingenuidad decir las. Es la cualidad característica de toda verdad: después de expresada se encuentra tan evidente que se juzga excusado el formularla.

JACOBO EDEN



CUANDO RENACE LA VIDA.—Cuadro de Rudolf

ROMA



PAGINAS DE UN LIBRO

A la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux

II (1)

ME encuentro en la extremidad de un cordón de colinas. Dicho cordón, abarcando el Quirinal, se corta en el cerro del Capitolio. Me encuentro en el montículo que llaman "Pinchio", según una designación prehistórica. Está lleno de plantaciones y de balaustradas que, aunque más bajas y menos elegantes, lo hacen parecerse al Santa Lucía de Santiago de Chile. La sensación de esta semejanza desaparece por completo cuando se sabe que no fueron los indios "moluches" de la América del Sur los primeros moradores de esta colina, pero sí los romanos del tiempo fabuloso. Por muy parecidas que sean las cosas, cuando su origen es tan diverso, la imaginación no puede conciliarlas.

El Santa Lucía se llamó primitivamente "Huelén", que significa dolor en lengua indígena. El Pinchio, por el contrario, se llamó "collis hortorum", "colina de jardines". En sus laderas, Lúculo tuvo sus famosas quintas, en las cuales se desarrollaron las orgías de Mesalina. Uno cree respirar todavía en los deliciosos arbolados del Pinchio el libertinaje del paganismo.

A mis plantas, la imponente y eterna ciudad de Roma se extiende bajo la luz deslumbrante y cálida del medio día en el mes de Julio. Sus construcciones de todos los estilos y de todas las épocas, sus basamentos de piedra, dejados sin coronación por la obra devastadora de los siglos, se destacan sobre el paisaje romano, sobre ese paisaje azul y verde oscuro que forma el fondo de tantas obras maestras, que fué la decoración de tantos dramas históricos.

El Tíber avanza despacio, bruñido, como una serpiente de plata, como el dragón acorazado de la leyenda medioeval. Se le ve relucir desde muy lejos, desde que surge de las sombras brumosas de los montes Sabinos, y serpentea por los lomaes, entre los arcos y las columnas tronchadas. No muy lejos, á la izquierda, por encima de los tejados de la ciudad moderna, diviso el "Comitium". Ahí, al pie del Capitolio, los combatientes de Rómulo y de Tatiús reconciliados fundaron el "Forum", como centro de la nueva comunidad. Ahí tuvieron lugar las primeras asambleas de ese pueblo romano, de esa masa oscura que comenzaba á recibir la luz de la Grecia agonizante, como el beso de un sol que muere. Ahí los guerreros victoriosos de los samnitas eran aclamados en una vida pública creciente. Ahí están las "locustras" de piedra, desde las cuales Cicerón se dirigía al

pueblo, predicándole la filosofía del derecho, preparándolo para el período grandioso de la República, dictando esas leyes emanadas del genio, grabadas en bronce y fundadoras del derecho público universal. Ahí está la cuna de nuestra civilización.

Del templo de Castor y Pollux, elevado en recuerdo de una gran victoria, no se ven sino tres columnas de orden corintio, esbeltas y puras. Del templo de Vesta, donde las vírgenes cuidaban á las divinidades protectoras de la Patria; del templo de la Concordia, que consagró el perfecto establecimiento de la República con la paz entre plebeyos y patricios; de todo cuanto formó la maravillosa ciudad, de mármol, de pórfido y de bronce, que se destacaba sobre la basílica Giulia, entre el Tabulario capitolino y la cloaca Máxima, no quedan sino miserables ruinas.

Pero, esas ruinas suficientemente comprueban todavía la belleza majestuosa y viril de esa arquitectura que no conocía la curva sino en el pliegue armonioso y breve del chapitel jónico, de esa arquitectura nacida de la adoración que los griegos tenían por sus dioses, y á la cual el poder filosófico de las leyes romanas vino á dar más altura, más rectitud, más fuerza. Es el laurel de Pericles que se enlaza con la encina de Trajano y de Antonino. Son los recuerdos de la época de oro de la República y del Imperio, cuando el pueblo romano realizó un ideal de civilización y de fuerza.

La aglomeración en que se ven las ruinas hace comprender que los palacios y los templos se edificaron, en la falda del Capitolio, á ambos lados de la Vía Sacra, sin obedecer á un plan concebido y sin más designio que el de la tradición que indicaba ahí el sitio en que cayó un guerrero (2), acá el lugar en que el pueblo resolvió algo grave.

Aquí se formó esa ciudad, desordenada y grandiosa, como un hacinamiento de capítulos históricos escritos con mármol, en dirección al cielo, por el pueblo que supo arrancar á la naturaleza todo su genio y todo su vigor para hacer revivir, completar y extender la civilización.

Ese cementerio de columnas y de arcos evoca la majestad soberana del Senado y del pueblo que dictaban leyes al mundo conocido. En las grandes lozas de la Vía Sagrada, que todavía deslumbrá á los rayos del sol, creo ver los generales victoriosos subiendo al templo de Júpiter para celebrar la gloria y la potencia de Roma ante los dioses Olympicos.

El palacio de César, descubierto en las excavaciones del Monte



"acogiendo con movimiento protector las hordas sometidas...."

(1) La introducción de este artículo se publicó en el Zig-Zag del 23 de Agosto de 1908.

(2) Es el caso del templo de Castor y Pollux.

Palatino (3), es de una grandiosidad imponderable. Sus arquerías colosales ascienden suavemente; las bigas y las cuadrigas podían llegar hasta el último piso. Aunque los siglos y los bárbaros de la Edad Media lo despojaron de su suntuosa cobertura de mármol, dejándolo como un esqueleto de ladrillo, se han encontrado algunos fragmentos de su ornamentación: el arco de Séptimo Severo, que se conserva casi intacto sobre la Vía Sagrada, los restos del "stadium", las decoraciones del duomo tiberiano ó del peristilo de Augusto. Eso revela una riqueza desbordante, una mezcla de estilos, una elegancia que se aleja de la sobriedad clásica y comienza á acercarse al refinamiento enfermizo.

La inmensa gloria alcanzada ha producido embriaguez en los Césares y fascinación en los ciudadanos. El orgullo del poder conduce á los mandatarios al desborde, y la fascinación idólatra embrutece á los ciudadanos. Los deseos de Roma comienzan á ser quimeras: la ciudad positiva por excelencia se llena de fantasmagorías. Faltan hombres que sepan permanecer serenos en la altura. El Imperio decae por esa causa que es una ley. La irremediable decadencia se lee en las decoraciones y en los motivos arquitectónicos de la casa de los Césares. Sin embargo, la decadencia completa no se nota sino en edificios posteriores.

La adopción de Adrián designó Emperador á Marco Aurelio. Marco Aurelio, como un historiador ha dicho, es el justo de Horacio sentándose sobre un trono que comienza á podrirse. Su imperio restablece la acción de la virtud. Comparte su poder con el Senado y el pueblo. Hace revivir la libertad. Fué el único César que se atrevió á prohibirle al pueblo su apetito de carne humana. No pudiendo clausurar los juegos del Circo, asiste á ellos leyendo un rollo de papiros para manifestar su desprecio por tales espectáculos. Alimenta á los pobres, rechaza á los bárbaros. Ahí está todavía, en la plaza Colonna, la columna de mármol que consagró su triunfo sobre los marcomanos. Para subsanar á los gastos de las guerras que imponía la marea montante de los pueblos bárbaros, para salvar el Imperio y la civilización, despoja su palacio y hace rematar sus valores en el foro de Trajano.

No obtiene sino victorias. Reemplaza los triunfos sangrientos de sus predecesores por la magnanimidad y la dulzura: amansa y educa á los bárbaros en vez de exterminarlos. Así lo vemos en su estatua ecuestre del Capitolio: acogiendo con un movimiento protector las hordas sometidas. "Marco Aurelio es el estoico coronado, es el filósofo hecho César", dice Saint Victor.

Aquí están en el "Forum" las ruinas del templo que dedicó á la Bondad. Llevando á sus dos hijas en su carro de triunfo dió, en el mundo antiguo, un espectáculo conmovedor y único: hizo que la inocencia y la familia triunfasen con el heroísmo. Ahí están, en los museos, los papiros en que, al crepúsculo de su vida, escribió sus "Pensamientos". Es el libro majestuoso, hecho en el silencio y la soledad, el reflejo admirable de una grande alma. Reconoció la enfermedad fatal que arrastraba al Imperio y lanzó el barbarismo célebre: "¡Cuidado con Cesarizar!" Marco



"en las estatuas viriles y serenas...."

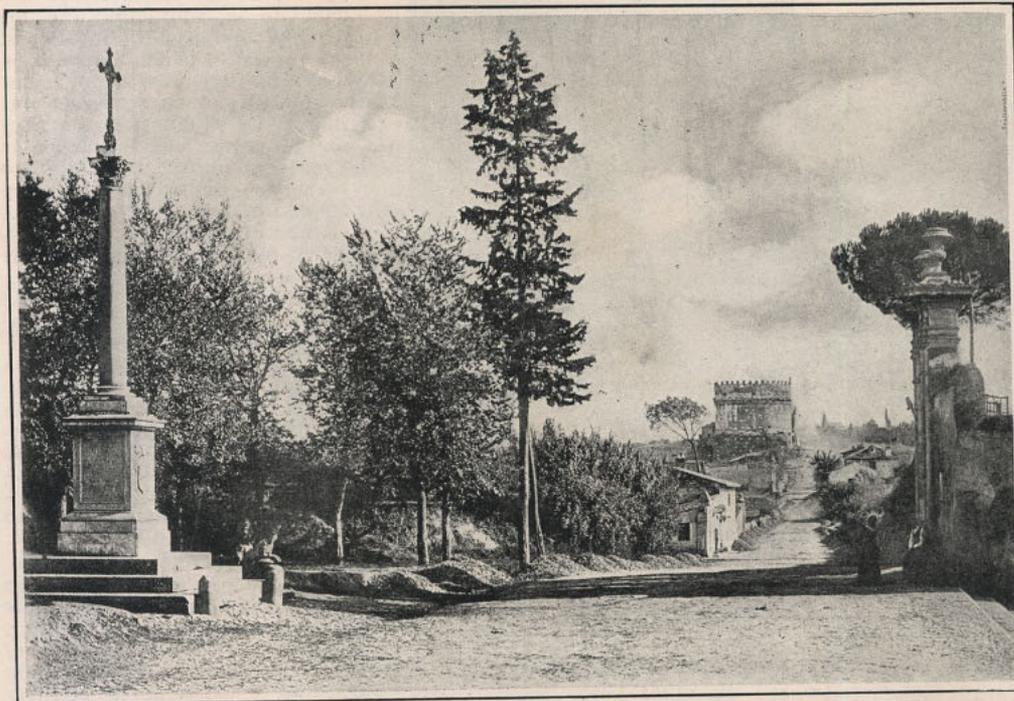
pasado mucho tiempo sin producir un hombre como él. Durante ese tiempo se desarrolló la mortal enfermedad de la potencia romana. El despotismo había quebrantado los resortes, falseado las leyes, corrompido los caracteres. Los patricios, envilecidos por el servilismo de la Corte, no se distinguen ya de los esclavos. El pueblo no es ya sino una turba ociosa, embrutecida por el circo, enervada por la sangre de los gladiadores y de las bestias, ese pueblo que fué admirable como todavía lo vemos en las estatuas viriles y serenas.

La bella adoración de los dioses olímpicos ha cedido su lugar á las idolatrías orientales. Los monstruos han reemplazado á los dioses. Se conservan pinturas que muestran al Pantheon convertido en feria egipcia, con ídolos que gesticulan entre las severas divinidades del Latium. Marco Aurelio, adorador de un principio único, se ve obligado á hacer sacrificios públicos ante los mil dioses del politeísmo. Cuando salía en expedición guerrera, el pueblo lo obligaba á llevar magos de Caldea. Ese gran pensador, ese gran filósofo, tuvo un séquito de astrólogos!

Con la muerte de Marco Aurelio comienza esa era de "malos Césares", á los cuales se clasifica en la galería del alienismo histórico. Ahí están, en el Museo del Vaticano, sus fisonomías de imbéciles endiosados, de emperadores de Casa de Orates. La estatuaría de ese tiempo, si se la compara con la de Nerva ó Julio César, hace el efecto de una multitud arrastrada, de un mosaico de cabezas vagas.

El imperio, cuando el advenimiento de Nerón, se encuentra en el vacío de la responsabilidad y de la conciencia. El César pierde toda relación lúcida, toda idea de justicia. Se atribuye la potencia ciega, la tiranía sin apelación, el derecho de muerte absoluto, fatal, ininteligible.

Nerón convierte el gobierno del mundo civilizado en una farsa grandiosa, de la cual él es el príncipe, el histrión y el empresario. Los rayos de Júpiter están en la mano de un cómico vicioso. Sus obcecaciones trágicas acaban con los últimos héroes y los últimos filósofos. La secta de los Estoicos, cuya rigidez moral



"La vía Appia, paseo memorable y silencioso...."

Aurelio pasó dejando un imborrable recuerdo entre los penates intelectuales del espíritu humano. Su acción contuvo la decadencia pero no pudo evitarla. Cuando subió al trono ya era muy profundo el cáncer de la degradación. La naturaleza había

(3) Estas excavaciones datan de 1870. En esa época el Gobierno de Italia activó considerablemente los trabajos del Forum, y se obtuvieron preciosos resultados. Dichos resultados se encuentran consignados en la obra de M. Dutert.

habría podido hacer algo, mira impasible esa sangrienta bacanal y la toma como una gran escuela de dolor y sacrificio.

Esa sociedad dominadora está gastada y ha resuelto morir. La bondad existe todavía, así como el talento, pero son facultades que han perdido el dón de luchar. Con la obediencia de un ejército, todos se entregan á la garra delirante del dictador. Los condenados por la voluntad del César se ejecutan ellos mismos.

Se conservan en los museos, y aún en el recinto del Foro, esas grandes tinas de mármol ó de pórfido, en las cuales se suicidaban los romanos abriéndose una vena á la hora del baño. Morían felices, con cierto fatalismo sonriente. Séneca dicta sus sentencias desde su tina de sangre. Lucanio muere dando toques á un poema. Petronio ensaya varias veces la mortal operación por el placer voluptuoso de repetir la agonía.

Los hombres de genio ven la decadencia pero no saben contenerla, y aceptan la muerte como el único y heroico remedio de la vida. El talento se apaga en estas tinas de pórfido, como las antorchas luminosas en una fiesta antigua.

En los bajos relieves que se han encontrado entre las ruinas se ve el saco en el cual las leyes romanas hacían poner á los parricidas, encerrados con una víbora y un mono.

Cuando Nerón hizo matar á su madre se sintió aterrorizado por el arrepentimiento. Pero el mundo se apresuró á tranquilizarlo. El crimen parricida fué glorificado con una fiesta enorme. Los centuriones y los tribunos fueron á lamer la sangre en la mano del hijo verdugo de su madre. El Senado decretó que la fecha del nacimiento de Agripina fuera puesta entre los días nefastos. Tal era la decrepitud moral en que se encontraba la civilización. En tal estado, el Imperio no podía sostenerse. Lo vemos caer como ese ídolo de la Biblia que, al hacerse trizas sobre las lozas del templo, deja escapar de su cabeza de oro un puñado de ratones.

La triste historia de la decadencia del Imperio, se lee en las ruinas de esos palacios que Nerón hizo construir después de haber incendiado la Roma clásica. Dichos palacios ocupaban tres de las siete colinas. Dentro de ellos se conservan restos de piletas en las cuales los Césares bañaban sus burras predilectas y sus esclavos favoritos. Se conserva el estanque de Agripina en el que navegaban buques de marfil. Se descubrirán, tal vez, esos subterráneos de que habla Tácito (4), decorados al fresco, revestidos de lacas y marfiles, cuyas bóvedas giraban como esferas, dejando caer perfumes cual lluvias del cielo. Para ahondar el sarcasmo se daba una decoración deliciosa á esta comedia sanguinaria y b. utal.

Jesús había nacido en Galilea. Gracias á él, esta vez, la civilización se salvaría. En vano los Césares decadentes arrojaban sobre el cristianismo las fieras de Africa en la arena de ese gigantesco Coliseo que se conserva casi intacto, cerrando por el sur el recinto del Foro. El Coliseo es uno de los pocos monumentos de la Roma antigua que no se ha derrumbado, sostenido, digamos, por el recuerdo de los seres heroicos que en él murieron. Lo diviso desde lejos como una mole negruzca, aureolizada por una luz semejante á la que los artistas ponen en torno de la cabeza de los santos. No hay visita más conmovedora y piadosa que la de ese circo trágico, en el cual la sangre de los mártires hizo renacer la moralidad ante una multitud cruel y beoda. En la tribuna, el César, acostado sobre el vientre, obeso y estúpido; abajo el tigre, ágil y hermoso, chapaleando con leones y panteras, sobre un montón de despojos humanos; arriba en el espacio, las almas heroicas y puras, proyectando sobre el mundo la luz de la redención.

(4) Estas descripciones se encuentran en varios autores antiguos y modernos; pero no en las obras de los sabios que han dirigido las investigaciones arqueológicas del *Forum*, como Horacio Marucchi en su "Descripción" (1885) y M. Thedenat en su "Forum Romain". Sería de creerlas imaginarias, esas descripciones, si Tácito no diese testimonio de ellas.

Vindex y Galba, sublevándose en las Galias y en España, acuden á derrumbar ese cesarismo que, por la noche, en los jardines del Vaticano, lanzaba sus carros infernales entre antorchas cuyo combustible eran los cuerpos vivos de los cristianos. Triunfan los padres de la Iglesia con su elocuencia filosófica y disciplinaria.

Se ven todavía en el Foro las ruinas de la basílica Amelia y de la basílica Constantina. En esas primeras iglesias cristianas, hasta los siglos VIII y IX, se coronaron los papas que se habían adueñado del mundo y lo habían redimido haciéndole pasar, por medio de la fe, una moral fuerte y levantada. Vemos esos papas, en los frescos imperfectos de la Edad Media, partiendo, á caballo, por esos anchos caminos que atravesaban la Europa, á la cabeza de ejércitos de misioneros portadores del Evangelio y, á la vez, del vaso sagrado de la civilización antigua, á contener y á secularizar al mundo bárbaro.

León el Grande detiene á Atila en las puertas mismas de la ciudad. El cristianismo de los primeros siglos salvó á la civilización.

Hizo renacer la moralidad y la fuerza sobre la bacanal de los últimos Césares; reconstituyó la influencia romana sobre el mundo llevando en sus predicaciones la semilla de oro de la cultura. Las cruzadas mismas sirvieron, inconscientemente, al progreso universal, removieron el espíritu de los pueblos y le despertaron el apetito de las aventuras y de los grandes descubrimientos; ayudaron á la libertad y á la democracia, puesto que cada cruzado dejaba de ser siervo; ayudaron al comercio y á la difusión de las ideas haciendo que las naciones se mezclasen entre ellas.

El poderío y la gloria alcanzados producen en los pontífices desborde y tiranía. La fascinación de los cristianos váse poco á poco trocando en fanatismo. Desaparecen las naturalezas enérgicas y ponderadas que sabían permanecer serenas en la altura. El cristianismo fué como la reacción de moralidad, de inteligencia y de fuerza que sobrevino á la ignominiosa decrepitud de la antigua Roma; fué como la Providencia que vino á salvar al mundo civilizado. Lo salvó. Cumplió su misión prodigiosa. Los padres de la Iglesia crearon una sociedad nueva. Y una vez cumplida esa obra de reconstrucción y de cultura,

algo obscuro se apodera de la cristiandad. Esta se pone á destruir y á apagar las obras y las luces que había salvado y purificado.

Viene la Edad Media, época estagnante y enferma. Las basuras de Roma fueron sepultando el Foro. Los carros que pasaban bajo los arcos sumidos en el lodo, les quebraban las cornizas de mármol con la punta de sus ejes de fierro. Esas huellas de la barbarie ortodoxa, que pasó durante seiscientos años, se conservan en el arco de Tito y en el de Constantino. Desaparecieron los modelos de la belleza antigua bajo el martillo de los monjes. La imaginación cristiana, enamorada del martirio, produce figuras macilentas. Desapareció el amor á la vida, y el arte dejó de ser sano y robusto como la naturaleza. Con el mármol de los monumentos romanos se construyeron esas moles lisas y sombrías que todavía se conservan en la plaza llamada de Venecia (5), como símbolos aterradores de la era monacal. Se han encontrado en los cimientos de las construcciones de la Edad Media estatuas de mármol, obras maestras mutiladas, metidas entre la cal y la piedra para servir de armazón (6).

Un poder pontifical excesivo, levantándose sobre el abatimiento de la opinión pública, lo corrompe todo. De Alejandro VI viene César Borgia, digno hijo de una cortesana. Roma se convierte en una farsa infernal.

(5) Es una de las plazas centrales de Roma. Debe su nombre al palacio de Venecia, que fué obsequiado por los Papas á la República veneciana. A fines del siglo XVIII lo adquirió el Austria, en cuyo poder está. Es el recinto de la Embajada Austriaca ante la Curia.

(6) Vi por mis propios ojos, en una pared agregada al palacio de los Césares durante la Era Cristiana, una estatua de mármol metida á guisa de piedra bruta.



"Ese temible castillo de San Angelo..."

Hay un cuadro de un pintor veneciano del siglo XVI que simboliza admirablemente ese tiempo. Ese cuadro muestra la extraña compañía de un Papa, un ídolo y un Borgia, moviéndose en medio de una saturnal pagana. Es la imagen viva de una nueva decadencia moral, es el carnaval diabólico del antiguo Imperio romano que reaparece bajo los trajes y las figuras del siglo XVI. Las escenas vergonzosas de Lucrecia Borgia los historiadores las refieren, pero la pluma de un cronista se resiste á estamparlas en las columnas de una revista. El sagrado Vaticano servía de teatro á estas ignominias. El vicio y el crimen tenían sus vivas competencias. César Borgia, en esa Plaza de San Pedro que estoy viendo entre las columnas de Bernin, se entretiene en flechar á los condenados para divertir á su dama, Giulia Bella. Según Burchar, el cronista de aquellos tiempos, la sombría frase antigua se había cambiado por este amén terrible: "Ave, papa, morituri te salutant". Se establece la política de la "cantarella", veneno más eficaz que las callampas y las esencias de Locusto. Un remero del Tíber ve á César Borgia arrojando al río el cadáver de su hermano Juan que acaba de asesinar. Como le preguntaran por qué no había referido el hecho, respondió con este laconismo, digno de un drama de Shakespeare: "He visto arrojar al río tantos cadáveres que creí que no valía la pena contar este caso".

Aunque esto sucedía en pleno renacimiento artístico, puede considerarse que fué la clausura moral de la Edad Media. El renacimiento completo volvió á salvar la civilización en su larga y accidentada lucha con la bajeza originaria del hombre. Viene una nueva época de salvación moral y artística semejante á la que el catolicismo realizó sobre el Imperio romano. Se conserva la religión y se la idealiza mezclándola con lo más puro del arte. Se hacen revivir las fuentes literarias y filosóficas. Allí veo en las faldas del Janículo, junto á la capilla de San Onofre, la encina bajo la cual meditaba el Tasso. A su sombra inspiradora y secular diviso grupos de seminaristas de diversos países con sotanas verdes, blancas, lacres ó violetas. Se me figura que esos jóvenes teólogos sienten el cristianismo en la forma que lo sintió el autor de la Jerusalem Libertada, como se le siente en la serena majestad de los conventos antiguos (7). El genio inmortal del poeta continúa inspirando el corazón de los hombres, como la venerable encina continúa dando brotes. Siento toda la frescura, toda la perpetuidad que hay en las obras de la naturaleza y del genio. Se abren las puertas de la reforma. Dante, Galileo, Maquiavelo, Cristóbal Colón, con la filosofía y la ciencia, hacen grandes trisaduras en el bloque impenetrable que formó la mentalidad de la Edad Media. Se hizo del catolicismo una glorificación grandiosa. Toda la pompa de la religión pagana pareció resucitar para servir de adorno á las leyendas evangélicas. Ahí está la imponderable basílica de San Pedro, hecha para servir de sepultura al apóstol, en el mismo sitio en que se encontraba el circo de Nerón. Miguel Angel quiso poner la bóveda del Pantheon de Agripina sobre la rotunda de la basílica Amelia, las dos construcciones más poderosas del tiempo romano. Así se levantó esa cúpula prodigio que domina toda la ciudad y que, durante largos siglos, dominó al mundo.

Aquí está Santa María-Mayor, la capilla de riqueza asiática con que se quiso consagrar el sitio de la aparición de la Virgen al patriarca Juan y al Papa Liberio. Ahí está San Pietro in Vincoli, llena de admirables figuras, de color y de piedra, hecha para velar sobre las cadenas que llevó San Pedro (8). Ahí está San

(7) "La serena majestad de los conventos antiguos", muchas veces la sentí en Roma, en esos grandes patios seculares donde flotan las oraciones y todo habla de una vida de fe y contemplación; la sentí como poderosa influencia de la religión católica en una alma desposeída de creencias. Y recordaba el admirable estudio de los hermanos Goncourt, esa Madame Gervaisais que, de libre pensadora, se convierte por la influencia de las cosas que vé durante su estadía en la Roma católica.

(8) En esa iglesia, en la tumba de Julio II, está el "Moisés" de Miguel Angel, obra típica del genio del maestro, y en la cual el legislador judío está representado con cuernos, debido á una falsa interpretación de los versículos del Exordio.

Juan de Letran, que es un glorioso museo á la vez que un templo, hecho para conservar la escala de la casa de Pilatos por la cual subió el hijo de María dejando huellas de su sangre. Ahí están los monumentos de los santos, y los obeliscos traídos del Oriente para servir de soporte al símbolo católico. Ahí están el Capitolio, el Vaticano, la Villa Borghese, las infinitas galerías de cuadros y de estatuas, obras maestras, hechas todas para aumentar la gloria del catolicismo.

El arte pagano, que fué resucitado lentamente de entre los escombros de la antigua Roma, está también ahí, humillado y como convertido á ese catolicismo dominador. La fe cristiana, en esa Roma rafaelista de León X, exalta el genio de los hombres y los hace producir maravillas, tipos consumados de la belleza ideal: la "Transfiguración" de Rafael, la "Piedad" de Miguel Angel, la "Cena" de Leonardo de Vinci, la "Apollonia" de Carlo Dolci etc., etc.

Y esa fe inspiradora comenzaba ya á desgarrarse en las dudas de la ciencia y en las críticas de la filosofía.



"fisonomías de imbéciles endiosados..."

El poder absoluto del catolicismo ya no es el mismo. Sus grandes monumentos son recuerdos. La Vía Appia, paseo memorable y silencioso, conduce de las termas de Caracalla al sepulcro de Cecilia Metella. Pasa por la vivienda de San Juan y de San Pablo, por el sitio en que San Lucas hacía su propaganda secreta, por las catacumbas de San Calixto, en que se guarecieron los primeros cristianos del furor salvaje de los Césares; ahí están los huesos de esos mártires, marcados por el diente de la pantera y del tigre. En la misma Vía Appia está la capilla de "Quo vadis?", en que San Pedro encontró á Lijia y que Sienquewich nos describe haciéndonos sentir toda la grandiosa y delicada poesía de los primeros tiempos del cristianismo.

Nunca, cualesquiera que sean nuestras ideas, dejaremos de recorrer sin emoción y sin profundo respeto esa calle llena de los recuerdos del cristianismo primitivo. A la sombra de sus fundadores el cristianismo fué una religión tan pura, y salvó tan heroicamente al mundo que se abismaba en la degradación del Imperio romano! Los padres de la Iglesia reconstituyeron la sociedad de un modo genial y poderoso; sus creaciones admirables fueron una realidad para el corazón de los hombres durante tantos siglos, inspiraron tan grandes movimientos y tan bellas obras!

Para todos, aún para los ateos, siempre habrá en lo que constituye la Roma católica, una voz secreta que habla al corazón y extremece. Para las mujeres, esa es la verdadera "ciudad de las ciudades", la decoración milagrosa en la cual su emocionado y atrayente recogimiento deja de parecerse una debilidad para convertirse en divino idealismo.

La influencia poderosa y única de la religión se aminoró, he dicho, pero el arte y el progreso, esta vez, no desaparecieron.

Los hombres buscan la verdad de las cosas. Comenzó otro imperio y, bajo él, en el sentido artístico, Roma no ha decaído. Ahí están las obras de Bernin, el sucesor de Miguel Angel, y ahí están las de Canova, el sucesor de Bernin... Allí, al otro lado de la ciudad, en esa Villa Borghese que destaca sus mármoles niveos sobre la densa verdura de los cipreses, está la princesa Paulina Bonaparte, por Canova, una Venus de Praxiteles diríamos, si no fuera por el sofá de estilo Imperio en que se acuesta voluptuosamente, y si no fuera por el pliegue de ese labio corso en que reconocemos á la familia Bonaparte. Los visitantes de la Villa Borghese se quedan extasiados en la sala de Paulina. Se apodera de ellos el deseo de permanecer ahí, cuando los guardianes cierran el museo, para quedarse en la

adoración de esa princesa de mármol, cuando ella sola proyecta su luz en las sombras de la noche (9).

Podríase poner como epígrafe de lo que se escribe de Roma las palabras que Cicerón dijo en Atenas: "A cada paso encontramos un monumento histórico" (Quacunque ingredimur in aliquam historiam vestigium ponimus)... Así es Roma, un admirable conjunto de monumentos históricos que nos dan del pasado una lección profunda. Léala la historia del mundo, con sus épocas de gloria y sus misteriosas obscuridades, como en un libro abierto, mirando esa "ciudad eterna", cuyos vetustos edificios, bajo el sol tórrido del mes de Julio, parecían palpitar como cosas vivas.

La civilización, brillando primitivamente en las alturas del Capitolio, descendiendo, después, á las sombras de la Edad Media

(9) La figura de Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón I, que sirvió de modelo á Canova para una de sus pocas obras realmente bellas y duraderas, es una de las más paradójales é interesantes de ese tiempo fabuloso. El historiador Enrique d'Almeiras—que parece ser el continuador de Federico Masson en la tarea de resucitar la época napoleónica—ha escrito sobre ella un libro hermoso é indulgente. Es la novela de una mujer frívola y enamorada, de un refinado corazón de cortesana, que sigue los ejércitos de su hermano, desde la Martinica, donde va como esposa del general Leclerc, hasta el fondo de la Europa donde Bonaparte, hecho Emperador, la une á un príncipe de vieja estirpe italiana. Y todo esto en medio de aventuras y amores y caprichos sin cuento. Era la Venus del ejército imperial.

y reapareciendo por todas partes con el Renacimiento, se me figuraba una gigantesca montaña con cimas luminosas y coronadas y valles oscuros y dolientes.

Todo está en Roma, de todo hay un recuerdo elocuente. La lección que nos da de la existencia humana no ha terminado todavía. Ahí están las alturas del Quirinal, con sus monumentos y sus palacios, que nos cuentan la historia de la Italia contemporánea. Más allá, al otro lado del río, cerca de ese temible castillo de San Angelo, que fué la tumba de Adrián, se ven San Pedro y el Vaticano, envueltos entre los árboles que tienen sus raíces en el último girón de los dominios de la Iglesia. Ahí, entre el Vaticano y el Quirinal, palpita el drama secular del Estado y de la Iglesia. Roma se eterniza en el futuro... En ese momento mismo veía que la multitud se agolpaba en la Plaza de San Pedro, y que de una ventana del Vaticano se desprende una humareda blanca. Era la "Esfumata", la tradicional cremación de los votos del Cónclave. En ese momento, León XIII recién muerto, el Sacro Colegio discutía la elección de un nuevo Papa (10).

No había extranjeros en la ciudad, no era la época de los turistas internacionales, esos personajes abigarrados que, democratizándolo todo, borran la majestad de las cosas. Roma, en los meses de verano, está solitaria y se ofrece tal cual es, eterna y majestuosa, como una alta lección.

B. VICUNA SUBERCASEAUX.

(10) Julio de 1903.

El profesor RAFAEL ALTAMIRA

DEBE arribar pronto á Chile el ilustre profesor de la Universidad de Oviedo, señor Rafael Altamira. A la sola enuncian-

ción de tal nombre, el lector sabe ya de qué se trata, pues la personalidad de este sabio es de vastísima fama universal.

El señor Altamira llegó á la Argentina hace unos tres meses, y ha dado en diversas salas y Facultades una serie de conferencias sobre pedagogía, historia, estudio del derecho etc., que han sido altamente apreciadas por los hombres de letras de este país.

Se ha elogiado en el profesor Altamira su extenso y claro saber, su método sencillo de enseñar y, por sobre todo eso, su sinceridad, su profundo anhelo de ser útil, de divulgar lo que sabe y de sembrar entre los que lo oyen la buena semilla.

Se adivina en él este sentimiento al verlo tomar tan á pecho su misión, al verlo todos los días al pie de la obra, estudiando los métodos de acá, corrigiéndolos, ajustándose á los nuevos moldes y trabajando á brazo partido entre sus colegas argentinos por conseguir fines tan laudables.

Su obra ha sido fecunda. Alumnos y profesores lo han justipreciado y le han devuelto en amabilidad y gratitudes todo lo que el sabio les traía en ciencia y buena voluntad.

El señor Altamira va á Chile. Le llevan allá la fama de nuestra Universidad y el deseo de conocer ese hermoso país que le atrae por muchos nobles conceptos. No nos cabe duda de que hombre tan eminente, tan ajeno á la charlatanería en boga, encontrará en los campos intelectuales de Chile una calurosa

acogida. Llegará, estudiará, sondeará, hablará con este ó con aquel camarada, y luego, con esa franqueza viva y certera que le es peculiar, dirá: "yo pienso esto, yo pienso aquello, todo, salvo mejor parecer".

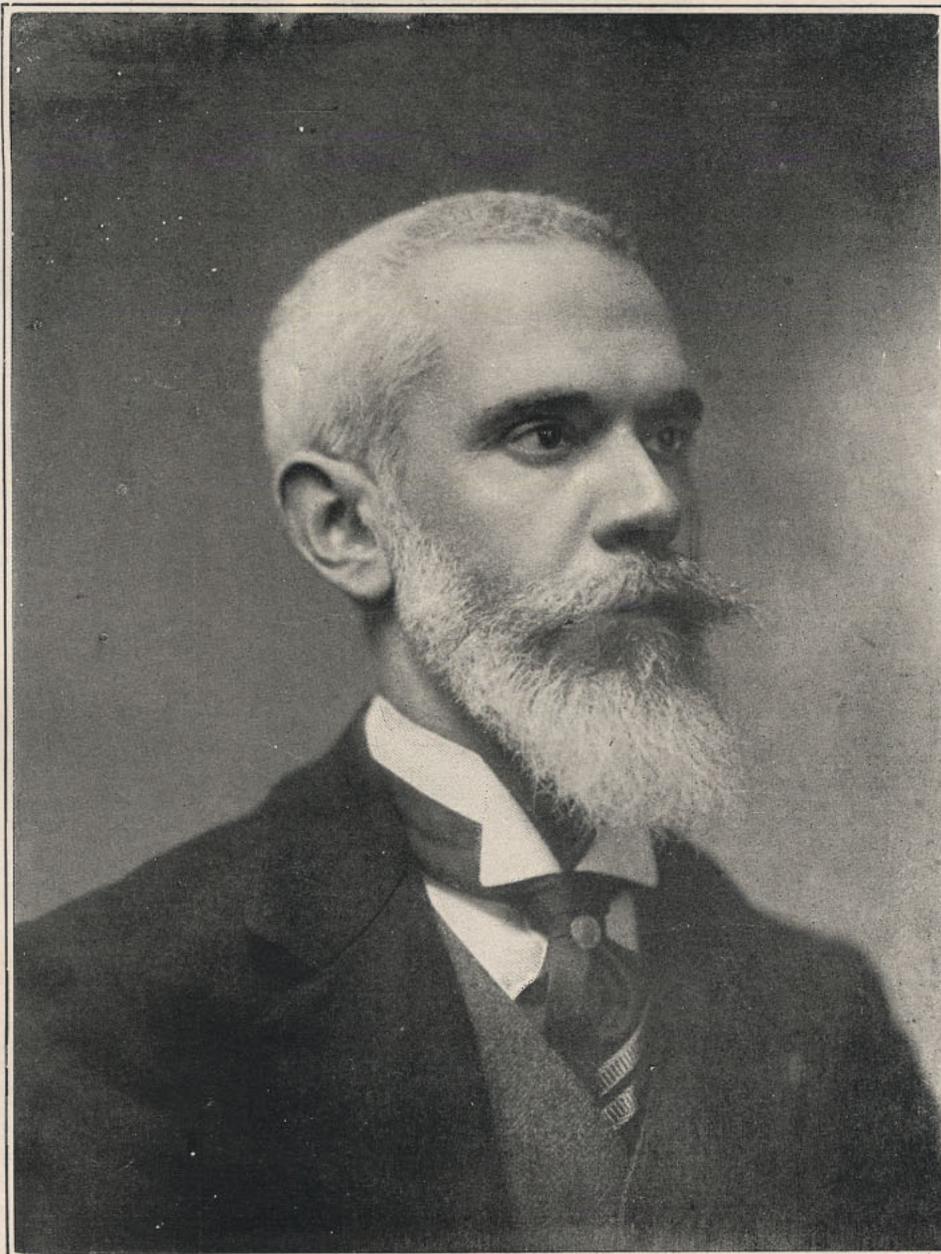
Y explicará cuáles son los modernos métodos de enseñar y de escribir y de aprender la historia; señalará cuáles son las grandes fuentes del estudio jurídico, y dirá esta orientación es mala, aquella es perversa, la otra es buena, útil, científica, adaptable ó no adaptable etc.

Su juicio será siempre el de un hombre maduro y sesudo. Se le oirá hablar y la elocuencia magistral de su lenguaje tendrá el disimulo de una explicación escolar, de una simple y benévola charla que va del profesor al alumno, y vice-versa.

El ansia de saber no puede aspirar á nada más amable ni fecundo que á oír una conferencia de sabio tan sencillo y profundo como es el señor Altamira.

Pero, sobre todo, nada de bombos, nada de pompas ni de artificios con él. Es un hombre que le gusta el trabajo, la labor tranquila, el estudio sereno de las cuestiones en que habitúa entender.

Los profesores van á recibir la visita de un amigo, de un camarada, de un colega que va de Oviedo á Santiago de Chile á decir: "Yo sé esto. Deseo aprender lo que ustedes saben. Trabajemos juntos por la grandeza de la enseñanza y del saber". En seguida se pondrá á la obra con esa seriedad y sinceridad que hace tan única y tan ilustre la personalidad de este sabio.



MONT-CALM.

CLAUDIO ARRAU LEON

ME parece sentir que algo canta dentro de mi alma. Mientras ese niño realiza sus prodigios en el piano, creo oír una voz misteriosa que murmura en mi oído anunciándome en Claudio Arrau León uno de esos seres privilegiados en quienes la naturaleza derrama sus dones y ante quién el mundo se inclinará como en presencia de un genio.

Pero en aquella alegría con que miraba orgulloso, como artista y como chileno, revelarse ese prodigio en nuestra tierra, flotaba ese soplo melancólico de pesimismo que cada día se arraiga en mí mas hondamente. ¡El mundo tuerce rumbos, se pierden y malogran las condiciones artísticas, se olvidan y menosprecian los dones del alma!

¡Cómo asombra la ciencia en sus progresos! Se domina el aire, la onda sonora lleva, envueltas en su misterio, las palabras del uno al otro continente, los hielos del polo pierden el encanto de lo desconocido, el radio anuncia un mundo de luz; pero en medio de esta demoledora corriente humana que vuela tras una utopía que es cuadratura del círculo en matemáticas, piedra filosofal en la química y libertad é igualdad del hombre para los humanistas, el arte cae aplastado por el comercio barato, por el carácter baladí, de poca duración que tiene todo lo que va de prisa.

Y si á esto agregamos esa fuerza potente, hija de la prédica del odio, que se yergue como una víbora amenazando á la sociedad porque establece alcurnias, á Dios porque da el privilegio del genio y á la naturaleza porque niega aquí y prodiga allá encantos, y hasta al océano, imagino, porque mantiene sus aguas en constante desnivel, más se siente desfallecer el espíritu por la suerte que pueda correr quien se levanta en nombre de una desigualdad.

¡Oh, vanidad humana, limitada inteligencia, espíritu experimental del siglo, niegas lo que se escapa á tu mente mientras el misterio de la creación te mira impacible! Espíritu nivelador, ¡qué podrás ante el eterno desnivel que va en gradación del sol á la sombra, del cosmos á la nada, tan imposible de nivelar como las ondas del océano!

No sé si era aquel niño sentado al piano ó las armonías de Beethoven quienes me traían estas brumas, pero ante el prodigio era lo que pensaba.

Y aquel niño lo reúne todo. Fino, distinguido, buenmozo, de pelo revuelto y ojos pensadores, sin perder la frescura y el candor del niño que goza con los juguetes y se deleita con los dulces, lleva en su mirada la expresión intensa y luminosa del que tiene la facultad de penetrar los arcanos del arte.

Pasa, con la misma naturalidad y agrado, de los dulces al piano que del piano á los dulces. Asombra pero no espanta; se siente el prodigio pero no se ve el fenómeno. Siempre es un niño, siempre se le encuentra niño, aún tocando: casi llegamos á creer de que el piano es un juguete infantil. Pero es un niño que atrae con su mirada, que despierta interés con sus movimientos: es niño en que se adivina algo.

Vestido de blanco, sentado al piano, con su cabellera revuelta y sus ojos clavados en la música, era para mí algo como una evocación de Mozart.

Su ejecución no era lo que más me sorprendía en él. Me asombraba ese instinto del arte, el que ese niño se abstrayera encantado con las profundas armonías de Beethoven, colocándolas sobre toda música; en esas armonías que él no podía comprender en su corazón de niño, pues hablan de las grandes pasiones del corazón del hombre, emociones, sentimientos y dolores que en sus cortos años aún no puede sospechar, pero que adivina, siente y comprende con esa clarividencia del arte en los artistas.

Bendita desigualdad, pensaba, que a los que no sentimos rencorosas emulaciones por tener que abrir paso al que va á la gloria,

nos permite gozar del encanto de tener algo que admirar en la tierra.

Lo que más agrada á ese niño no es lucirse ejecutando correctamente los trozos musicales que ya conoce, sino, por el con-



trario, tocar á primera vista. Cada vez que cae á sus manos algún autor de valfa, ó algún trozo para él desconocido de sus predilectos Beethoven, Mozart ó Listz, es difícil conseguir retirarlo del piano.

Nos contaba su madre que á los cuatro

años recibió algunas piezas de Mozart, Beethoven y Listz y fué tal su entusiasmo que se vió en la necesidad de darle de comer en el piano, pues fué imposible conseguir que dejara de tocar.

En aquella velada en que se revelaba ante nosotros, cayó á sus manos, por primera vez, música de Bach. El maestro lo atrajo y era de admirar los esfuerzos de aquel niño para vencer no sólo todas las dificultades de aquellas obras de ejecución casi imposible, sino que todavía la dificultad de su mano que no alcanza á la octava, lo que á menudo lo obligaba á usar de su izquierda para completar un acorde.

Oí decir á mis espaldas:

—¡Por Dios! Si este niño está tocando á primera vista esta pieza en que he llegado á llorar estudiándola, sin conseguirlo... Miren... ¡Fíjense como toca eso... continuaba con entusiasmo.

¡Y la que hablaba era una gran ejecutante!

Mi vecino le abre un libro de música, se lo pone ante los ojos y le pregunta;

—¿Qué es esto?

Claudito mira, le brillan los ojos y exclama:

—Esto es Beethoven.

Sigue entusiasmado dando vueltas las páginas del libro; en un grupo de nojas pasa un título y cambia el autor.

El lo nota al mirar aquellos signos que, para un lego en la materia, parecen hacer morisquetas sobre la pauta, y dice:

—Esto es Listz.

—¿Por qué?

—Porque Listz es así, contesta sencillamente.

Y tenía razón: era Listz.

Vive este niño en una comunidad tan íntima con los grandes maestros del arte, como la intimidad en que vivimos en el seno de nuestra familia. Para saber quien ha pasado ó quien habla, nos basta oír el ruido de los pasos ó el eco de la voz. A él le bastan unos cuantos acordes para distinguir á los músicos.

—¿Quiere que transponga esta pieza, mamá? le dice á su madre en secreto.

Ella trata de disuadirlo, él insiste, como un niño que pide permiso para jugar: accede su madre y él se sienta al piano y transpone á otro tono una pieza musical entera. ¡Era una entretención nueva para él!

Dos días atrás, por primera vez, se le había pedido que transpusiera, en un examen á que lo sometieron nuestros músicos Paoli y Guardiola, examen del cual salió airoso, dejando sorprendidos á esos maestros de la música.

Aún nos reservaba una sorpresa aquel niño. En el deseo de comer dulces se retiró del piano y, entre confite y confite, tocábale acordes hasta de diez notas, acordes que él, de espaldas á la música, nombraba con toda precisión, nota por nota, sin hacer gala de erudición, como quien nombra objetos conocidos.

¿Desde cuándo se había revelado el arte en ese niño? Pregunta ociosa si se quiere, pero que todos le dirigíamos á su madre.

—Desde los dos años, nos respondía.

Cuando tenía dos años ya conocía y distinguía á Beethoven entre todos los maestros.

—¡Qué bonito eso!... Toque... le decía á su madre, cuando la oía tocar armonías del músico de Bohn, del sordo trágico.

Luego, esa música, honda revelación de los misterios del corazón del hombre, envolvió en su melancólica bruma á esa alma infantil. Claudito se aprendió de memoria la biografía de Beethoven, y exclamaba conmovido:

—¡Pobre Beethoven... no podía oír!

Ya entonces distinguía á los maestros del vulgo y apenas su madre ejecutaba al piano piezas de autores de poca valfa, él se retiraba exclamando:

—Eso nó, mamá, eso es feo.

A los cuatro años confundía á su madre á preguntas sobre el valor y significado de los signos de escritura musical y cuando la cansaba segua con su hermanita mayor, quien le explicaba con la paciencia que tienen los niños para con los niños. Así aprendió la teoría.

En su anhelo de saber tocar, copiaba los trozos musicales de los maestros, los repetía de memoria y terminaba por aprenderlos á leer y á tocar.

Así se explica que á los 5 años tocara ya en Chillán, su ciudad natal, en un concierto de caridad, música de Beethoven, de Mozart y de Listz, sus predilectos, y que á los seis años, su edad actual, pues nació el 6 de Febrero de 1903, haya alcanzado lo que á sus años era el patrimonio de Mozart, asombro del mundo: á poder ejecutar esos prodigios que hemos presenciado con ese anhelo y temor que se siente ante lo extraordinario.

Todos decíamos friamente "este es un genio" con ese hielo tan propio de nuestro carácter nacional apático y frío; y lo decíamos casi para nosotros mismos en el temor del ridículo de parecer exagerados.

Y genio lo llamamos en el calor del hogar, genio se le llamó en la velada musical y genio, aunque sin pronunciar la palabra, lo juzgaron en los salones del palacio de la Moneda á donde llegó sin ruido de fanfarra y de donde salió, después de revelar ante S. E. el Presidente de la República y algunos miembros del Cuerpo Diplomático, el prodigio de su extraordinaria precocidad que fué el atractivo y el asombro de aquella reunión.

Soro Barriga, ese joven compositor que ya es no sólo honra de Chile sino de América, pudo apreciarlo, aunque de paso y él que también fué un niño precoz, se maravilló de las condiciones de Claudito.

Me decía, hablando de él, que, aunque siempre miraba con excepticismo las precocidades en ejecutantes, porque no era algo tan extraño ni excepcional, en este caso lo sorprendían ciertas facultades de ese niño, como la de leer la música en la forma en que lo hacía. No es de extrañar que á Soro Barriga no le sorprendieran en exeso las demás condiciones de Claudito, pues como me lo manifestó, apenas pudo apreciarlo y él también fué músico á los seis años y ya á los doce años se hizo notar en nuestro conservatorio y componía música, y á la edad presente, nadie sabe á punto fijo al lado de quienes debemos colocarlo, pero todos sí que sabemos que es nuestro primer compositor nacional y que su inspiración ha volado muy alto.

En cuanto á Paoli, el viejo maestro de Amelia Cocq, me decía que era un niño dotado de poderosas condiciones naturales; que no sabía cómo se había él sólo formado esa mano de pianista que parecía haber vivido sobre el teclado más años de los que contaba el niño. Y buscando comparaciones, recordaba á su discípula Amelia Cocq y exclamaba: "A ella tuvé que formarle la mano". Lo que más llamó la atención del maestro fué, á más del perfecto oído musical de Claudito, esa poderosa facultad de leer que ya me había hecho notar Soro Barriga.

—Desde luego, me decía, éste será un director de orquesta admirable porque lo

he visto acompañando al canto y al violín, llevar la lectura de las dos llaves y hacer arreglos á primera vista en que introducía notas del canto en el acompañamiento. Eso es admirable. En cuanto á la expectativa de un gran músico, exclama con excepticismo de viejo maestro, esas son facultades aún dormidas en él, pero que se adivinan en su gusto por la buena música, en la comprensión perfecta que tiene del arte, y mirándolo, en esos ojos que revelan un mundo. Antes de terminar, volvió á insistirme en esa extraordinaria facilidad que tenía el niño para leer música; en cómo de una mirada recogía todo un acorde y hallaba modo de tocarlo.

Y aquí vuelve y se apodera de mi pluma esta nota majadera que ha de poner una sombra en toda luz. La recepción en el palacio de Gobierno había sido un triunfo para Claudito; Su Excelencia, en su entusiasmo, le había regalado un libro de su biblioteca, que trataba sobre los músicos célebres, después de escribirle una honrosa dedicatoria que llenaba una página. Nuestro Ministro de Relaciones Exteriores se apoderó del niño para subirlo y bajarlo del piano y lo seguía de cerca con ese entusiasmo que sólo saben sentir los que aprecian el arte. Y tal entusiasmo despertó en él Claudito que á los pocos días lo llevó á su casa para presentarlo á su familia, dándole así una prueba de alentador aplauso. Una anécdota curiosa corría de boca en boca.

Claudito había oído á Premyslav ejecutar un trozo de Godart que le había encantado. Le pidió á su madre que le comprara aquella música y ella lo llevó al almacén de música, donde pidió piezas de Godart. ¿Pero cuál de ellas era?

—Tráigamelas todas, dijo el niño, y empezé á leerlas.

El dueño del almacén, extrañado de aquel niño, fué á advertir de lo que ocurría al músico Premyslav que estaba allí. El niño, á la simple lectura y con el recuerdo de aquella audición, había dado con la pieza.

—¿Quiéren que la toque? les dijo el niño y Premyslav, entusiasmado con él, lo llevó al piano donde ejecutó á primera vista y correctamente aquella música en que se lucía el eximio violinista.

Premyslav maravillado declaraba que no había visto ni esperaba ver un prodigio semejante.

Donde iba ese niño, dejaba anécdotas de sus prodigios; todo hacía presentir que su nombre iba á ser cogido por la prensa y proclamadas sus precoces facultades á los cuatro vientos; pero ese interés de lujo de títulos con que se anuncian los grandes éxitos de los caballos, las vistas de los asistentes á las exposiciones de animales ó de partidas de foot ball, indicando con ello donde está el porvenir que se nos prepara, no se podía distraer para llamar la atención pública sobre un niño que en nada se distinguía por sus pies y que ni siquiera tenía la precocidad de saber cómo se entraba un "goal".

Nada de artículos, nada de retratos ofrecidos desde las columnas diarias al público, que anunciaran al niño-prodigio Sólo nuestro fotógrafo Vera, y lo nombro porque ha hecho retratos del niño que honran á un fotógrafo en su reputación de artista, lo solicitó para guardar en su fotografía un

recuerdo de él. Un hombre de prensa á quien hablaba del niño, hombre práctico, me dijo:

—Es buena campaña la suya, hay que hacerle bombo al niño para que el Gobierno lo mande con pensión á Europa.

Gracias á Dios, ya no necesita "bombo" para sacar pensión, pues quien puede y debe velar por las glorias nacionales se puso á su servicio, se ha interesado por él y ha escrito, en una oferta que le hizo á Claudito Arrau, una página que hace honor al primer magistrado de la Nación.

En cuanto á "bombo público", eso lo necesitan los pordioseros del arte, los que mendigan aplausos; pero aquellos señalados por la naturaleza, aquellos que guardan en sí un mundo de arte que pesará como una montaña, aquellos para quienes la gloria tiende un laurel sobre su cuna, y abre la historia su libro para apuntar la fecha de su nacimiento, esos no necesitan "bombo". Tienen el privilegio del oro: dorar todo lo que á ellos se aproxima; el privilegio del sol: exhibir ante la humanidad todas las miserias y grandezas de cuanto con ellos se relaciona.

Yo no digo: hagamos "bombo" al niño, sino que cuidemos nuestra historia nacional.

Mientras aquel hombre de prensa, aquel hombre práctico me hablaba de hacer "bombo", venían á mi mente los nombres de Beethoven y de Mozart y pensaba en la vergüenza para esas naciones que los vieron nacer y no los supieron apreciar. Pensaba en que aquel niño prodigio que se reveló en la corte de Francisco I, á los seis años, y que después llenó el mundo del arte con su genio, no tuvo para vivir más que una migaja que le daba el arzobispo de Salzburg como músico de capilla, y en la vergüenza con que tiene que oír el Austria aquellas palabras amargas con que termina la biografía de Mozart: "Sus funerales fueron una vergüenza para el Emperador, para la Corte, para el público y la sociedad misma. En la tarde del 6 (Diciembre de 1791) su cadáver fué llevado de prisa hacia una tumba de pobres de solemnidad y, porque llovía, sus amigos Swieten, Sünmayer y tres más se volvieron y lo dejaron llevar solo á su última morada".

Y pensaba en la legítima satisfacción que sienten los ingleses, y en la vergüenza que tiene que sentir la Alemania cada vez que escucha el relato de la vida de Beethoven, el más grande de los músicos, cada vez que oye contar la historia del músico de Bohn, con aquellas palabras que ningún inglés olvida: "Debe de llenar de orgullo el corazón de todo inglés el que fuera la Sociedad Filarmónica de Londres la que alivió las angustias de Beethoven en su lecho de muerte por un generoso obsequio, y que casi las últimas palabras del moribundo fueron de agradecimiento á sus amigos y admiradores de ese país".

Todo esto se ha dicho y escrito para afrenta de aquellas naciones que tuvieron la fortuna de tener un genio y la vergüenza de no saberlo estimar. Hoy tenemos ante nosotros un prodigio comparable en sus comienzos á Mozart. Aquella página de historia que tal vez está por escribirse, ¿será de orgullo ó de vergüenza para Chile? Recojamos la lección y honremos á nuestros artistas.

ANTONIO ORREGO BARROS

Revista de Revistas

SUMARIO.—I. REVUE BLEUE. 1. *Boutroux*: "Arte y Belleza". 2. *Noin-tel*: "La Sociología de Bourget". 3. *P. Gaultier*: "La Moral y la Sociedad".—II. LE CORRESPONDANT. 1. *Moyssset*: "El Espíritu Público en Alemania". 2. *E. Angot*: "Un poco de feminismo".—III. LA REVUE DES DEUX MONDES. *Marcela Tinayre*: "Notas de una viajera en Turquía".

I.—Una de las plagas (y son muchas) de la filosofía contemporánea, es la anarquía reinante en materia de vocabulario. Hasta tal punto ha llegado la confusión "babélica" que, reunidos últi-

mamente en Ginebra, los filósofos acordaron, en congreso, la formación de un vocabulario polígloto en que cada término importante, usado en filosofía, tendrá su traducción fija en las diversas lenguas modernas. Tarea pesada, sin embargo, será la de traducir términos cuyo significado nadie es capaz de determinar. En un artículo de la *Revue Bleue*, el filósofo E. Boutroux, hablando del "Arte y de la Belleza", lo demuestra en lo relativo á la estética. "Esta disciplina, dice el célebre profesor, es tan difícil como atractiva y bien se echa de ver advirtiendo cuán fluidos son los conceptos de belleza, emoción, estética, art., creación, ideal, impresión, naturaleza, estilo, vida, expresión, originalidad

y armonía". Es de temer, pues, que aquella "fluidéz" de conceptos y vocablos, siendo no menos grave en metafísica de lo que es en estética, no atrase mucho la formación del deseado vocabulario. Mientras tanto diserta E. Boutroux sobre las siguientes proposiciones: "El arte propiamente dicho, es la realización de la belleza" y "la belleza es la emoción estética objetivada". Bastará con señalar este artículo á los "esthètes", ya que son ellos los únicos capaces de aprovecharlo cabalmente. Hay, empero, un párrafo que señalaré á nuestros poetas decadentes y simbolistas. "El arte, dice Boutroux, está sometido á las leyes generales de la objetivación. Prescindir de las fórmulas y del estilo, empeñarse persiguiendo una forma fluida y amorfa es simple contradicción ya que, en un arte así entendido, no tendría la idea traducción real y, so color de expresión inmediata, quedaría fuera de alcance. "Una imagen pura y simplemente modelada sobre la vida es una quimera". Lo cual, en términos sencillos ó, si quiere, en romance, significa que, en literatura como en pintura y en todas las artes, es inútil pensar en crear expresiones ó formas del todo nuevas, y esto, por la muy obvia razón de que, en caso de novedad absoluta, nadie las entendería ni descubriría en ellas el menor rastro de realidad y de belleza.

2.—En este mismo número, J. Nointel critica con merecida severidad el libro de Paul Bourget intitulado *Sociología y Literatura*. Es sabido que el célebre novelista y crítico ha querido añadir á sus primeros y gloriosos laureles los del sociólogo. Pero su última evolución es, como dice Nointel, un verdadero fracaso. Pretende, en efecto, Bourget ser discípulo de Bonald, el filósofo tradicionalista, y acatar á la vez la ley científica fundamental que nos prescribe el sugetarnos á los hechos. Pero aquel matrimonio de la tradición con la ciencia, entendida como parece entenderla Bourget, es enteramente de Bonald, el cual edificó todo su sistema sobre ideas abstractas y postulados adquiridos sin intervención de la ciencia experimental. Para éste, la Biblia sola es la base de toda política, mientras, según Bourget, está rechaza todo "postulado anticipado", "toda hipótesis metafísica"... ¿Cómo se atan estos cabos?... ¿Cómo puede combinarse el positivismo con el catolicismo "á lo Bonald"? Es preciso, pues, escoger y si se es tradicionalista (cosa muy lícita, por cierto, y muy lógica), es menester ser franco y no hablar ya de rechazar postulados ó hipótesis, puesto que sin éstas y sin aquellos no hay tradicionalismo. A semejantes combinaciones híbridas é ilógicas se llega cuando se quiere ser católico sin serlo. ¿Qué diría Bonald de semejante tradicionalismo? El viejo maestro á quien Faguet llama "un silogismo, ó más exactamente, un sorites encarnado", recordaría á su discípulo la palabra evangélica: "Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se llegará al uno y menospreciará al otro: no podeis servir á Dios y á Mammon". Podrá, es cierto, contestarse que en política, no es la lógica tan precisa como en geometría, cosa que bien se echa de ver leyendo la historia. Mas, la respuesta no sería muy válida, pues si aquello es lícito en política real y práctica, no lo es en sociología, en ciencia, sobre todo, en sociología tradicionalista.

3.—Termina la *Revue Bleue* con un artículo intitulado: *¿La cuestión moral es una cuestión social?* Se ve desde luego que aquella pregunta es la inversa de otra muy célebre que sirvió de tema, hace veinte años, al folleto en el cual el profesor Zsiglién demostró que "la cuestión social es ante todo una cuestión moral". Contradiciendo, por una parte, á Diderot, Condorcet, Proudhon y, en general, á los anarquistas para quienes la moral es hija de las leyes, y por otra parte, á muchos filósofos contemporáneos que pretenden dar á la moral un origen exclusivamente social, el autor de este artículo, Paul Gaultier, sostiene que muy lejos de ser la sociedad quien crea a la moral ó le da autoridad, es precisamente la moral la que da autoridad á las leyes sociales y funda á la sociedad. "Esta verdad, bien la han sospechado los tiranos de todo jaez ya que, para no ser molestados ni detenidos por la moral, se han esmerado más que todo en "desmoralizar" á sus súbditos, circunscribiendo sus ideales y deseos en el "panem et circenses" de los emperadores romanos". A esa pregunta no sería tal vez fuera de propósito agregar otra: ¿No favorecen acaso, consciente ó inconscientemente, la incipiente tiranía socialista aquellos filósofos que quieren persuadirnos de la relatividad y del origen social de la moral?...

II.—*Le Correspondant*, en un artículo de H. Moysset sobre *El Espíritu público en Alemania*, hablando de la formación del actual imperio germánico dice: "Para fundar, en provecho transitorio de Prusia, la unidad nacional, Bismarck hubo de romper todas las tradiciones germánicas. La "soberanía" de la Prusia, representada por una monarquía de derecho divino cuyo sostén fundamental es una aristocracia feudal, cederá, como las demás reyecías alemanas, bajo el peso del nuevo edificio. Los orígenes del imperio alemán son militares y revolucionarios, en el significado histórico, preciso y eficaz del vocablo francés. Ese es su carácter específico. Bismarck se valió del pueblo, como de palanca, para echar abajo las resistencias dinásticas. Sin bautizarlo "soberano", le confirió el derecho de sufragio universal, directo, igual para todos y secreto. De esa soberanía el pueblo reivindica hoy, no la pompa vana, más sí, la realidad del poder. El imperio que, á raíz de su fundación, no era, según dijo Bismarck, sino un título en apariencia vacío, pero destinado á tomar pronto su plena significación, ha llegado ya á ser un organismo político y económico cuyo principio de vida y organización es preciso estudiar". Dice, en seguida, Moysset que el imperio alemán es un organismo esencialmente económico, siendo este "el hecho capital que domina el presente y decidirá el porvenir". El triunfo del industrialismo ha tenido por resultado el crear un inmenso proletariado de 35 millones de

hombres sobre 60 millones de habitantes. "Pero este proletariado ha acrecentando las fuerzas de los partidos populares democráticos que piden un gobierno fundado sobre "el principio de las mayorías". Surge, pues, un problema: ¿Cuál es la actitud de las masas respecto del poder establecido, cuál será el papel de aquéllas en el Estado de mañana, en un país cuya mayoría es ya "proletarizada"? Esta fué la gran preocupación de los últimos tiempos de Bismarck. Quiso el canciller retrasar la ascensión de las masas populares valiéndose de leyes sobre seguros para operarios, con los cuales piensan hoy en día las clases capitalistas comprarles "á los Bárbaros" la paz social, como solían hacerlo, durante la edad media, los burgueses de París con los piratas normandos... Pero viendo al fin la ineffectividad de tales medios, acudió Bismarck á las "leyes de excepción".

Por otra parte, frente á la aristocracia feudal, ha surgido nueva aristocracia industrial y financiera, la burguesía. Aunque hallándose en conflicto con el proletariado, no por eso deja de combatir al feudalismo... "El imperio, la burguesía y el proletariado son tres formas de un sólo y mismo hecho, tres consecuencias de la transformación de la Alemania. La Alemania agrícola era el sostén del Estado prusiano. Fuerzas nuevas lo están minando". En una palabra, el Emperador está envuelto en una especie de remolino. Tan pronto procura apoyarse en el feudalismo como en la burguesía ó en el proletariado. Esas tres fuerzas antagónicas no le permiten orientar de un modo fijo su política y esta es la causa por la cual, á cada oscilación, surge un nuevo canciller. Por fin es claro, según Moysset, que "la monarquía prusiana, absoluta, conservadora, feudal, mística no puede ya resistir á las fuerzas anti-conservadoras, democráticas, materialistas".

2.—*Un poco de feminismo*. Empieza este artículo con un solemne despropósito de Michelet: "El Renacimiento fué el descubrimiento del hombre; pero nuestro siglo ha descubierto á la mujer". Es probable, en efecto, que lo "eterno femenino" es un misterio para la humanidad y que hasta el siglo XIX (y en especial hasta el día en que Michelet, envejecido, pero siempre... mal inclinado, escribió sus empalagosos, pornográficos y enfermizos folletos) nadie haba sospechado que existían mujeres en el mundo y que ellas tenían derecho al respeto y al amor del hombre descubierto en el siglo XV!... El cristianismo, por ejemplo, y el feudalismo nada habían hecho en pró de la mujer!...

Lo cierto es que, si tanto el feudalismo como el cristianismo le reconocían derechos, le dictaban también deberes, y esto último es lo que el feminismo "á lo Michelet" no quiere oír. M. E. Angot, dejando á un lado toda esa metafísica, examina la situación actual de la mujer y procura medir sus progresos. Pregunta: "¿son iguales á las del hombre las dotes artísticas de la mujer?" y responde: lo dudo. Examinando la situación musical, dice E. Angot: "La costumbre quiere que todas las niñas de cierta clase social estudien música, cosa que no sucede con los jóvenes de igual clase. Ya van dos siglos que podrían ellas brillar en el cielo de la melodía, de la sinfonía, de la ópera, y no brillan... "Se dirá talvez que aquello proviene de que, hasta ahora, sólo el arte de la ejecución se ha desarrollado en la mujer, mientras se han reservado los varones el de la composición... ¡Esperad y vereis que pronto cambiarán las cosas!..." E. Angot contesta: "Nous ne verrons rien du tout", y en efecto, si hasta ahora nada ha habido, es porque el terreno es estéril, como lo ha sido, poco más ó menos, en pintura, literatura y jurisprudencia". Cuanto á la medicina "la verdad nos obliga, dice el autor, á reconocer que las mujeres tienen aptitudes reales, las cuales, á veces, se manifiestan en un grado muy notable". Del mismo modo, las aptitudes femeninas en materia de instrucción y educación son innegables. Pero E. Angot ve cierto peligro para la mujer en estudios literarios y filosóficos muy especializados. Dice: "Lo más directamente amenazado por los estudios es el sentido práctico. Las mujeres tienen más el instinto que la comprensión de las cosas: razonan mal y juzgan bien. ¡Qué lástima si, corriendo tras de la lógica, fueran á perder la delicadeza y la infalibilidad de su tacto!"... En una palabra, este artículo es curiosísimo y, aunque largo, merece traducción completa. Lindo tema de discusión, si se lo publicase en algún diario.

III.—*La Revue des Deux-Mondes* publica desde algún tiempo una serie de artículos en que Marcelle Tinayre, la célebre novelista, describe sus impresiones de viaje. Ya hemos leído sus espléndidas descripciones de Constantinopla y de la última revolución turca. Ahora, hablando de los "harems" dice: "Amigos, el harem no es una prisión dorada. Podeis tener uno en casa, por poco que vuestra esposa quiera tener pieza aparte y un saloncito al que no entren vuestros camaradas, reservándolo sólo para señoras. El harem es el departamento propio de la mujer. ¿De las mujeres? De la mujer... Los turcos de 1909 rara vez tienen varias mujeres y cada día se generaliza más la monogamia, una monogamia moderada, se entiende... como la vuestra, ¡oh, excelentes europeos! Las cuatro mujeres permitidas por el Profeta son lujo que cuesta caro. Se ve obligado el esposo á repartir entre ellas equitativamente esclavos, diamantes, vestidos y... lo demás. Prefiere, pues, poseer una esposa única, menos exigente, y algunas amigas discretas, griegas, armenias, y aún occidentales, las cuales representan el placer sin deberes y no revolucionan la casa. Esto le permite al turco darse aire de liberal y decir: "La poligamia es cosa de bárbaros: yo soy civilizado". Mal haríais, empero, amigos míos, en creer que los maridos turcos son peores que los demás. Todo es relativo. Aman á sus mujeres; aman sobre todo á sus hijos"... Indudablemente, todo es relativo y bien se echa de ver que Marcelle Tinayre conoce bastante las humanas relatividades, turcas... y universales.

EL FILÓSOFO Y LA MARIPOSA

RAFAEL Enebro, joven relativo, empleado en el Ministerio de la Gobernación, aprovechaba las tardes para filosofar por el Retiro ó por la Moncloa, siempre que el tiempo no se lo impedía con sus crudezas insostenibles. Para filosofar he dicho, y así era la verdad, puesto que Enebro iba constantemente solo, y todo hombre que se pasea sin compañía por fuerza ha de sentirse filósofo para distraerse.

Ha escrito un gran pensador en alguna parte que no es preciso citar: "Donde quiera que haya un hombre que medite sobre cualquier cosa relacionándola con todas las demás, allí hay un filósofo..." En esta profunda declaración me apoyo para incluir á Rafael Enebro entre los compañeros de Platón, ya que me sería muy difícil encontrar otra. Ciertamente que todo el mundo puede considerarse dentro del catálogo si se arroja con tales palabras; pero ello no es inconveniente para que yo presente á Rafael Enebro como uno más en el coro de los amantes de la sabiduría.

Y el caso es que Enebro pudo haber sido un filósofo de los otros; es decir, de los que además de confiar á la soledad sus pensamientos, los escriben y los dan á la imprenta y los arrojan á la admiración de las gentes. Para ello tuvo la base necesaria y también un poquillo de afición, que él mismo creyera muy arraigada, hasta que se convenció de que no le conduciría á ninguna parte. Había estudiado, en efecto, dos cursos de la carrera de Filosofía y Letras, que fueron seis, puesto que triplicó los dos por culpa del endiablado tribunal de exámenes, y había también escrito en algunos periódicos escolares varios artículos que calificaron de muy metafísicos sus propios compañeros. Leyó asimismo durante aquellos años una porción de libros, casi todos de filosofía, pues aunque en clase no demostraba gran aplicación, ni tampoco estar al corriente del ser, el no ser, el tiempo, el espacio y demás cuestiones no menos complejas, fuera de clase sí parecía que lo estaba. Tal vez su espíritu no gustase de la estrechez universitaria. Tal vez era una larva de genio. Tal vez fuese... Lo cierto es que era muy aficionado á los estudios que le proporcionaron tres años seguidos de calabazas.

Quizás por esto, un buen día, cuando contaba veinticinco años de edad, se sintió acometido de cierta idea juiciosa que le persiguió luego un poco de tiempo, llegando á convertirse en obsesión que le torturaba. La idea era ésta:

—¿Qué va á ser de mí en el mundo si me dedico al cultivo de la filosofía? Me reconozco sin fuerzas para crear un nuevo sistema que me immortalice. Y aunque lo creara, esto no me proporcionaría ningún dinero. Mi porvenir, si sigo por el camino emprendido, está en un Instituto de provincias, ó acaso en un colegio de segunda enseñanza... ¡Antes la muerte!... Soy un hombre vulgar... ¿A qué empeñarme en presumir de espíritu selecto?

Y ahorcó los libros.
Como se ve, Rafael Enebro filosofó para dejar de ser filósofo.

Su pobre padre, que le mandó á Madrid para que se hiciera un hombre, no pudo enterarse de tan fatal determinación. Murió de repente cuando su vástago iba á darle cuenta de lo que había pensado. Rafael se fué al pueblo, recogió la herencia, no muy grande en verdad, y volvióse á la corte, donde en cuatro ó cinco años se quedó sin una peseta.

No le arredró la miseria en puerta, pues, aunque vulgar, seguía siendo filósofo. Pero decidido á retrasarla todo lo posible, visitó al diputado de su distrito, que era, naturalmente, ministerial, y pudo lograr, en memoria de su padre, de quien el diputado fué amigo y camarada, un modesto destino en Gobernación.

Y en un ministerio tan poco metafísico vino á parar á los seis lustros aquel hombre que á los cuatro se creyó una futura lumbrera de la metafísica. Gracias á que los baños filosóficos que tomara en su primera juventud le curaron las ambiciones, dejándole una profunda resignación de espíritu, que él consideraba, y no mal ciertamente, como la más saludable filosofía.

Con los escasos duros de sueldo se las arreglaba para vivir, limitando sus distracciones á pasear por la Moncloa ó por el Retiro cuando hacía buen tiempo.

Pero ¡lo que son las cosas!... A fuerza de paseos volvióse á despertar su imaginación, y al meditar sobre las cosas que veía, relacionándolas con las que estaban fuera de sus sentidos, recobró poco á poco las aficiones abandonadas. Empezó á comprar libros de filosofía, á creerse en camino de hacer algo, á escribir cuartillas y cuartillas... En la oficina notaron el cambio, y se tambaleó su modesto destino.

Una tarde de primavera paseábase Rafael Enebro por la Moncloa, discurrendo, como de costumbre, sobre lo divino y lo humano. Preocupábanle por aquellos días las ideas

de tiempo y sus derivadas, que siempre preocuparán á quien se lo proponga, aunque parece que á nadie preocupan. No se explicaban cómo una cosa que es eterna puede perder esa cualidad, sin dejar de perderla, ni tampoco el por qué de las distintas medidas que le aplican los diversos seres para disfrutarla. Como se ve, discurría bastante mal, debido tal vez á la falta de alimentación y á sus nuevos é innecesarios desvelos. Más, aunque con mal discurso, sentíase acometido de esa fiebre que se apodera de algunos espíritus ardientes cuando tratan de derribar los principios inmutables que rigen el mundo. Quería también presentar su correspondiente pliego de reparos á la grandiosa obra de la Creación.

Sentóse un momento fatigado junto á una fuente, encendió un pitillo y continuó sus meditaciones. Una mariposa, apareciéndose de pronto grácil y aturdida, más que disiparle sus pensamientos, los encauzó un instante, inspirándole ciertas conclusiones.

—Es injusto, por ejemplo, pensaba el filósofo, que las mariposas no vivan más que un día, mientras otros animales nauseabundos viven años y años... Dígame lo que se quiera, un día no es más que un día para mí, como para este ser frágil y delicado... Porque así como dos y dos son cuatro en Berlín, igual que en Ciempozuelos, el espacio es idéntico en relación con un hombre ó con una mariposa...

Entonces la mariposa tomó la palabra, como en los días de la fábula, y dijo á Rafael Enebro, que la escuchó estupefacto:

—No sabes lo que dices... Y como eso no has podido aprenderlo en ninguna parte, es que se te ha ocurrido á tí solito... Si son así los demás fundamentos de tu nuevo sistema filosófico, ¡estás apañado, hijo mío!... Todos los seres viven el tiempo preciso para cumplir su misión sobre la tierra, y cada uno de ellos lo mide con arreglo á su naturaleza... Lo que tú llamas un día, es para una mariposa toda una vida, como la vida humana es un día, un soplo, ¡nada! ante esa eternidad del tiempo que tú no te explicas... ¿Es posible que ignores una cosa tan sencilla?... Rafael Enebro, ¡eres un hombre vulgar!...

Y el pobre filósofo, aturdido y confuso, marchó más que ligero á su casa, tiró los libros, rompió las cuartillas y volvió á encontrar de nuevo la perdida tranquilidad...

ANTONIO PALOMERO

LA MATRITENSE

ESTADO 98, esq. MONEDA

Esta casa ha inaugurado la nueva estación de Invierno con un selecto y escogido surtido de Casimires Ingleses.

SOBRE MEDIDA PARA HOMBRES Y JOVENES

Trajes de Vestón, desde \$ 75
Sobretodos, desde 75
Traje de Jaquet, desde. 110
,, de Smoking desde 120
,, de Levita, desde... 140
,, de Frac, desde..... 160

Materiales de primer órden, hechuras de última moda y confección irreprochable.



LA MATRITENSE
Sastrería, y de Hecha
Camisería, Combrería,
Paraguera, GABRIEL Y PALACIO
Sucesores de Tomás Peña.

GRAN LIQUIDACION DE TRAJES Y SOBRETODOS DE MEDIDA. REZAGADO

Agua de Colonia de Flores
A tres pesos litro, media botella un peso 50¢



Quince mil litros de producción al año. No fué enviada a ninguna Exposición.

Agua de Colonia tipo Atkinson

Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50¢

Laboratorio Perez Barahona
Portal Fernandez Concha, 913 - Casilla N.º 2146 - Santiago

TE
DEMONIO
ES EL
MEJOR



HAYES & Co.

ALMACEN DE PROVISIONES ESCOJIDAS PARA FAMILIAS :: ESTADO ESQUINA AGUSTINAS



SIEMENS-SCHUCKERT LTD

Valparaiso
BLANCO, 366 --- CONDELL, 152
CASILLA, 1258

SUCURSALES

Concepción
COLO-COLO, 568

Santiago
AHUMADA, 89

Antofagasta
WASHINGTON ESQ. BAQUEDANO

ULTIMAS NOVEDADES
ARAÑAS, INSTALACIONES ELÉCTRICAS

ESTUFAS
BOMBAS PARA AGUA
BOMBAS ASPIRADORAS
DESINFECTADORAS
DINAMOS

VENTILADORES
TETERAS, CAFETERAS
PLANCHAS ELÉCTRICAS
LAMPARILLAS, TELÉFONOS
MOTORES

Viña San Carlos
José Luis Coo
Agencia General: Huérfanos 957

Reservado \$ 20 cajón
Linot " 15 "
Reservado blanco " 25 "

SELECTA

Revista Mensual Artística

Editada por la Empresa "Zig-Zag"

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

UN AÑO	\$ 10.00
SEIS MESES	5.50
NUMERO SUELTO	1.00

La Carroza Blanca estilo Luis XV, única en Chile, la proporciona LA EMPRESA DE POMPAS FUNEBRES "LA CONFIANZA", la que atiende mejor al público.

CALLE ESTADO, NUMERO 11

OLIVER

THE OLIVER
STANDARD VISIBLE WRITER
No. 3

BEST
EXTRA EXTRA
PATENT VENTILATOR

P & C
HABIG
WIEN
KUK-HOF HUTFABRIK
1862
GESETZLICH GESCHÜTZT

LIEPERANTEN DES
KUK-KALLERHÖCHSTEN HOFES

UNICO AJENTE
F. A. BLECH WEGENER
SANTIAGO VALPARAISO

LOS TONGOS

HABIG

Son los preferidos de la sociedad

Unico Importador para Chile:

T. A. Blech Wegener

SANTIAGO Y VALPARAISO

NOTA: La casa tiene constantemente en venta toda clase de
ARTICULOS PARA CABALLEROS

PIANOS

Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION

Existencia permanente de 250 Pianos á la
= VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION =

C. KIRSINGER & Co.

Depósito en Santiago: ADOLFO CONRADO, Estado 375
Depósito en Concepción: ADOLFO STEGMANN

El mejor tocador automático de piano: LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir. de escritura muy visible.

Cosme Vitagliano y C^o

Importadores de Casimires
Perú — Chile — Ecuador

Valparaíso

168, Victoria, 168

Siempre nuevos arribos.

Esta casa tiene las mas altas novedades en Casimires Ingleses.

Constantemente enorme surtido.

Ventas por mayor y menor a precio sin competencia. III. Estado, III

casi esquina Moneda.

Santiago

III. Estado, III

Casa Erain Band

Importadora de

Gramófonos

y Fonógrafos

de las principales marcas del mundo.



Discos cantados por los principales artistas del mundo.

909, Huérfanos, 909



Sastrería L. Correa

Recibe constantemente las ultimas novedades directamente de Londres.

Especialidad en obras de lujo.

Catedral, 1285

Las Novedades Parisienses

Especialidad de Artículos para Señoras

- Taller para Vestidos a cargo de M^o. A. Kamiski ex-cortador de las afamadas casas parisienenses Bechoff, David y Charry

Gran depósito de Alfombras de una pieza y del afamado Guante Sublime; se devuelve el valor de todo par que no resulte perfectamente bueno. Torre Tamuló Estado esq. Pasaje Matte

Agua de Colonia de Flores

A tres pesos litro, media botella un peso 50^o



Quince mil litros de producción al año. No fué enviada a ninguna Exposición.

Agua de Colonia tipo Atkinson

Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50^o

Laboratorio Perez Barahona

Portal Fernandez Concha, 915 - Casilla N^o 2146 - Santiago



puede Ud decir que donde Riddel encontrarán el mejor surtido para Señoras, Caballeros y Niños.

266, Estado, 266

La Relojeria y Joyeria

de José Huber y C^o está a disposición del público.

323, Ahumada, 323

al lado del Hotel Ocho



La Malla Pouget
Ultima creación de la Maison Pouget.

"SELECTA"

Sumario del mes de diciembre:

	Págs.
CUADROS CELEBRES, Ensueño, J. Lieck	278
HECHOS Y NOTAS, Luís Orrego Luco	279
EL CABALLERO DE MALTA	280
LA MAGNA LECCION, Wini,	281
BUENAS NOCHES! G. Hom (Grabado)	282
LA ZAMACUECA Y LA ZANGUARAÑA, Benjamín Vi- cuña Mackenna	283
SILUETAS FILOSÓFICAS, La Mujer, R. Sanhueza Li- zardi,	286
AMISTAD DE SOLTERAS, J. Edo. Barrios	288
DON FERNANDO ALVAREZ DE SOTOMAYOR, J. Fa- bres	290
EL CERRO DE SANTA LUCIA, Ga. Verra	292
LAS SEGADORAS, cuadro de Breton	293
ESTATUA EN MARMOL por la señorita Luisa Isella	294
CHARLAS, C. L. Hübner	295
SEÑORA TERESA B. DE HÜBNER (Retrato)	296
FRANZ LISTZ Y RICARDO WAGNER, Cosmopolis	297
PINTURA INGLESA, La Pesca, Delapcere Downing ...	299
TARAPACA, 27 de Noviembre de 1879, G. L. H.	300
ELEUTERIO RAMIREZ (retrato, tricromía)	301
EL MARQUES ITO, Transformación política del Japón, Angel C. Espejo	304
ESCUELA VENECIANA, Santa Bárbara, de Palma el Viejo	306
LA CATEDRAL, V. Blasco Ibáñez	307
CLARA DELLA GUARDIA, Jorge Huneeus G.	310
REVISTA DE REVISTAS, O. Emeth	312

Inserción: COSTUMBRES ESPAÑOLAS, cua-
dro del señor Fernando Alvarez de Soto-
mayor.



PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año.....	\$ 10.00
Seis meses.....	„ 5.50
Número suelto.....	„ 1.00



Dirección: TEATINOS 666, SANTIAGO



*Appassionato di profumi
trovo tra i più soardi
soardissimi quelli
della casa Bertelli*

*J. Schinazzari
Salparaiso*

**TÉ
SANTA
FILOMENA**

TÉ
SANTA
FILOMENA

*El mejor de los
tés que se
conoce*

SIEMENS-SCHUCKERT LTD

Valparaíso

BLANCO, 366

CONDILL, 152

CASILLA, 1258

SUCURSALES

Concepción
COLO-COLO, 568

Santiago
AHUMADA, 89

Antofagasta
WASHINGTON ESQ. BAQUEDANO

ULTIMAS NOVEDADES

ARAÑAS, INSTALACIONES

ELÉCTRICAS

ESTUFAS

BOMBAS PARA AGUA

BOMBAS ASPIRADORAS

DESINFECTADORAS

DINAMOS

VENTILADORES

TETERAS, CAFETERAS

PLANCHAS ELÉCTRICAS

LAMPARILLAS, TELÉFONOS

MOTORES



MUEBLES!



LOS
MEJORES
EN
CALIDAD
Y PRECIOS
LOS HALLARÁ UD.

EN LA

CASA
BRESCIANI

47, ESTADO, 47



PASTILLAS ESTOMACALES
del DR. COMAS

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor

P. PEREZ BARAHONA

Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146
Santiago

Unico Importador para América, DOMINGO FIGUERAS, Santiago-Valparaíso.